

FBI



Ojo siniestro

por FRANK Mc. FAIR

FRANK McFAIR

OJO SINIESTRO



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- | | |
|--|-------------------------------------|
| 1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1). | 25. Una ciudad abierta (4). |
| 2. La hora gris (4.ª ed.) (1). | 26. Horas trágicas (7). |
| 3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2). | 27. La muerte alada (3). |
| 4. El cobarde (3.ª ed.) (1). | 28. Doctor X (1). |
| 5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3). | 29. El coloso de hierro (6). |
| 6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1). | 30. Trampas mortales (5). |
| 7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2). | 31. Contrabando funesto (3). |
| 8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3). | 32. Nueva York-San Francisco (7). |
| 9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4). | 33. Entre rejas (1). |
| 10. La redada (2.ª ed.) (5). | 34. Muerte en el Caribe (6). |
| 11. Shanghai (3.ª ed.) (1). | 35. Secuestro (5). |
| 12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2). | 36. El dueño del mundo (4). |
| 13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5). | 37. Hermano contra hermano (7). |
| 14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6). | 38. Filibusteros modernos (2). |
| 15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7). | 39. Palestina en llamas (3). |
| 16. Tánger (3.ª ed.) (1). | 40. La ley del terror (8). |
| 17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5). | 41. A la desesperada (5). |
| 18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4). | 42. La promoción de la muerte (6). |
| 19. Alta traición (2.ª ed.) (2). | 43. Tinieblas (1). |
| 20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1). | 44. Espías en la noche (2). |
| 21. El delator (6). | 45. Fidelidad (6). |
| 22. Armonías de muerte (3). | 46. Sin cuartel (7). |
| 23. Destinos cruzados (1). | 47. Armour, expulsado (5). |
| 24. Persecución (5). | 48. La huida de Varka (3). |
| | 49. La Maffia (1). |
| | 50. Ala-ka, final de ruta (8). |
| | 51. Tras el telón de acero (6). |
| | 52. Gangsters de guante blanco (9). |
| | 53. ¡Acusado! (7). |
| | 54. Misterio en Viena (5). |
| | 55. El genio del mal (8). |

56. Hombres armados (10)
 57. Pavorosa elección (5).
 58. La bestia escariata (3).
 59. Huellas de ultratumba (11).
 60. S. O. S. (8).
 61. Billetes malditos (3).
 62. Camino de perdición (12).
 63. Camaradas enemigos (3).
 64. A la deriva (6).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada (3).
 67. «Killer» a sueldo (5).
 68. Muerte en el atardecer (4).
 69. Loup-Garou (3).
 70. Punto final (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Toftura (13).
 74. El confidente (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco (5).
 77. El vengador negro (1).
 78. ¡Codicia! (8).
 79. Sentenciado (6).
 80. Secreto de Estado (4).
 81. Alias «Lugger» (5).
 82. Hora «D» (3).
 83. Carne de horca (4).
 84. Tráfico mortal (8).
 85. Jack el Invencible (1).
 86. Rastros perdidos (6).
 87. Contrato siniestro (3).
 88. Traición sangrienta (14).
 89. Al borde del abismo (5).
 90. Crimen y justicia (1).
 91. Hombres sin alma (3).
 92. ¡Sabotaje! (8).
 93. La marca trágica (5).
 94. Misión suicida (4).
 95. Lucha a muerte (5).
 96. Rebelión (3).
 97. Hampa de frac (1).
 98. Casa mayor (4).
 99. La muerte falsifica iares (13).
 100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición.)
 101. De Harvard a Quantico (18).
 102. El asfalto es rojo (5).
 103. Tragedia en Chinatown (14).
 104. Soborno (3).
 105. Vida en deuda (17).
 106. Aguas turbulentas (4).
 107. La araña verde (8).
 108. Contraespías (18).
 109. Noches de Nueva York (5).
 110. ¡Aniquilados! (19).
 111. La risa sardónica (3).
 112. Chantaje (4).
 113. Canon de protección (20).
 114. El misterio de los locos del aire (21).
 115. El hombre de Whitechapel (5).
 116. Al llegar la noche (8).
 117. Ciudad vertical (22).
 118. Hombres y bestias (1).
 119. La máscara (3).
 120. Destino manda (23).
 121. Sin esperanza (4).
 122. La tela de araña (24).
 123. Una sombra... (5).
 124. Sin nada que perder (4).
 125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
 126.—La ciudad prohibida (2).
 127.—Fatalidad (5).
 128.—Escalera de color (16).
 129. La muerte blanca (15).

EN PREPARACION:

El espectro.

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|-------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baizer | (11) Thomas Settle. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alor Benet. | (15) Robert Deaf | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson | (24) Chester King |
| (8) Lewis Haroc | (17) Alu Corroa. | |
| (9) J. L. Martijn | | |

I



A taberna no estaba llena, pero sí daba la impresión de estarlo, debido a que tres de los parroquianos se encontraban en avanzado estado de embriaguez y armaban bastante escándalo. Por fin, el tabernero se decidió a echarlos a la calle y aquello pareció recobrar un poco la tranquilidad.

Billy Koo se apoyó en el mostrador y pidió otro «*whisky*» con agua, mientras encendía un cigarrillo, que tiró después de la primera chupada. Por todo el local, un bar de segundo orden, flotaba el humo del tabaco y el olor penetrante del alcohol.

El telón del aparato de televisión presentaba las últimas imágenes del partido de «base-ball», porque ya se estaba haciendo de noche. El gran bateador negro

Santos se preparaba para jugar, ya en su puesto, moviendo las caderas. El marcador estaba al rojo, ya que era el noveno «*inning*» y los contrarios habían eliminado dos buenos bateadores. Más con las tres bases ocupadas, Santos, si no fallaba, podía decidir el partido.

Pero Santos no falló. Un golpe de bate, rasante, dado con la parte media del palo, y la pelota empezó a correr por la húmeda hierba, ante los desesperados esfuerzos del tercera base, que no pudo cogerla. Cuatro carreras. El partido había acabado.

Billy Koo apartó los ojos de la pantalla y bebió su vaso de un golpe. Hacía ya algún tiempo que había dejado de interesarle el «base-ball», desde que jugó durante la guerra, con el equipo de su barco, el «Pensacola».

Pidió un nuevo vaso y se lo bebió. El tabernero se le quedó mirando con aire un tanto socarrón.

—¿Qué te ocurre, hombre? —preguntó.

Luego, perdiendo la sonrisa, se inclinó hacia él.

—No me gusta nada todo eso, Billy —le dijo, confidencialmente.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Todos esos hombres. Desde que esto cambió de dueño, ocurren aquí cosas raras. ¿No has visto cómo entraban muchos hombres en los reservados y no salían?

—No me fijé.

—Sí; ya sé que tienes otras preocupaciones, pero... Bueno; será meterme en lo que no me importa, pero no creo que esté mucho tiempo aquí. El dueño nuevo no me gusta poco ni mucho.

Cerró la noche y Billy continuaba allí bebiendo, sumido en sus meditaciones. La luz no era muy fuerte, sino que procedía de bombillas más bien pequeñas. Por eso le gusta aquel sitio. Porque podía pensar con tranquilidad.

No estaba borracho. Sentía únicamente una cierta niebla movediza entre él y los objetos. Pero aquello quizá fuese producido por el humo. No lo sabía ni le importaba. Ante él sólo tenía los ojos almendrados de Kay, sus mejillas, delicadamente marfileñas, y su figura, alta esbelta, que tan agradable resultaba mirar cuando andaba. Los hombres blancos se volvían por la calle al pasar ella y hasta algunos silbaban. Cuando aquellos rasgados ojos lo miraban, Billy sentía enternecersele el corazón, al mismo tiempo que lo

dominaba una sofocante sensación: la de que jamás podría coger entre sus brazos a aquella muchacha. Jamás. La hija de...

No se dio exacta cuenta de cuándo los hombres entraron en la taberna. Lo primero que llegó a sus sentidos, un poco embotados, fue un grito, una orden dada con voz dura, una voz acostumbrada a mandar.

—¡Quietos todos, monos amarillos! —dijo la voz.

Un par de frases, prontamente acalladas, partieron de algunos rincones. Billy se esforzó en mirar.

Había un hombre casi a su lado. Iba vestido de paisano, pero enseguida se descubría en él al policía. Dos agentes de uniforme se mantenían detrás de él, y otros dos, en la puerta de la calle. Otros hombres, vestidos de paisano, se estaban abriendo paso entre los clientes del local. Y cosa significativa, todos ellos llevaban pistolas y revólveres en las manos.

—¡Qué...! —empezó a decir Billy.

—¡Cállate, maldito rabricorto amarillo, o te meto esto en la boca! —dijo el policía de paisano, empujándolo violentamente contra el mostrador—. ¡Vamos, chicos, adentro!

Dentro, hacia los reservados, se oyó un tiro. Luego, otros dos, casi confundidas las detonaciones, y gritos y carreras. Entraron más policías uniformados y de paisano, y entre todos fueron acorralando a los chinos, hasta meterlos en un rincón. Otro hombre de paisano los señale.

—A los furgones con todos éstos —dijo con voz ronca—. Todos. Procurad que no se escape ninguno.

Un corpulento policía cogió a Billy del brazo y le dio un tirón hacia la puerta. Billy era muy fuerte, porque su familia, sus abuelos, no procedían del sur de China, sino de Manchuria, y allí las gentes son altas y robustas. Ya sus padres, criados en Norteamérica, habían ganado en peso y en estatura, y él, mucho más. Podía haber volteado al policía en cualquier momento, pero sabía que si un chino pegaba a un blanco, en los sótanos de cualquier seccional policíaca le sacudirían hasta hartarse. Por otra parte, él no había hecho nada. Estaba, pues, tranquilo.

Los metieron a empujones y a culatazos en un furgón, y el coche emprendió la marcha rápidamente, haciendo sonar su sirena penetrantemente. Dos horas más tarde, después de haber

permanecido todo el tiempo en una celda con todos los chinos de la taberna, Billy Koo fue llevado a presencia de un sargento, que empezó el interrogatorio.

—Su nombre.

—William M. Koo.

—¿Ciudadanía?

—Americana. También la de mis padres. Nacieron ya aquí.

El chino le gustó al sargento. Contestaba lo que le preguntaban y no se ponía a gimotear como los demás detenidos.

—¿Profesión?

—Ajustador mecánico.

—¿Trabaja?

—Sí, señor. En la Chromo-Steel Factory. Puede pedir allí sus informes.

—No dude de que lo haremos. ¿Qué hacía usted allí, en la taberna?

—Voy casi todos los días a tomar una copa. Hace ya mucho tiempo, señor. Años.

—¿Por qué?

Era una pregunta estúpida, pero las preguntas estúpidas dan buen resultado muchas veces, porque confunden al interrogado.

—No lo sé. Está cerca de donde vivo, y conocía al antiguo dueño. Cuando cambió de propietario, lo mismo me daba continuar allí que en cualquier otro sitio.

—Y... naturalmente, usted no sabría que allí se fumaba opio, ¿no?

Billy no lo sabía. No tenía la menor idea, porque nunca se le había ocurrido probar la droga.

—No, no lo sabía.

—Bien; deme sus señas y no se le ocurra moverse de la ciudad. Será usted llamado a declarar en el juicio.

De manera que era eso: opio. Se le habían pasado los efectos del alcohol ya por completo. Al dar media vuelta, una mano se le posó en el brazo.

—¡Hola, Billy! ¿Metido en apuros?

Ante el chino había un hombre tan alto como él, aun cuando no tan fornido. Tenía el pelo castaño claro, los ojos azules, y unas facciones que no se olvidaban fácilmente. Koo lo reconoció

instantáneamente.

—¡Capitán Dogherty! —dijo, con asombro—. No ha cambiado usted nada, señor.

—Tú tampoco, grandullón. Ven; vamos a ver eso.

Cuando empezó la guerra, Billy Koo se alistó en la Infantería de Marina, y peleó en Guadalcanal y en otras islas, hasta que, por escasez de mecánicos, lo destinaron al «Pensacola», aun en contra de su voluntad. Había ascendido hasta sargento, a las órdenes del capitán Dogherty, al que conoció de sargento. El chino había salvado varias veces la vida al irlandés, y el irlandés había hecho lo mismo con el chino. Eso crea entre los hombres lazos que no se rompen fácilmente.

—¿Estabas en la taberna? —preguntó.

—Sí, capitán; acostumbro a tomar unas copas cuando salgo del trabajo y no tengo nada mejor que hacer. Le doy mi palabra, capitán, de que no sabía que allí se fumase opio. No lo he fumado nunca.

—Te creo, muchacho. No te preocupes. Hemos descubierto un buen alijo de opio y estamos contentos.

—¿Hemos, señor?

—¿No te lo dije? Soy agente del Gobierno, de la Oficina Federal. Ven conmigo.

El sargento de la Policía se levantó cortésmente cuando vio al agente acercarse con el chino.

—Respondo de este hombre, sargento —dijo—. Compruebe domicilio y lugar de trabajo y déjelo.

—Sí, señor.

Koo siguió a su antiguo capitán hasta un despacho de aspecto severo, que daba a la calle de Broome. El federal tomó asiento en su sillón y lo miró, sonriendo.

—Háblame de tu vida, Billy. Sentí perderte de vista cuando te trasladaron de los «marines».

—Estuve en el «Pensacola», capitán, como sargento de máquinas. Luego, al licenciarme, la Sociedad de excombatientes me consiguió un empleo en la Chromo-Steel Factory. No puedo quejarme.

—No fueron malos tiempos aquellos de Australia, mientras nos preparábamos para luchar, ¿eh? ¿Te has casado?

La cara del chino permaneció inmutable.

—No, capitán.

Pero su antiguo oficial notó algo nuevo en su tono.

—¿Dificultades, muchacho? Me gustaría que acudieses a mí si algo necesitas. Por lo pronto, ahora que hemos terminado el trabajo que nos llevó a esa taberna, te vas a venir conmigo a casa de Wang y vamos a cenar unas buenas raíces tiernas de bambú con una salsa picante, que nos haga beber vino de arroz hasta cansarnos. Tengo que celebrar dos cosas; la primera, que he conseguido asestar un buen golpe a los contrabandistas de opio, y la segunda, el haberme encontrado con un viejo amigo.

El restaurante chino de Jim Wang, en Pell, no sirve más que comidas condimentadas con arreglo a los más perfectos preceptos del Celeste Imperio. Los dos antiguos combatientes se comieron las raíces de bambú y las aletas de tiburón, pero dejaron los nidos de golondrina, porque a ninguno de ellos le gustaban.

Estaban terminando la comida, cuando se produjo el incidente. Un chino que acababa de entrar se dirigió derechamente a la mesa de ambos y pasó junto a Billy Koo. Al hacerlo se inclinó y dijo un par de palabras. Henry Dogherty vió cómo las facciones de su antiguo subordinado se contraían.

—¿Qué ocu...? —empezó.

Pero Billy se había puesto en pie y, alargando uno de sus musculosos brazos, cogió al otro chino por el cuello de la chaqueta y le atrajo hacia sí.

—Te voy a aplastar, cucaracha —dijo, con los labios fruncidos en una mueca de desprecio.

Y levantó el otro brazo, con el puño cerrado Pero al instante, el agente federal lo cogió y lo apartó de un empujón.

—Quieto, muchacho —ordenó, con voz firme.

El otro se escabulló en cuanto vió que venían en su auxilio. Billy apretó las mandíbulas y retornó a su mesa. También Dogherty se sentó de nuevo.

—No quiero meterme en donde no me llaman, muchacho —dijo el agente federal—; pero si te dejo pegar a ese hombre lo aplastas. ¿Puedes decirme algo?

Billy fijó sus oscuros ojos en los del capitán.

—Podría, sí, señor; pero no sé para qué servirá. Ese hombre, es

cierto, no hace sino obedecer instrucciones. Nada hubiera logrado apaleándolo, porque luego vendrían otro y otro.

Dogherty sonrió.

—Veamos, chico; confía en tu capitán. Nos hemos visto en buenos líos y hemos conseguido salir siempre bien de ellos. ¿Qué pasa?

—¿Es el agente federal quien pregunta, señor?

Dogherty se inclinó hacia él:

—Es el amigo, muchacho. ¿Estás en algún apuro?

—Bueno... —vaciló—; yo no lo llamaría apuro. Es algo de lo que no me puedo librar fácilmente. Podría marcharme de la ciudad, pero... Bueno; no me ha gustado nunca enseñar la rabadilla a nadie, bien lo sabe usted señor...

—Por orden, por orden, sargento. Empieza por la cabeza, no por la cola. Hace poco, cuando estábamos en mi despacho y te pregunté si te habías casado, no me contestaste, pero me pareció que algo andaba mal. ¿Tiene eso algo que ver con ese tipo que ya se ha marchado?

—Sí, señor. Veo que se le escapan pocas cosas. Verá... Ella se llama Kay. Es... Bueno; un sueño como los que soñábamos cuando estábamos allá, en el Pacífico, y no sabíamos si al día siguiente estaríamos o no muertos. Pero ahí está, señor no pasará de ser un sueño.

—Mira, chico: como buen irlandés, soy soñador; pero, como buen americano, me gusta que los sueños se conviertan en realidad. ¿Qué se opone? ¿Ella no te quiere? Bueno; pregunto tonterías. Claro que te quiere.

—Creo que sí, señor; aun cuando yo nunca se lo he dicho. Quiero decir que nunca le he dicho que la quería. Hemos salido juntos varias veces...

—Espera un poco. ¿Es china?

—Sí; pero está su padre. No consentirá jamás en que le haga el amor a su hija. Es un hombre rico, influyente y... Bueno; no lo consentirá.

—Creo que estás andando por las nubes, muchacho. Veamos; ni siquiera se te ha ocurrido hacerte con la seguridad de que ella te quiere. Hazlo, y si el padre sigue empeñado en no dejarla casarse contigo, si ella es mayor de edad, te vas a una iglesia y al Juzgado y

te casas. No veo mayores dificultades.

Billy Koo sonrió torcidamente.

—No vea en esto uno de esos pequeños dramitas amorosos, señor. No podría jamás hacer eso, porque, a los dos días, mi cadáver aparecería flotando en el río, con o sin cabeza. Y aunque me marchara con ella, sería lo mismo. Algún día me cortarían el cuello.

—¡Vamos; formalidad, sargento! —dijo Dogherty, con un poco de dureza—. No estamos en Asia, sino en nuestra bendita América. No me gustan esas cosas.

—¿No se lo dije, señor? La muchacha se llama Kay... Kay Laos.

Hubo un tenso silencio. Por fin. Dogherty emitió un leve silbido.

—Ya veo —dijo, al cabo de un momento—. Eso cambia algo «las cosas». No cabe duda de que con Laos no se juega. Pero sí te digo una cosa, chico: no pienses siquiera en que te van a matar. Tenemos Policía, y buena, ¿sabes?

Otra vez apareció la sonrisa aquélla tan desagradable, en los labios del joven chino. Una sonrisa que jamás Dogherty le vió antes.

—Estoy emplazado, señor. Si dentro de siete días no he salido de la ciudad para no volver a ver a Kay, me matarán. No pienso huir, ya se lo dije, aunque procuraré defenderme. Todos los días, por algún conducto, se las arreglan para comunicarme que me faltan tantos días, siempre uno menos que el día anterior. No crea que bromeo, señor. Es la verdad. Ese hombre me acaba de decir: «Te quedan siete».

Dogherty miraba fijamente a Billy. Cuando éste acabó, dijo:

—Sácate esa idea de la cabeza, muchacho. ¿Sabes que hace tiempo que andamos detrás de Laos? Me refiero al

F. B. I.

—No, señor.

—¿Qué sabes de él?

—Lo que todo el mundo... Que es muy influyente y que tiene muchos negocios, algunos de ellos no muy limpios. Pero no se equivoque, señor. No es él quien me envía los avisos. Es demasiado listo para hacerlo. Es la Sociedad.

—¿La Sociedad? ¿Qué diablos quieres decir con eso de la Sociedad?

—Una Sociedad secreta. Yo sé que Laos es algo en ella; tiene un cargo importante, pero eso jamás se podría demostrar. Es muy

fuerte, y, sin embargo, no es nada. Porque nadie podrá encontrar nunca papeles de tal Sociedad. Ya sabe usted cómo es eso. Existen, pero nadie puede probarlo.

—Creo que entiendo —dijo, pensativo, el federal—. ¿Cómo se llama?

—Tiene varios nombres: «Gran Poder»... «Loto Sangriento»... ¡Ah! Y algo así como... No recuerdo bien... «Ojo Sinistro», creo.

—Todo muy melodramático, muchacho; pero no debes preocuparte. Lo que no sabes es que tu Laos no es más que un vulgar contrabandista y algunas cosas más. No hemos podido probarle nada hasta ahora, pero ten la completa seguridad de que lo haremos. Lo más probable es que todo el opio que hemos cogido hoy le haya hecho perder un buen montón de dinero; es decir, le haya hecho no ganarle. En cuanto a lo otro, no debes tener ningún temor: nada te ocurrirá.

—No tengo miedo, capitán; me defenderé cuando llegue el momento.

—Te defenderemos, querrás decir. ¿Qué vas a hacer ahora?

Los ojos del chino brillaron. Luego miró su reloj de pulsera.

—A las nueve estoy citado con Kay para dar un paseo por el parque. Lo más curioso es que su padre, después de advertirle que no quería que saliese conmigo, la dejó en libertad. Claro; confiaba en el aviso que diariamente hacía llegar hasta mí. Me gustaría que conociese usted a Kay, capitán.

—Si es como tú dices, a mí también. ¿Tienes coche?

—No, señor; gano buen sueldo, pero ahorro todo lo posible. Quiero que cuando Kay se case conmigo, si es que algún día llega eso, no le falte mucho de todo eso a lo que está acostumbrada.

—Bien; déjame llamar y me traerán el mío. No pienso recorrer todo Manhattan en autobús.

A las nueve estaban ya en el parque. La oscuridad era casi absoluta en algunos de los rincones y un cierzo helado soplaba entre las descarnadas ramas de los castaños. A orillas del Reservoir, cerca del Mitchell Memorial, había un templete rodeado de bancos. Dejaron el coche del agente federal en uno de los aparcaderos de la playa de recreo, vacía a aquella hora y con aquel frío y se encaminaron al templete.

Había dos figuras femeninas sentadas en uno de los bancos, y

bien abrigadas con gabanes de visón, de éstos que no cuestan menos de siete mil dólares. Ambas se levantaron al acercarse ellos.

—¡Vaya un sitio para citarse! —refunfuñó Dogherty—. Estos enamorados serían capaces de alimentarse de aire y de desconocer cualquier comodidad. Estás más loco que un sombrerero. Billy.

—Viene con una amiga, capitán —contestó el chino en voz baja.

—Me parece muy bien. Pero nos marcharemos a cualquier sitio civilizado inmediatamente. Un sitio bien caliente y donde bebamos algo reconfortante. ¡San Paddy; vaya un sitio!

Habían llegado hasta las mujeres. Los rostros apenas se veían en la oscuridad.

—Te presento al capitán Dogherty, Kay —dijo Billy.

—He oído a Billy hablar mucho de usted, capitán —dijo una voz dulce y cantarina, pero sin ningún acento exótico—. Me alegro de conocerle. Le presento a Selma Hanson.

—Encantada. Podríamos ir a cualquier sitio. Tengo mi coche ahí fuera.

Hasta que no estuvieron fuera del parque no pudo ver Dogherty la cara de las mujeres. Formaban un contraste tan extraordinario, que ni aun tratando de elegirlas adrede se hubiese conseguido un efecto más extraño.

Ambas eran altas, bastante altas, pero ahí acababa todo parecido. Kay era una oriental de ojos ligeramente oblicuos, negros, de cara fina y un cabello casi azulado a fuer de negro. No tenía esa boca fina y recta de las chinas del Norte, sino que indudablemente, alguna antepasada suya era procedente de las provincias meridionales, porque era una boca que hubiera hecho palidecer de envidia a cualquier europea. Labios bien dibujados y nada delgados. Los pómulos, ligeramente salientes, completaban la cara.

Selma Hanson era una nórdica, escandinava o finlandesa, y ni siquiera debía haber nacido en América, por el acento tan fuerte que tenía. Rubia, de cuerpo macizo, aunque no grueso, y de piel muy blanca. Un par de ojos azules, de porcelana aumentaban su parecido con una muñeca germánica. Inmediatamente, Dogherty sintió desvanecerse en él ese desprecio irlandés hacía todo lo que huele a «estolidez escandinava».

En la calle Cuarenta y Seis, muy cerca del edificio de las Naciones Unidas, que estaban terminando de construir, había un

restaurante, que utilizaban los traductores, oficinistas y todos los subalternos de las delegaciones. Dogherty, con tacto, paró el coche a la puerta. No quería exponer a ambos chinos a un desprecio por parte de algún cliente si los llevaba a otro sitio. Pero allí estaban acostumbrados a toda clase de exotismos. Y, se dijo para sí, la china iba vestida no ostensiblemente, sino con verdadero lujo sencillo. El no entendía nada de vestidos, pero había estado varias veces en Francia y le parecía que el traje que llevaba la joven debía de haber salido de Dior, Paquin o Schiaparelli. Y el visón... Claro; Laos era muchas veces millonario.

El restaurante estaba lleno casi, pero lograron una mesa en un rincón, y pidieron bebidas. Le bastó una mirada a Dogherty para darse cuenta de que los jóvenes chinos estaban locos uno por otro. No hacía falta que se cogiesen las manos. Se lo decían todo con las miradas, largas y soñadoras. Era curioso cómo aquel mecánico, con su pantalón de trabajo y su chaqueta de cuero, podía haberse atrevido a acercarse a la muñeca china. Pero, al verlos, Dogherty se preguntó si efectivamente había sido él quién se acercó a ella o al revés. Había que reconocer que Koo era un gran tipo de hombre.

—¿Cómo se conocieron ustedes? —preguntó, de pronto.

La joven china volvió hacia él sus ojos de almendra.

—Lo encontré un día en la carretera, el verano pasado.

—Salí de excursión a los Adirondacks, haciendo un poco de «auto-stop» —cortó Billy—. Pero me salió una ampolla en un pie, ¡a mí, capitán! Y ella me recogió. Yo casi no me atrevía a sentarme a su lado en el «baquet», porque iba bastante polvoriento.

Las negras pupilas de la joven parecían querer comérselo. Dogherty empezó a sentirse un poco molesto.

—Me contó lo que hacía, y que había estado en la guerra —prosiguió la china, mirando siempre hacia Billy—. No era nada romántico, con su traje tan sucio, pero me gustó.

—Vamos, vamos —dijo Dogherty, enrojeciendo un poco—. Yo bailaré de buena gana. ¿Vamos, *miss* Hanson?

—Billy —dijo Kay, cuando los otros dos se marcharon dando vueltas—. Billy: eres el más cobarde de los hombres.

Parecían entenderse con pocas palabras.

—Sí —respondió el joven—. Lo soy. Y también soy el más pobre de todos los ajustadores mecánicos de Nueva York.

—Un desgraciado... —prosiguió la joven, sin dejar de mirarlo—. El hombre que tiene miedo de que el polvo pueda manchar a la mujer que lleva al lado. El hombre que no se atreve apenas a darle la mano a esa mujer, por si acaso le ha quedado en ella algo de grasa. El hombre que está pensando en marcharse de la ciudad...

—No es verdad.

—Sí; lo es. Billy...: si te vas, ya nada me importará nada.

—No pienso irme, pero tú... Tú no puedes decirme esas cosas a mí. Jamás conseguirás que te diga lo que quieres, por lo visto.

—Lo sé. Y si es necesario, esperaré años y años, pero siempre que pueda verte de cuando en cuando. Aun cuando seas cobarde, quiero seguir viéndote.

La voz de la chinita no se había elevado de tono, pero en ella se reflejaba tal pasión, que Billy se cogió las manos por debajo de la mesa para evitar el estrecharla a ella. No, no lo haría. Si había una desgracia, que fuese para él solo. No podía envolverla a ella.

Hubo un silencio.

—Billy: no podré verte en algún tiempo. Hoy pensaba que sería la última oportunidad, antes de que yo saliese de viaje. No lo quieres. Sea. Estaremos un mes sin vernos. Si cambias de opinión...

Un mes... Un mes, cuando él sólo tenía de plazo una semana. Billy Koo sintió que algo se sublevaba en su interior. Un grito de protesta contra aquella injusticia y lo que representaba. Todo, todo en absoluto se confabulaba contra él, y él no tenía armas para contestar a la adversidad... Una semana... Una semana más y él ya no existiría.

Tragó saliva, pero no permitió que su rostro reflejase la amargura que lo llenaba.

—Lo siento oír eso, Kay.

—También yo, Billy. La oportunidad ha pasado.

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA

NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

II



L restaurante de Wang estaba muy acreditado, y no solamente por la población china acomodada, sino también por blancos que habían pasado algún tiempo en Extremo Oriente y se habían acostumbrado a las comidas chinas. Wang que había llegado de China a los doce años, muerto de hambre y con una camisa por toda pertenencia, poseía ahora una fortuna personal bastante regularcita, debida a su laboriosidad y honradez comerciales. El chino, un minúsculo cantonés de cara amarillenta y arrugada, tenía unos cuarenta y cinco años y estaba ahora haciendo arqueo de las entradas del día. Cuando uno de sus criados le dijo que alguien deseaba verlo, dijo que esperase un poco y terminó sus cuentas. Encerró el dinero en una pequeña caja fuerte, para llevarlo al día siguiente al Banco, e hizo pasar al visitante.

Wang, sin ser un filántropo, ayudaba bastante a sus compatriotas, y varios de ellos se habían establecido por el apoyo que él les prestó. Cuando vió que el visitante venía pobremente vestido, sonrió con benignidad.

—Pase, hermano —dijo—. No tenga reparos en decirme lo que quiera.

El hombre, un chino joven, pequeño, de ojos muy oblicuos, no sonrió siquiera.

—No vengo a pedir nada para mí, míster Wang.

—Siéntese, por favor.

Cuando ambos estuvieron sentados, el hombre clavó sus ojillos en los del comerciante.

—Usted, míster Wang, tiene parientes en China, ¿verdad?

Wang afirmó con la cabeza, intrigado.

—Y sus... honorables padres —una ligerísima inclinación—, seguramente que reposarán en la tierra de sus antepasados.

—Hice reintegrar sus honorables y veneradas cenizas a nuestra tierra —respondió Wang, cayendo en la trampa que le tendía el otro al hacerle hablar en el floreado estilo oriental.

De esta manera, Wang tenía que, inconscientemente, pensar también en chino.

—En efecto. Las cenizas de sus padres reposan en un pequeño templo de la ciudad de

Fu-Kang,

en la provincia de

Kwan-Tung.

Y allí reposarán hasta que las tuyas, honorable Wang, vayan a reunirse con ellas. Espero que eso no ocurra demasiado pronto. También podría ocurrir...

—¿Qué? —preguntó Wang, inclinándose hacia él, un poco anhelante.

—China está tan revuelta... Las turbas no respetan nada... Nadie puede impedir que las turbas, enfurecidas, se apoderen de la pagoda y tiren las ceni...

—No diga eso —dijo Wang, con voz angustiada—. Ni un solo chino se atrevería a hacerle eso a un compatriota.

—Ha cambiado mucho China —respondió, evasivamente, el visitante—. Mucho. Ya no es lo que era antes. He oído hablar de

cosas que le pondrían a usted los pelos de punta. Eso que usted dice ya ha ocurrido.

Wang se puso en pie y empezó a pasear agitadamente de un lado a otro.

—No lo creo, no puedo creerlo —se sentó de nuevo y miró al otro—. ¿Quién es usted? ¿Cómo sabe todo eso? ¿Qué es lo que quiere?

—Le acabo de decir que China no es la misma que era antes. Todo ahora es posible allí. Con dinero se puede pagar gente que impida atropellos y gente que los cometa. Con dinero, míster Wang, se puede conseguir todo. ¿Comprende?

—No, todavía —dijo Wang.

Sin embargo, una idea estaba alboreando en su cerebro.

—Sencillamente esto: mediante una suma, que habría que acordar, habría gente que cuidaría de que a las cenizas de sus honorables antepasados: padres, abuelos y más abuelos, pudiera ocurrirles lo que les ha ocurrido a otras menos afortunadas.

Sí; Wang empezaba a ver claro. Lo que querían era dinero. Su espíritu, comerciante y emprendedor, se rebelaba contra aquella injusticia, pero su alma, forjada por convicciones que se remontaban a miles de años, encontraba justo pagar por proteger aquello. Es más; no solamente era justo, sino su deber. Él no podría permitir jamás que las cenizas de sus antepasados fuesen arrojadas al viento. No; debían yacer en su mausoleo hasta que las suyas propias pudieran ir a reunirse con ellas.

Nada en la cara del chino podía dar una idea a su interlocutor de la batalla que se estaba librando en su interior. Y, sin embargo, se hallaba abocado a algo tan horrible como la decisión del camino en la encrucijada. Es decir, el camino ya estaba tomado, pero la encrucijada continuaba.

—¿Cuánto dinero habría que dar a esos hombres? —preguntó.

—¡Oh, no mucho! Por treinta mil dólares estoy seguro de que la tumba de sus honorables antepasados quedaría bien segura. Claro que en China ahora la moneda no vale nada. Sería necesario que ese dinero llegase allí en billetes americanos.

Claro; aquello era. Ese dinero no iría a parar a manos de unos cuantos guardianes, sino, seguramente, a manos del Gobierno chino, que necesitaba urgentemente dólares. Para él era lo mismo,

ya que, de todas maneras, tenía que dar el dinero; pero Wang se acordaba del día en que consiguió su carta de ciudadanía, en los Estados Unidos, a los treinta años. Cuando le hicieron leer un periódico —había aprendido a leer por las noches—, le hicieron unas preguntas sobre la historia de América y, por fin, le tendieron la carta. Aquel día había llorado de emoción, a solas, en su cuartito, porque había nacido un nuevo hombre, un hombre libre, al que el país le autorizaba a residir permanentemente allí. Un hombre que podría casarse y sus hijos serían americanos, con los mismos derechos que otros ciento treinta millones de hombres.

Se puso en pie.

—¿A quién tengo que entregar los treinta mil dólares? —preguntó.

—A mí, honorable Wang. Vendré por ellos mañana por la tarde. En billetes de cien dólares.

—En billetes de cien dólares.

El hombre se marchó. Wang se acercó a su caja fuerte y miró dentro. La recaudación del día había sido normal, es decir, bastante buena: tres mil dólares. Los treinta mil que le pedían no harían una mella demasiado grande en su cuenta corriente, pero era traicionar al país que lo había adoptado como hijo.

Y, sin embargo, jamás, aun cuando hubiera de arruinarse, consentiría que las cenizas de sus antepasados fuesen esparcidas al viento o tiradas al mar. Jamás. Pagaría, y si le volvían a pedir dinero, pagaría. Después de todo, él se había casado, pero no había tenido hijos. Su mujer había muerto y era sólo en el mundo. ¿Qué quedaría cuando él muriese? Por lo pronto, aún le quedaban los brazos para trabajar si lo arruinaban.

Un pensamiento súbito cruzó tras de sus impenetrables facciones. Pagar, sí, para evitar aquella profanación, pero ¿pagar y no hacer nada? Eso lo podría hacer cualquier chino atrasado, pero él había estudiado, en sus ratos libres, y sabía que los hombres tienen derechos, que no pueden ser manejados como muñecos, que tienen alma. Y lo que trataban de hacer con él ahora era criminal.

Wang y sus camareros eran muy curiosos. Formaban una especie de familia, en la cual comentaban todo lo referente a los clientes del restaurante. Conocían la vida de todos ellos, sus hechos, sus aspiraciones. Bien es verdad que ninguno de estos conocimientos

traspasaba los muros de la casa. Pero les gustaba chismorrear entre ellos, con esa curiosidad típicamente oriental.

Entre los asiduos había un hombre de cabello castaño y ojos azules, un tipo alto y fornido, de cara fea, pero inteligente. Wang sabía que era un agente del Gobierno. Ahora se acordó de él, y una sonrisa crispó sus delgados labios. Presentaría la batalla.

Al día siguiente, a las once, como de costumbre, el agente federal hizo una escapada de su despacho, donde estaba acabando de completar el caso del fumadero, y se acercó a Pell a comerse su ración casi diaria de raíces de bambú con arroz cocido. Mientras le servían, el camarero se inclinó hacia él.

—Dispense, señor —le dijo, humildemente—. Mi patrón le ruega le haga usted el honor de tomar una copa de «saki» japonés embotellado hace más de veinticinco años.

—Dile a tu patrón que es condenadamente amable. ¿Aquí?

—¡Oh, no, señor! Los demás clientes podrían sentirse un poco humillados, señor. Yo le guiaré a usted.

El agente federal sabía que el gran Wang no lo llamaba solamente para invitarle a «saki». Que el chino quería algo y no se atrevía a abordarlo en el salón del comedor.

Cuando se vió en el despacho de Wang, éste se puso en pie con una profunda reverencia.

—Es un gran honor para mi poder recibirlo, señor; un gran honor.

—Gracias por el convite, Wang. Usted sólo tiene lo mejor de lo mejor.

—La amistad es lo mejor de lo mejor, señor. Si me permite... yo mismo le serviré.

A la segunda copa de «saki», ya sabía Dogherty que el chino quería algo, aun cuando, con paciencia oriental, parecía una estatua.

—Bien, Wang; muy agradecido —dijo, haciendo ademán de ponerse en pie—. Ahora tengo que volver a mis ocupaciones.

—Dispense, míster Dogherty. ¿Sería abusar de su bondad pedirle que me escuchase unos minutos? Su indigno servidor se consideraría muy honrado si...

—Vamos, vamos, Wang. Usted ha vivido mucho tiempo en los Estados. No necesita hablar así. ¿Qué es lo que le pasa?

El chino dejó de hacer reverencias.

—Gracias, señor; facilita usted lo que tengo que decirle. ¿Puedo estar seguro de que nada de lo que le diga será ventilado?

—No, no puede usted estar seguro si es algo que atañe a otras personas.

—Le doy mi palabra de que no.

—Bien; hable.

Y en pocas palabras, el chino le puso al corriente de lo que había ocurrido la noche anterior. El inspector federal tenía los ojos entrecerrados, y no despegó los labios hasta el final. Entonces habló.

—Bien, Wang; me alegro mucho de que haya dado usted este paso. Es usted el primero que ha recordado que América es su segunda madre.

—¿Quiere decir que...?

—Sí, Wang. Sabemos que esto ha ocurrido ya otras veces, pero nos enterábamos tarde y por otros conductos, no desde aquí. Deseo serle franco, Wang; está usted en una mala situación por una supers...

Wang levantó la mano.

—Lo siento, míster Dogherty. Superstición o no, pagaré.

—Lo exprimirán. Como a un limón maduro. No lo dejarán hasta que le hayan sacado el último dólar.

El chino se encogió de hombros.

—¿Nada pueden hacer ustedes?

—Eso es otra cosa. Ya lo creo que haremos. Pero necesitamos una ayuda que hasta ahora ustedes, los extorsionados, nos han negado.

—Comprenda, míster Dogherty, que si esos hombres se diesen cuenta de que yo los he denunciado, harían eso por lo que me están sacando dinero.

—No se preocupe, Wang. Nadie lo sabrá. Esta tarde andaré yo por aquí cuando venga esa rata. Usted no lo conocía, ¿verdad?

—No.

—Bien, Wang. Ahora le voy a pedir a usted un favor. ¿Qué sabe de una sociedad secreta que se llama... algo sobre Ojo... Ojo Izquierdo?

Brillaron los ojos del chino.

—¿Ojo Izquierdo? No, míster Dogherty, no sé nada.

—Sí lo sabe. Ustedes los orientales, son muy extraños. Desean que les ayudemos en sus líos, pero no sueltan una palabra acerca de sus asuntos. Tenga en cuenta que eso podría ser de mucha ayuda para nosotros.

—Si esa sociedad supiera que yo he hablado de ella con otra persona, con una persona de raza blanca, no viviría mucho, míster Dogherty. Pero usted me ha recordado antes que soy americano. No he luchado por este país porque mi cojera me hacía inútil, pero he contribuido en la medida de mis fuerzas, al esfuerzo para ganar la guerra. La vida, después de todo, es poca cosa. Hablaré, míster Dogherty.

—No se llama Ojo Izquierdo, sino «Ojo Siniestro». Es decir, ésa es la traducción al inglés de la palabra china. Hace muchos años, un individuo encontró en las ruinas de un templo tibetano un objeto muy extraño. El individuo en cuestión era un monje. Y el objeto... Bien, mire.

Wang se levantó y fue hasta una estantería. Cogió uno de los volúmenes y se lo llevó al agente federal. Era un libro de pergaminos cosidos y encuadernados artísticamente. La obra era, indudablemente, de un gran valor bibliográfico. Los pergaminos estaban adelgazados por el mucho uso y aparecían delicadamente marfileños. Wang lo abrió por una de las páginas.

—Mire. Siempre he sentido una gran atracción por los libros antiguos de mi país anterior. Una vez, un muchacho que estaba muriendo en una casucha miserable, y al cual yo pagué el sanatorio, me dejó esto en su testamento. Ignoro cómo lo habría podido conseguir, pero es de gran valor. Prácticamente, comercialmente, no valdría menos de cincuenta mil dólares. Nadie, que yo sepa, desde que yo lo tengo, lo ha leído.

La parte izquierda de las láminas era de apretado texto chino. La parte de la derecha, de pinturas cuyos colores habían palidecido mucho, pero que debieron ser brillantes. No hacía falta saber chino para comprender la historia que había en aquella página. Un hombre, vestido con la hopalanda amarilla de los ламas tibetanos, ascendía una montaña. En otra viñeta, encontraba una caverna. En otra, veía las ruinas de un templo, colgando de un verdadero nido de águilas, en una escarpadura escalofriante. La penúltima viñeta

mostraba al lama inclinándose para coger una cosa. Y la última, la mano del lama enseñando lo que había cogido. Un objeto que, en relación con la mano, parecía bastante grande, quizá de cinco o seis pulgadas. Era un ojo.

Aun cuando los colores estaban casi borrados, se podía apreciar que la composición no era homogénea. Debía estar formado de varias cosas o bien pintado de distintos colores.

—Sí míster Dogherty. En el texto dice que parte del ojo era de oro parte de zafiros amalgamados y perfectamente encajados unos en otros, y la pupila, un carbunclo muy grande y muy bello. Pero no es su valor intrínseco, ya de por sí muy grande lo que hacía que el descubrimiento fuera tan interesante, sino que era el ojo de Buda. Al menos eso es lo que creyó el lama. Indudablemente debió pertenecer a una estatua de Gautama[1].

»El lama volvió a su monasterio y no dijo dónde había encontrado el ojo, pero sí mostró éste a su superior. Luego, el ojo fue robado. Un sacerdote budista lo robó y la joya desapareció. Por más que la buscaron, no pudieron encontrarla, pero a poco se empezó a hablar de una sociedad secreta que tenía ese nombre. El “Ojo Sinistro”. En el libro se dice que aquel que quiera conocer el porvenir no tiene más que mirar el ojo. En él verá el porvenir. Eso es lo que yo sé.

—Wang, aquí hay una ramificación de esa sociedad.

El chino movió la cabeza afirmativamente.

—Lo sé. Pero es una cosa inofensiva.

—¿Qué pinta Laos en ella?

—¿Laos? No lo sé. ¿Por qué? —preguntó Wang, curiosamente.

—Yo tampoco lo sé, pero lo averiguaré y no tardaré mucho en ello. Bien, Wang, no dejaré de recordar a mis superiores que ha sido usted el único que nos ha ayudado. No se preocupe, que su secreto está bien guardado. Hasta la tarde.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos. realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES. MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

III



A muchacha dejó caer el abrigo sobre un diván y se alisó la falda con ambas manos. La criada china cogió silenciosamente la prenda de piel y desapareció. Kay Laos se acercó a la ventana, contemplando cómo la niebla iba cayendo sobre la ciudad. Por un instante apoyó la frente febril contra la frialdad del cristal.

Luego, con un leve suspiro de desesperación, se encaminó al teléfono, un delicado aparato pintado de color crema que hacía juego con el resto de su habitación. Marcó un número y esperó.

—¿Selma? Sí, soy Kay. Quería... quería preguntarte qué te pareció... Sí, ya sé que eres muy lista. ¿Bien? Me lo imaginaba. No lo pude conseguir. No creo que lo haga. Lo amenacé con marcharme durante un mes, pero no dijo nada, Selma, Selma: yo creo que hay algo que le impide decirme que me quiere, pero no sé qué es. ¿El

dinero? Quizá, pero estoy segura de que me quiere lo bastante como para tenerme con él a pesar de que no pueda proporcionarme el lujo a que estoy acostumbrada. A eso le llamo yo amor, no al renunciamiento. El amor quiere tener cerca al objeto amado. No, no; precisamente porque no soy romántica, pienso así.

Hubo un silencio.

—No, eso es imposible, Selma. Tiene que ser él quien lo diga. De lo contrario, yo no podría ser feliz jamás a su lado. Y ¡lo quiero tanto, Selma! No pienso más que en él. Al dormirme, al levantarme, en todo momento. Sí, pero no es solamente porque sea un buen mozo y guapo. No, no te rías. A mí me parece guapo. Es por esa rectitud suya. Es incapaz de una mentira ni de una acción mala. Si tú lo conocieras como yo... Está bien. Sí; nos veremos esta tarde —y colgó.

—Unos sentimientos muy bien expresados, querida —dijo una voz. Kay no necesitaba volverse. Sabía que allí estaba su padre, apoyado en la puerta y fumando, indolentemente, un largo cigarrillo—. Lástima que lo que los motiva no sea digno de ello. Se dice que no puede obligarse al cerdo a dejar de hozar en el fango, que la puerca lavada vuelve a revolcarse, pero no es éste tu caso. Tú no has tenido nunca contacto con el fango, querida. No comprendo, pues, tu interés por él.

Laos, que al nacionalizarse americano se había visto obligado a adoptar un nombre, había elegido el de Alfred. Era un hombre alto, de esbelto cuerpo y de largas y aristocráticas manos. Su padre había sido uno de los dirigentes «*boxers*» cuando la sublevación de éstos contra los blancos. Perseguido, hubo de salir de China y se refugió en Rusia. Su hijo, luego, pasó a América.

La Policía no ignoraba de qué medios se había valido para conseguir su fortuna, casi fabulosa, pero no podía probar nada. Una y otra vez los agentes del Tesoro, los

«T-Men»,

se habían lanzado sobre sus libros, pero siempre habían visto que las cuentas estaban en orden y no habían tenido más remedio que dejarlo en paz.

Sus facciones apenas parecían orientales; pero sin embargo era un chino puro, es decir, un mogol puro. A veces, medio en broma, aseguraba que descendía de los emperadores mogoles y de Genghis-

Kan, el invasor de Asia.

La muchacha se volvió, lentamente, y clavó los ojos en él. Su esbelto cuerpo se recortaba en la lívida luz invernal que entraba por la ventana. Parecía una flor, una delicada flor arrancada de un florero. Los ojos de su padre tuvieron un destello de orgullo.

—Por favor, padre —dijo ella.

—Sabes, querida, que sólo deseo lo mejor para ti, por eso no comprendo cómo puedes decir esas cosas de un rústico, un hombre cuyas manos rezuman grasa.

—Lo amo y haría cualquier cosa por él.

Esta vez no fue precisamente de orgullo el fugitivo destello.

—Lo único que consuela a una mujer de no imponer la esclavitud es sufrirla. No pareces hija mía, Kay. Recuerda que en nuestra familia siempre el cerebro enseñó al corazón el camino a seguir. A ti te ocurre lo contrario.

—Te pido que des tu consentimiento, padre, para que pueda yo casarme con él.

—¿Te lo ha pedido acaso, Flor de Loto? —preguntó su padre, con una sonrisa cínica en sus delgados labios.

La joven bajó la cabeza.

—¿Lo ves? El mismo se da cuenta de que solamente un loco aspiraría, siendo lo que él es, a tu mano. A esa mano, querida mía, que se ha hecho para regir más altos destinos, los más altos destinos que corresponder puedan a una mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, por ahora. Un consejo, querida. Procura verlo lo menos posible.

Kay se le acercó hasta casi tocarlo y lo miró a los ojos.

—¿Y si me escapase con él, padre? —preguntó serenamente.

Los labios de su padre se fruncieron en otra sonrisa.

—¿Cómo puedo yo saberlo? Pero no le aconsejaría a ese joven proponértelo. Nunca se sabe lo que puede ocurrir, Kay. «Nunca».

La joven lo cogió del brazo.

—¿No te importaría que yo... que yo... que me pudiese ocurrir a mí algo?

—¿Ocurrirte algo, querida? Nadie muere de amor. Parece que el alma se deshoja cuando acaba el primer amor, pero le ocurre lo que a los árboles. A la primavera vuelven a brotar yemas que luego se

convertirán en nuevas hojas. Una nueva pasión habrá comenzado. No te atormentes, Flor de Loto, y olvídale. Quizá si volvieses otra vez a Europa...

Ella movió la cabeza.

—No; por ahora, no.

—Como quieras. Ya sabes que puedes verlo. Eso no compromete a nada; pero por el bien de los dos, no le des muchas esperanzas. O no las hagas crecer dentro de tu pecho. ¿Tienes dinero?

—Sí. No necesito nada; gracias.

El hombre le dio un ligero golpecito en la cara y se alejó. La joven lo miró, largamente, hasta que desapareció y luego se sentó en su «secretaire», minúsculo y laqueado, a escribir.

La visita que recibió Laos no resultaba una sorpresa para él. A menudo, muy a menudo, las había tenido parecidas. Era un hombre alto, de pelo castaño y ojos azules.

—¿Cómo está usted? —preguntó, cortésmente.

—Mi nombre es Dogherty, míster Laos —dijo el agente federal—. Quisiera hablar un momento con usted.

—A su disposición.

En el despacho de Laos, tan suntuoso como el resto de la casa, Dogherty le enseñó al otro su carnet. Laos se inclinó con la misma cortesía.

—Venía a hacerle unas preguntas como... Digamos que como uno de los hombres más caracterizados de su raza en Nueva York.

—Eso me honra mucho; pero, en realidad, soy el más humilde de...

—No estamos de acuerdo, míster Laos; pero podemos dejar eso. El caso es que lo supongo a usted enterado de cosas relacionadas con los de su raza. ¿Me equivoco?

—En cierto modo, no —reconoció el oriental, con una sonrisa—. La buena educación. Según dicen, consiste en ocultar la muy alta opinión que tenemos sobre nosotros mismos y la muy pobre que tenemos de los demás. He de reconocer que en cierto modo, sí estoy enterado.

—Bien. ¿Podría usted hablarme de una sociedad secreta? Se llama «Ojo Siniestro».

—¿«Ojo Siniestro»? No creo que el Gobierno ande preocupado con ella ¿verdad?

—No, no es eso. Es simple curiosidad profesional.

—«Ojo Siniestro»... Ya sabe usted cómo son esas cosas —el chino hablaba lenta y cuidadosamente, mientras sus largas y delgadas manos jugueteaban con un pequeño Buda dorado que había en la mesa—. Unos cuantos hombres ociosos se reúnen de vez en cuando en una habitación, fuman y dicen cosas raras. Luego cada uno se va por su lado.

—Ha habido asociaciones muy poderosas.

—Sí; pero hace ya mucho tiempo. Creo que en el Japón ha habido algunas en los años anteriores a la guerra, pero aquí no podrían prosperar. Son pequeñas tonterías que distraen a los hombres y nada más. Yo mismo pertenecí a una de ellas hace años.

—¿A cuál?

—Es curioso. A la de «Ojo Siniestro». Recuerdo que nos reuníamos en un sótano en una callejuela de Chinatown y allí nos iniciábamos en preceptos, hacíamos juramentos y leíamos a Ačvaghosha. Tonterías. Cuando tuve otras preocupaciones, lo dejé y no he vuelto a las andadas.

—¿Sabe usted qué es actualmente de esa sociedad?

—Supongo que se habrá disuelto ya. No tengo ni la menor idea. A veces me vienen a visitar individuos para pedirme dinero, pero siempre me niego.

—¿No sabe nada más?

—No, desde luego.

—Es curioso. Un muchacho conocido mío, al que aprecio mucho, ha sido amenazado por esa sociedad —los ojos de Dogherty no se apartaban de los del otro—. Lo han amenazado de muerte. Naturalmente, no creo que pase de ser una broma, pero sentiría mucho que a ese muchacho pudiera sucederle algo. Mucho. Naturalmente, yo le he quitado importancia al asunto, pero estará vigilado por si acaso algo ocurriese.

—Un muchacho... ¿chino?

—Sí; de raza china. Un gran chico que combatió por los Estados Unidos y fue herido varias veces. Tiene la Medalla del Corazón Púrpura y algunas otras.

—Ya. En efecto, sería una lástima que algo le sucediese. Pero opino como usted, míster Dogherty. Eso será una broma.

—Puede ser. De todas maneras, he tomado precauciones.

—En efecto, pudiera haber algún pistolero de un «tong»[2] que intentase hacer algo contra su protegido. Eso es más probable. Quizá se escuda en la sociedad para ocultar algún motivo personal. Y... ¿por qué amenaza a su joven amigo?

—No lo han dicho. Pero él tiene idea de que es por pretender la mano de una muchacha de su raza. No sé quién es esa muchacha, pero cuando lo averigüe...

—Míster Dogherty —dijo el chino, poniéndose en pie—. Su amigo se llama Koo, ¿no es cierto?

—Así es.

—Bien. Veo que hay aquí un mal entendido. Mi hija, Kay Laos, cometi6 la locura de enamorarse, encapricharse pasajeraamente de Koo. Pero la reputaci6n de mi hija est6 demasiado por encima de toda sospecha para ver su nombre mezclado con el de pistoleros y asistentes a sociedades secretas. La reputaci6n, se6or, es algo tan fr6gil que, una vez rota, ya no se puede remendar.

—Me alegro de que hable as6, m6ster Laos. Usted se ha opuesto al matrimonio de esos muchachos.

—S6. No debo ocultarle que aspiro a otra clase de marido para ella. Soy el primero en respetar el trabajo manual, pero no me gustar6a ver a mi hija casada con un obrero.

—Ese es un punto de vista plenamente suyo, m6ster Laos. Pero alguien podr6a pensar que usted anda detr6s de todo eso. Simplemente por la coincidencia de oponerse al matrimonio.

—Esp6ritus mezquinos de los que no debemos preocuparnos en absoluto, m6ster Dogherty. En absoluto.

—Eso espero. Bien. No me queda m6s que despedirme de usted. Ah, bueno. ¿Podr6a decirme d6nde se reun6a usted con sus compa6eros cuando pertenec6a a la sociedad?

—En una callejuela, muy cerca de Bayard, que se llama Boyle —contest6 el otro, sin vacilar—. Puede usted hacer una visita.

—Lo har6, m6ster Laos. Hasta la vista. A prop6sito, ya sabr6a usted que el precio del opio va a subir, ¿no es as6?

Cuando Dogherty sali6, qued6 un momento mirando ante s6, aunque sin ver.

—Ser6a muy extraño —dijo en voz alta—, que los dos asuntos estuviesen relacionados. Hay algo que los une, pero no s6 exactamente en qu6 consiste. Chinos, chinos; ojal6 todos fueran tan

sin complicaciones como ese buen muchacho de Koo.

Aquella tarde se dirigió hacia Pell, y se metió en el comedor, amplio, caliente y acogedor. Pidió una comida sencilla y la consumió en pocos momentos. Luego, como si fuese al lavabo, se dirigió hacia los fondos de la casa, pero lo que hizo, en realidad, fue meterse en el despacho de Wang. Éste estaba solo, repasando unas facturas.

—Podrá usted esperar aquí, míster Dogherty —dijo, enseñándole una puerta disimulada que daba a una habitación más íntima, donde seguramente se retiraría Wang, para descansar, leer y fumar unas pipas. Podrá usted oír todo lo que se diga en mi despacho. Me gustaría mucho... Bueno, ya sabe qué.

—Vaya tranquilo.

Aquello ocurría a las cinco de la tarde. A las siete aún no había habido noticia alguna del individuo que había de ir a recoger el dinero. Pero a las siete y media. Wang penetró en el cuarto con un papel en la mano. Pequeñas gotas de sudor, perlaban la frente del oriental.

—Mire esto, míster Dogherty.

Era un pliego de papel blanco, con unas cuantas líneas trazadas por una mano inexperta. Decía así:

«No ha sido usted tan discreto como esperábamos, míster Wang. Nos volveremos a poner de acuerdo en cualquier otra ocasión».

Estaba escrito en inglés, pero al pie se veía un signo chino. Dogherty se lo mostró con el dedo a Wang, pero éste sacudió la cabeza con ademán de ignorancia.

—Bien —dijo Dogherty pensativo—. Alguno de sus sirvientes o de sus proveedores está de parte de «ellos». Es una cosa que tendrá usted que averiguar con mucho tacto.

—Todos mis sirvientes son gente antigua, sin tacha —dijo el chino, limpiándose el sudor—. Todos...

—¿Hay algo?

—Sí; uno es nuevo. Es decir, no lleva más que un año. Pero parece un muchacho muy servicial.

—Bien; eso ya lo veremos. Mañana los someteré a un interrogatorio. Supongo que no estará preocupado.

La cara del chino era inescrutable. Sus redondas mejillas, producto de una conciencia tranquila y de buen apetito para comer, parecían firmes.

—No; desde luego. Puede usted ir tranquilo.

Un furioso ciclón se estrellaba contra Long Island, enviando sobre ella enormes olas, que se rompían en los malecones y en los espigones de los muelles y se desparramaban por las playas. La isla de Coney, batida por el agua, se había convertido en un fangal e incluso sobre el parque de la Marina, chorros de agua casi continuos se desplomaban sobre los arriates. Claro que allí era menor la fuerza del viento que en el resto de las costas de Long.

Wang terminó de fumar su cuarta pipa, después de haber cenado bien y en abundancia, como a él le gustaba. Decía que sólo los hombres delgados alimentaban malas ideas y resentimientos contra sus semejantes. Los gordos, jamás.

Su casa estaba situada encima del restaurante, al que la unía una escalera que, por lo común, solamente utilizaba él. Los sirvientes que hacían la limpieza se marchaban por las noches a sus casas y él se quedaba solo. Pero esa soledad jamás le había molestado o intranquilizado. Querido por todos, encontraba agradable poderse sentar, en invierno, cerca de la calefacción, con un buen libro en las manos, tabaco caro y unas copitas de licor dulce, muy cerca.

Cogió el tomo que le había enseñado aquella mañana al agente del

F. B. I.,

y se puso a hojearlo. Pero no solamente lo hojeaba. Wang, con esa paciencia de los chinos, a los cuales el elemento tiempo parece importarles poco, había aprendido a escribir en inglés y en chino, e incluso bastante tibetano. Hacía ya algún tiempo que él estaba traduciendo aquel libro, con mucho trabajo, es cierto, pero tenía grandes esperanzas de verlo terminado algún día. Su mayor ilusión, mayor si cabe por ser absolutamente secreta, era poder un día llegar a la nación que lo había adoptado como hijo algo tan valioso que su nombre no sólo fuera recordado como el de un buen cocinero.

Y estaba en camino de ello. Había sobrepasado la página que mostrara al agente Dogherty, cuando un párrafo, un poco oscuro, llamó su atención. Hasta entonces, el único que sabía que él tenía el

libro era Dogherty, pero instintivamente confiaba en el irlandés. Por tanto, nadie más sabía que su oculta ambición era llegar a encontrar la joya, aquella joya hecha de zafiros perfectamente ajustados y un enorme carbunclo como pupila. Claro que se imaginaba que nunca llegaría a verla; pero, de todas maneras, él trabajaba en ello en todos sus ratos libres, por si acaso algún día el sueño se convertía en realidad.

El párrafo, del que apenas comprendía una docena de palabras, reclamó su atención. Cogió un pincelito, lo mojó en un frasquito de tinta china y empezó a trazar caracteres en una hoja aparte. Cuando terminó, tenía lo siguiente, habiendo dejado entre las palabras los claros de las que no comprendía:

«Lama... barco... Ojo... Occidente, huellas».

No podía referirse más que al sacerdote budista, al ladrón del «Ojo de Buda». Indudablemente, se habían enterado los guardianes de la joya del camino que había seguido. Occidente. Esto suponía Europa, tal vez. Pero...

De la nebulosa en que había estado sumido hasta entonces, brotaron, claras y nítidas, las palabras del joven tuberculoso que le dejara el libro: «La muerte me llega cuando estaba al borde de la Dicha Suprema, la contemplación del Que es. Mis ojos no podrán Verlo, y, sin embargo, está tan cerca...».

El pulso de Wang latió aceleradamente. Occidente. Occidente también podía ser América. Aquel joven tan extraño, con su cabeza rapada, su pecho hundido y sus centelleantes, fanáticos ojos negros... Había sido servidor en su restaurante durante unos meses, hasta que la cruel enfermedad acabó con sus fuerzas. Wang siempre lo había tratado bondadosamente, más aún que a los demás camareros, porque éste era un muchacho instruido. No salía con chicas; se encerraba siempre en un mutismo desolado y atroz. Hasta que Wang lo mandó al sanatorio, en el cual murió. Poco antes de entregar su alma, dijo aquella frase extraña.

«El Ojo de Gautama Buda» debía estar en los Estados Unidos. Wang se puso en pie, con la respiración un poco anhelante. El muchacho había seguido una pista segura, y esa pista lo había llevado a Nueva York. Allí, pues, debía hallarse la respuesta.

¡Qué triunfo para él si pudiera poner a disposición de la biblioteca de la ciudad y del Museo Arqueológico el libro traducido

y la piedra; las piedras, mejor dicho! Habría así pagado la deuda de gratitud que había contraído con Norteamérica, y sería, probablemente, nombrado ciudadano de honor, como se hace con todos los que donan algo de gran valor al Municipio. El alcalde Impelliteri, el gobernador Dewey, todos ellos lo recibirían y lo felicitarían. Pasajes oscuros de la vida de Buda, que él había laboriosamente traducido, irían a incrementar los libros de texto y de investigación. Sería...

Extrañado, se preguntó para qué habría vuelto Joe Lung, el jefe de sus camareros, el que siempre abría por las mañanas, para que las mujeres de la limpieza pudiesen efectuar su cometido. Era muy extraño, porque nunca lo hacía. Después de las cuentas de la noche, marchaba a su casa y ya no volvía a saber de él hasta la mañana siguiente. Sí; era raro.

—Lung... —llamó, sin alarmarse aún.

Al no recibir respuesta miró hacia la puerta y vio cómo las jambas de ésta se abrían lentamente. Entonces sólo entonces, comprendió que había algo que andaba mal.

Se puso en pie. No sentía miedo propiamente dicho, sino una especie de helada sensación de que todo había terminado. Era de una raza de fatalistas, y al recibir aquella tarde el anónimo, había comprendido que ya no lo dejarían tranquilo. Pero ignoraba cómo habían podido llegar hasta él.

Carraspeó, para quitarse de la garganta un ligero picor. Luego vio una cara, dos, tres y, por fin, los cuerpos de tres hombres, que entraron en la habitación. Lo más horrible era el silencio con que se había llevado todo a cabo.

El primero de los tres —todos ellos eran chinos— era el que hablara con él la tarde anterior, el que le propusiera el «chantage». Tenía una pistola en la mano. Los otros dos eran vagabundos, de ropas destrozadas y con las huellas del opio marcadas en sus caras. Asesinos de algún «tong», alquilados para la ocasión.

—Espero que recibir a usted la carta —dijo el primero.

Wang afirmó con la cabeza.

—No se ha portado usted bien con nosotros, que, después de todo, queríamos sólo proteger los restos de sus antepasados. Eso le costará la vida.

Wang estaba extrañamente tranquilo. Había comprendido que

no había salvación alguna para él y, por el momento, su única preocupación era dejar algún rastro que pudiese llevar a sus asesinos a la silla eléctrica. Lo difícil era hacerlo sin que ellos se diesen cuenta. Aunque... ¿no sospecharía Dogherty de quién se trataba, cuando lo encontrasen muerto?

—Es muy justo —dijo—. Quisiera despedirme de mis amigos.

El otro rió roncamente.

—Estamos en América —dijo.

Y apretó el gatillo. La pistola, provista de un silenciador, no hizo más que un ruido leve. Wang contrajo los músculos de la cara y se apoyó en la mesa. El segundo disparo le alcanzó en la cabeza y cayó definitivamente.

—Avisad a ése —dijo el asesino.

Y uno de los pistoleros chinos desapareció, para volver al cabo de un momento con otro individuo, alto, envuelto en un gabán y con el sombrero calado. Un pañuelo de seda negra, en el que se habían cortado dos agujeros para poder mirar, cubría su cara.

—¿Ya? —preguntó. Y viendo el cuerpo de Wang, se inclinó sobre él—. Bien; podéis marcharos. Yo tardaré poco.

Y los otros desaparecieron. El hombre alto buscó en los cajones de la mesa de Wang, hasta que descubrió un montón de papeles con el membrete del chino. Luego cogió otros cuantos papeles y los estudió atentamente. Por fin, en el papel con membrete empezó a trazar signos chinos, con rapidez. Cuando terminó, metió el papel en un sobre y lo guardó en uno de los cajones, debajo de otros documentos. Después, se irguió y miró a su alrededor.

Y de pronto, su vista cayó sobre el libro. Se aproximó a él y lo miró sin tocarlo. Luego, siempre con sus manos enguantadas, lo cogió y pasó hoja por hoja. Por fin, se lo puso cuidadosamente bajo el brazo, dirigió una última mirada a su alrededor y se marchó definitivamente. No pudo ver que, al coger el libro, la hoja de papel en la que Wang estuviera escribiendo, había caído debajo de la mesa.

El hombre salió de la casa y vió a los otros que le estaban esperando.

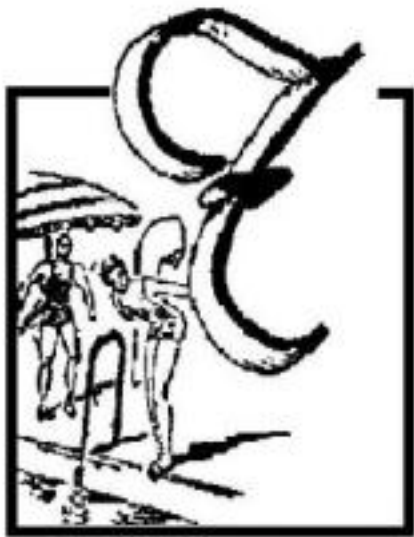
—Marchaos cada uno a su casa menos tú —señaló al que había visitado a Wang—, que vendrás conmigo. Olvidaos de lo que habéis visto y oído. ¿Lo haréis?

—Sí, señor —respondieron ambos, inclinando las cabezas.

Luego, como sombras, desaparecieron en la oscuridad de la noche.

Y sólo el viento volvió a oírse en la calle.

IV



ODO había acabado cuando el agente federal Henry Dogherty, en compañía del inspector de la División, llegaron a la casa. El muerto había sido retirado, con destino a la Morgue, y todo había sido revisado cuidadosamente.

—Aún no comprendo en qué nos puede atañer esto a nosotros —decía, regañonamente el inspector.

Pero habíase acostumbrado a confiar en Dogherty y el despierto irlandés hacía de él lo que quería.

—Ahora lo verá, señor. Le contaré algunas cosas. ¡Pobre Wang! No volveré a comer unos platos orientales como los que él preparaba; se lo aseguro.

—Porquerías, nada más que porquerías son esos platos orientales. A mi deme un buen «beafsteck» con huevos y jamón y una tarta de manzana.

Todos los objetos encontrados sobre el muerto estaban en una mesa. En otra, el contenido de los cajones, debidamente arreglado. Una hoja de papel, con caracteres monosilábicos chinos, llamó la atención del inspector.

—Ésa estaba debajo de la mesa —dijo uno de los policías de paisano—. Habrá que llevarla a un perito.

—Nos la traducirán enseguida —dijo el agente.

Y envió a un policía al Palacio de Justicia, con una orden dada de prisa.

—Y aquí hay más papeles que no están en cristiano —dijo el mismo policía—. Un sobre. Lo encontramos en ese cajón. Por lo demás, hemos rebuscado libro por libro.

Un hombre de rasgos orientales, un manchó que había prestado servicios al

F. B. I.

en varios casos en los que había enredados compatriotas suyos, apareció con el policía al cabo de media hora. Inmediatamente, Dogherty le pasó la primera hoja de papel, la hallada debajo de la mesa. El hombre acercó a ella sus miopes ojos y luego levantó éstos hacia los del agente federal.

—Son unas cuantas palabras sueltas, con espacios entre ellas. Las palabras son: «Lama, barco, Ojo, Oeste y huella».

—¿Ojo? —preguntó Dogherty, alertado instantáneamente—. ¿Nada más que eso? —Se dio una palmada en la frente—. Busquen un libro encuadernado en piel oscura, con cantoneras metálicas y hecho de *papirus*, si es que me entienden —ordenó a los policías.

—Oiga, Henry... —empezó el inspector.

Pero el irlandés no le dejó acabar.

—Por favor, señor; crea que sé lo que hago. Y usted —al chino—. Traduzca lo que hay en este sobre.

—Un testamento —dijo el oriental al instante—. ¿Lo abro?

—No se le ocurra. Escuche, señor: hay que averiguar quién era el abogado de Wang, para que abra ese testamento.

No les llevó mucho trabajo averiguarlo. Las señas de míster Culbertson estaban en una libreta sobre la mesa de Wang. Un momento después, Dogherty estaba en contacto con él. El abogado prometió llegar lo antes posible.

El sol invernal pálido, enfermizo, se filtraba por una de las

ventanas. Ya poco quedaba por registrar en la habitación, pero algunos policías continuaban buscando el libro. Por fin se presentaron al agente.

—Lo siento, señor —dijo uno de ellos—. No aparece por ninguna parte ese libro. Seguro que no está en la casa.

—El asesino se lo llevó, entonces —dijo, pensativamente, Dogherty—. Bien, muchachos; no se preocupen. En cuanto a usted, señor... —Se volvió hacia su superior jerárquico y le puso al corriente de toda la historia, desde el principio, sin olvidarse aludir a Billy Koo y a sus disgustos sentimentales.

—Conque es eso —dijo el inspector-jefe—. Bien, muchacho; siga trabajando en ello. Puedo hacer venir de Washington a unos cuantos agentes especiales si lo desea.

—Déjeme esta oportunidad, señor —pidió Dogherty—. Creo que podré resolverlo yo.

Hasta que llegó Culbertson estuvo dando vueltas en su cabeza a las palabras escritas en la hoja de papel. No cabía duda de que Wang había estado traduciendo algo, seguramente del libro, y que el asesino se había llevado este último, por alguna razón ignorada. Es decir, si no se trataba del «Ojo», lo cual parecía muy probable, en vista de que esa palabra figuraba entre las de la hojita de papel.

Cuando Culbertson, un abogado de película —entiéndaseme, uno de esos correctos abogados que solamente existen en el «cine»—, llegó, envuelto en su bien cortado gabán y cubriéndose con el sombrero hongo que llevaba siempre para que lo confundiesen con un inglés, fue asaltado por ambos federales. Efectivamente, él era el abogado encargado de los asuntos legales de míster Wang. Efectivamente, míster Wang, ¡el pobre, oh pobre míster Wang!, tenía hecho un testamento. El mismo lo guardaba en su «bufete». No, ¡oh!, no sabía que míster Wang hubiese hecho otro testamento. Tal falta de confianza en él —puso una cara muy dolida — le llegaba a lo más profundo de sus sentimientos profesionales.

El intérprete chino se acercó con el documento y los atónitos ojos de míster Culbertson examinaron desconfiadamente los caracteres chinos.

—Míster Wang conocía perfectamente el idioma inglés, ortográfica y sintácticamente. Me creo obligado a no ocultar mi extrañeza por semejante documento.

—Traduzca —ordenó Dogherty.

Y el chino lo hizo. Míster Wang, por aquel testamento ológrafo, dejaba toda su fortuna, incluso la administración de su acreditado restaurante, al abogado Sol Chang. Nada más. Aquel testamento anulaba los anteriores.

—Sol Chang —dijo, pensativamente. Dogherty—. Ese nombre...

—Me suena, sí —repitió su superior.

—Indudablemente —dijo el intérprete—. Perdónenme que me meta en lo que no me importa, pero puedo recordarles que Sol Chang es un abogado dedicado a... Bueno; a sacar de la cárcel a gente que debería seguir en ella.

Dogherty se dio una palmada en la frente.

—¡Claro, Dios! Ahora recuerdo. Sacó libre al asesino chino aquél, el que mató a una mujer, a pesar de que, prácticamente, había habido testigos. Buen peje. Me niego a creer que Wang tuviese nada que ver con semejante granuja. ¿No podría impugnarse el testamento, míster Culbertson? Le digo a usted, hombre; despierte.

—¿Impugnarse? —preguntó el abogado, soñolientamente—. Jamás lo hubiera creído por parte de míster Wang. Tantos años llevando su administración legal y ahora prefiere confiar en un sinver... ¿Impugnarse? No; lo siento, señor. Míster Wang era solo. No le conocía yo ni un solo pariente. Es decir... Ahora ya no estoy seguro de nada. Hacerme esto a mí...

—Bueno; no se preocupe demasiado. Tendrá usted que ponerse de acuerdo con Sol.

—¿Yo? ¿Yo, con semejante escoria? Me está usted insultando, señor —el abogado estaba positivamente soliviantado—. No quiero tener que verlo. Le escribiré.

—Bueno; yo lo haré. No me importará echarle un vistazo a ese granuja. Pero supongo que habrá que tratarlo con guante de cabritilla.

—Lleve cuidado Dogherty; no vaya a meter en algún lío jurídico al Departamento —dijo el inspector.

—También yo soy abogado; no se preocupe, señor.

Sol Chang era un chino menudo, asténico y con cara de úlcera estomacal. Es decir, tenía cara de sufrir semejante mal y no hacerlo con la necesaria e inevitable resignación. Al lado de Dogherty

parecía un mico con lentes de «carey». Lo introdujo en un despacho severo, que olía de una manera rara, y le preguntó qué deseaba.

—¿Conocía usted a míster Wang? —preguntó Dogherty, con gran amabilidad.

—¿Míster Wang? En efecto. ¿Qué ocurre?

—Esta noche murió. Según un testamento que hemos encontrado en su despacho, un testamento ológrafo, me permito añadir, le nombra a usted depositario de todo su dinero y administrador perpetuo del restaurante de la calle Pell.

—¡Viejo y querido Wang!... —dijo el chino untuosamente. Y Dogherty sintió deseos de lavarse las manos al oír el tono. Era como caerse en un cacharro con melaza—. Debo confesar que no me extraña. Era mi más caro amigo...

—¿De veras? —preguntó el agente, dudoso—. Me parece muy bien. Naturalmente...

—Debo hacerme cargo cuanto antes de los deseos de mi viejo amigo.

—¿Sí? Temo que no sea posible, por el momento.

—En efecto; ya me imagino que las circunstancias de su muerte... La Policía tendrá que investigar hasta dar con su ase... Quiero decir... ¿Cómo murió?

Las azules pupilas de Dogherty no se separaban de las negras de su interlocutor.

—Es curioso míster Chang; ¿cómo se le ocurrió esa idea de que fue asesinado?

Las facciones del chino permanecían inescrutables.

—No lo sé; un presentimiento. Éramos tan amigos...

—Evidentemente. Bien, míster Chang; yo le haré saber cuándo puede empezar las gestiones para hacerse cargo de la herencia.

—¿Usted? —preguntó el otro, con leve burla—. Las cosas legales, mi querido señor...

—Lo siento, míster Chang. Hasta que las investigaciones no acaben no podrá hacerse nada en ese sentido.

—Permítame que difiera de su punto de vista. Voy a empezar mis gestiones.

Dogherty estuvo aquilatando la posibilidad de darle una patada en la cara a aquel mono burlón, pero venció al fin su buen sentido. El otro podría querellarse contra el Gobierno.

Cuando salió a la calle y se encaramó a su coche, vió, de pronto, una cara conocida. Efectivamente, una mujer alta, y que despertaba admiración a su paso acababa de apearse de un coche bastante lujoso, guiado por un criado oriental, y penetraba en una tienda de joyas, cuyos escaparates, depositados en el Banco de Inglaterra hubieran hecho subir el valor de la libra esterlina.

«¡Ah, caramba!», se dijo. Y bajando del automóvil, se abrió paso entre la gente y penetró en el establecimiento. La mujer había tomado asiento en una silla, y dos dependientes se doblaban ante ella en ángulos no inferiores a los cincuenta y cinco grados.

—¿Cómo está usted, *miss* Hanson? —le preguntó. Ella levantó la cabeza y sonrió.

—Me alegro de verlo, *míster* Dogherty —dijo, con su fuerte acento escandinavo—. ¿Va a comprar joyas?

—No; yo soy un trabajador. Pero no quise pasar de largo sin saludarla.

Cuando salieron de la tienda, el bolsillo de alguien relacionado con Selma Hanson había sufrido un fuerte saqueo, pero la gargantilla de diamantes que le llevarían a casa en un auto semiblandado, era maravillosa. Dogherty empezó a pensar que no debía portarse con tantas confianzas con una persona que podía gastarse veinte mil dólares sin pestañear.

—Es para el cumpleaños de Kay —dijo la joven. Y a Dogherty le pareció que intentaba disculparse por aquel dispendio—. Se lo merece todo porque es... Bueno, dejemos eso. ¿Quiere que lo lleve en mi coche?

—Preferiría que viniese usted en el mío. Verá, es más pequeño y me encuentro más a mis anchas en él. Ése es de *miss* Laos, ¿no?

—Sí; me lo ha dejado por el tiempo que esté aquí. Acepto su ofrecimiento *míster* Dogherty.

El coche del agente federal enfiló el *boulevard* Asteria.

—¿Conoce hace mucho tiempo a *miss* Laos? —preguntó Dogherty.

—Oh, no. Verá, señor. No creo que le aburra si le cuento...

—Usted no me aburrirá, aunque sea un chiste de la guerra. Los conozco todos de memoria. Pero no me aburrirá.

La sonrisa de la joven fue un premio demasiado elevado para tal tontería, pensó él. Y sin darse cuenta empezó a pensar en lo que

antes no había hecho nunca. En cómo sería *mistress* Dogherty... ¿Una irlandesa pelirroja? ¿Una inglesa rubia o morena? ¿Una polaca?

—Conocí a Kay en Suecia —dijo la muchacha—. Ella fue allí a terminar, sus estudios y estuvimos de compañeras en la residencia de estudiantes. Mi padre... Bueno, no quiero que piense usted que está... ¿cómo se dice? Podrido de dinero, pero tiene...

—¡Oh, yo no pienso eso! —protestó Dogherty, recordando los veinte mil dólares.

—Mi padre es el director de las fábricas T.

S. Fabrica

cojinetes de bolas y sierras circulares. Ya lo verá algún día.

—Sí; qué duda cabe.

—Pues la invitamos a casa en las vacaciones y ella me invitó a mí a venir a los Estados Unidos. Yo tenía ganas de conocer Estados Unidos. Durante la guerra todo el mundo tenía los ojos puestos en los Estados Unidos, y en las películas veíamos a los soldados tan... ¿apuestos?

—Sí; desde luego. Yo también he sido soldado apuesto. Muy apuesto. Todas las chicas de Tulagi se enamoraban de mí.

—¿De veras? —preguntó ella, muy contenta.

—Sí. Sólo que eran nativas con las narices atravesadas por espigas de pescado y el pelo como un nido de monas. Se las conocía a una distancia de dos millas por el olor.

—Se está usted burlando de mí.

—Dios me libre de ello. Pero continúe. Íbamos por lo de los soldados guapos de las películas.

La chica se había puesto seria. Ahora recordaba haber oído decir a compañeras suyas que los americanos, y, en general, las razas celtas y meridionales, se caracterizaban por sus burlas y por su especial sentido del humor. Su padre llamaba a eso irresponsabilidad, pero al ver a aquel apuesto mozo, de pelo castaño y ojos azules, no creía que fuese un irresponsable. Empezó a imaginárselo vestido de soldado, a la cabeza de sus...

—¿Era usted oficial? —preguntó, infantilmente.

Dogherty, un poco incomodado y un poco divertido al mismo tiempo, se volvió hacia ella, a riesgo de topar a un coche que iba delante del suyo.

—Oiga: ¿cuántos años tiene usted?

—Veintidós —afirmó, cándidamente, la muchacha.

—Yo le daría quince nada más, pero a veces me equivoco. Sí; fui oficial. Muy guapo.

—¡Ah!... Debe ser muy hermoso.

Por un pelo, Dogherty falló a un camión cisterna. Estaba tan asombrado que se había salido fuera de la línea amarilla. Con el rabillo del ojo miró a su compañera. Efectivamente, sus oídos no le habían engañado. La cara de ella era la misma de esas chicas que leen poesías sentimentales. Estaba verdaderamente impresionada por él.

—La... la llevaré a su casa —dijo.

—Kay no está. Y comer sola con míster Laos no me gusta —confesó ella—. Es tan serio...

—Lo comprendo, lo comprendo. Alguien debe ser serio con usted —dijo, entre dientes—. Bien, si quiere comer conmigo...

—Encantada, míster Dogherty. Me contará sus heroicidades en la guerra.

Dogherty se encogió como si le hubiesen pegado un puñetazo en el vientre. Estaba empezando a pensar que el irresponsable era el padre de *miss* Hanson.

Cuando estuvieron sentados en un modesto restaurante de Brooklyn, Dogherty resolvió mostrarse severo. Había que evitar las hazañas bélicas a toda costa, entre la sopa y el helado.

—¿Por qué dijo que *miss* Laos era...?

—¿Desgraciada? —preguntó la joven, cayendo en la trampa—. ¡Oh, sí! Está enamorada de ese muchacho y no podrá casarse con él.

La joven parecía haber perdido todo su aire Infantil. Parecía que lo único que le hacía volver a la infancia era lo que se refería a películas de guerra y a la guerra en sí. Su voz era seria y sus ojos parecían los de una persona mayor en años que los que ella había declarado.

—Billy Koo es un excelente muchacho —declaró Dogherty—. Y míster Laos no me gusta nada.

—Ni a mí tampoco. Quiere mucho a Kay, pero a su manera. Si pudiera, la pondría en un jarrón, como una flor. Y ella no quiere ser una flor, sino una mujer. No sé si me entiende.

—Creo que sí —dijo Dogherty, pensativo—. Como usted, ¿no?

Ella le miró seriamente.

—Sí; una cosa así. A las mujeres nos gusta que nos idealicen, claro pero no hasta el extremo de que dejen de considerarnos mujeres para creernos diosas o flores. Pues míster Laos eso es lo que quiere hacer con Kay. Mi padre siempre ha sido muy generoso conmigo, pero no llega ni a la cuarta parte de lo que hace el padre de Kay. ¿Usted vió qué pieles llevaba?

—Sí; no siga. Recuerde que yo soy un pobre trabajador. No se me debe hablar de tantos miles de dólares seguidos porque acabaría queriendo hacer la revolución social. Claro, a un hombre así. Billy Koo le parecerá el polvo del camino.

—Sí —la muchacha sueca encendió un cigarrillo, con poca maestría—. Si Koo quisiera tenía hecha su fortuna. Porque míster Laos le daría todo el dinero que quisiera en cuanto dejase de ver a su hija.

Dogherty pensó un momento.

—Escuche: ¿sería usted capaz de guardar un secreto?

—Sí, sí, claro. Dígamelo inmediatamente —dijo ella, con avidez.

—Pues que si Billy Koo no deja de ver a Kay Laos, le puede ocurrir un accidente. Ya cuidaría yo de que no le ocurriese, pero «le puede ocurrir». ¿Me comprende?

Los azules ojos de porcelana se abrieron, desmesuradamente.

—¡No es posible, un chico tan simpático! Tiene usted que impedirlo. Le daré el dinero que quiera, pero tiene usted que impedirlo.

—No soy un detective particular —dijo Dogherty, malhumorado—. Soy un agente del Gobierno y debo proteger la vida de Billy Koo aun sin cobrar nada. Métase eso en la cabeza.

—Míster Laos es un caballero y jamás...

—No he citado nombres, *miss* Hanson. Por lo que más quiera, no enrede las cosas. Ya están bastante liadas. Pero quisiera que no se separase usted de Kay, en lo que sea posible.

—Mañana es su cumpleaños —respondió la sueca—. Puede que Billy vaya a la fiesta. Yo le invito a usted, y quizá entre todos... Pero ¿quién puede querer hacerle daño a un joven tan simpático? No lo entiendo.

—Muchas personas simpáticas mueren todos los días —respondió él exasperado—. El serlo no es un certificado de garantía

personal de vida. Bien; si usted me invita a la fiesta...

—Sí.

—Una cosa... —Dogherty jugueteó con los cubiertos un momento, mientras el camarero cambiaba los platos—. No comprendo cómo usted y *miss* Laos...

—¿Cómo podemos ser tan amigas? Si es muy fácil. Al principio, cuando la vi en Suecia, la encontré tan... exótica. Luego me gustó. Es muy buena, aun cuando un poco extraña. A veces no la entiendo bien, pero supongo que eso será por la diferencia de razas. Tendremos que decirle que Billy está en peligro...

—Déjelo eso para mí. ¿No vive usted con Kay?

—Sí y no. Es que tengo unos parientes en Nueva York y a veces paso unos días en su casa. Pero hoy ya he vuelto a la de Kay. No quiero dejarla sola, pobrecita. ¿Verdad que tengo buenos sentimientos? Hay que ser bueno con los demás.

—Sí; un ángel. Eso es lo que es.

—Espere, ahora que me acuerdo. Billy no irá a la fiesta. Kay lo ha despedido hasta dentro de un mes. No comprendo esto muy bien —de nuevo se había puesto seria—. Mañana tendremos que hablar mucho de esto.

Cuando iban por la calle, ella lo cogió del brazo.

—Ahora sea bueno y cuénteme cuántas cosas bellas y nobles hizo en la guerra. ¿Verdad que me lo contará? ¿Le sentaba muy bien el uniforme de oficial?



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERÍAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

V



ILLY Koo dejó la fábrica, después de haberse duchado. Luego marchó derecho a su casa, se cambió de ropa y volvió a salir. Se había puesto un terno azul marino y una gabardina azul. Nada más que salir a la calle y ya vio al individuo. Nunca era el mismo, pero se conocía perfectamente el tipo. Oriental, menudo, de ojos huidizos y pupilas contraídas por el uso de las drogas. Billy Koo encendió un cigarrillo y lo esperó.

El pequeño pasó junto a él y dejó escapar la misma frase de siempre. La misma. Lo único que variaba era el número.

—Quedan cuatro días.

Billy alargó el brazo y lo cogió por el cuello. El otro no intentó resistir siquiera.

—¿Qué pasará si te doy una paliza? —le preguntó.

—De nada le serviría —cloqueó—. Mañana sería otro y así hasta... Le quedan cuatro días.

—Podría encerrarte en algún sitio donde no pudieses fumar opio. ¿Te gustaría?

Un furtivo relámpago de aprensión cruzó por las oscuras pupilas.

—Tampoco le serviría de gran cosa. Tendría que soltarme pronto.

Billy así lo hizo, asqueado. Le dio un empujón y lo lanzó rodando por el suelo hasta el centro de la calzada. El chino se levantó, se sacudió un poco el polvo y prosiguió su camino.

Billy volvió a encender otro cigarrillo, entró en un bar y pidió un «*whisky*». Mientras lo bebía, estuvo pensando furiosamente. Era completamente inútil, por no decir suicida, continuar así. Él era un hombre civilizado, había combatido en una guerra y había estudiado en una «high school», aun cuando no hubiese podido ir a la Universidad. ¿Iba a dejarse degollar como un borrego, sin hacer nada por evitarlo? Tiró el cigarrillo y encendió otro.

No cabía ninguna duda de que si dejaba de ver a Kay Laos, nada ocurriría. Es decir, nada le ocurriría a «su vida» física. Pero le habrían destrozado la vida anímica, la única que, para un excombatiente, era la que contaba. Sin Kay nada tendría que hacer. Su antiguo superior le había dicho que confiase en él, pero conocía demasiado los poderes con los que se enfrentaba para confiar en nada ni en nadie. Cumplidos los cuatro días, un disparo de revólver en cualquier callejuela, una cuchillada entre los omóplatos o una cuerda manejada por amarillas manos, cortarían el hilo de su existencia.

Pero le quedaba otra cosa por hacer. Lo que haría cualquier hombre que se tuviese por tal: dar la cara y obligar a sus enemigos a salir de las tinieblas. Billy no razonaba normalmente, porque un enamorado jamás lo hace. Por eso hay quien dice que la ventaja del trato con enamorados es que son generosos y se dejan engañar con facilidad.

Por otra parte, sabía que si huía con Kay no llegarían muy lejos. A él lo matarían y ella quedaría en peor situación aún. No; lo que fuera tenía que ser resuelto en Nueva York. Y pronto.

¡Cómo le hubiera gustado sentir a su lado la presencia de la joven! Todos sus problemas desaparecían cuando veía aquellos

labios rojos y los oblicuos ojos negros, como manchas de tinta en la palidez marfileña de su cara. A él no se le ocultaba que, al lado de aquella suave flor de loto, él era un ser tosco y rudo, pero la amaba y creía que la haría feliz. Eso si algún día se decidía a decírselo.

Fue el recuerdo de la joven lo que le impulsó. Se dirigió al teléfono, y un momento después tenía comunicación con la casa de míster Laos. Pidió hablar con *miss* Hanson, y un momento después ésta atendía.

—¡Quien! ¡Ah! —Había una ligera desilusión en aquel «¡ah!», pero Billy no lo notó.

—Escuche, *miss* Hanson —dijo, con cierta orgullosa humildad—. No la molestaría si no fuese una cosa muy importante. ¿No puede usted decirme dónde está *miss* Laos?

Hubo una breve vacilación al otro lado de la línea. Luego, la voz de la sueca llegó de nuevo hasta él.

—N-n-no, creo que no lo sé. Sólo sé que ha salido.

—Ya. Dispénseme, *miss* Hanson.

—E-e-escuche, Billy: ¿por qué no viene esta tarde? Es el cumpleaños... ¡oh, perdón! —Y colgó.

—¡*Miss* Hanson! ¡*Miss* Hanson! —llamó Billy. Pero nadie le contestó.

¿Qué diablos había querido decir con aquello de que era un cum...? Y súbitamente se le representó la fecha. Hacía un año, un día Kay no había podido salir con él a dar una vuelta por Westchester, que tenían planeada desde una semana antes. Y le había dicho que era su cumpleaños. Pero entonces...

No, no tenía sentido que se celebrase el cumpleaños de una persona que estaba fuera. Luego Kay debía encontrarse todavía en Nueva York, en su casa, y lo que le dijo de que se marchaba no era más que una excusa para no verlo. Con la muerte en el alma, salió del bar y se lanzó a la fría calle, cuyo pavimento empezaban a constelar pequeñas estrelluelas de agua.

Luego, otra idea lo atenazó. En realidad, el pobre muchacho estaba pasando aquellos días a base de sobresaltos. Toda clase de ideas lo habían asaltado desde que se despidiera de la joven, y cada una de ellas tiraba de él como si hilos invisibles uniesen a ambos. Pero esta idea representaba acción, y eso era algo que él estaba necesitando urgentemente. Hacer algo, lo que fuese, pero algo.

Cogió un autobús y descendió por la Séptima hasta alcanzar Greenwich. Los Laos tenían allí, en pleno corazón del barrio bohemio de Nueva York, en la calle Bleecker, un gran edificio de dos pisos, rodeado de un jardín. Una de las mejores mansiones del barrio. Dato curioso: nadie, ninguno de sus vecinos había dicho nada de la proximidad de dos orientales ni de la necesidad de tener que convivir con ellos. Es indudable que los millones suavizan la rigidez racial americana. Las mujeres blancas no vacilan en besar (en realidad está casado con una blanca), a ese farsante negro conocido con el nombre de «Padre Divino», y Joe Louis puede retratarse con el brazo puesto sobre el hombro de una «*snob*» chicaguense, sin que nadie diga nada ni lo encuentre mal. Pero un negro y un chino pobre no son nuestros iguales. Esto lo definió perfectamente Heine cuando, con intensa amargura, dijo: «Un hebreo pobre es un “judío”. Un hebreo rico, un “israelita”. Algo así pasa en los Estados Unidos. Y no es crítica».

Llegó ante la casa y comprendió al momento que no se había equivocado. De varios automóviles, ninguno de ellos menos caro que un «Packard», estaba descendiendo una riada de personas. Y no todas ellas eran de origen chino, sino que algunas, bastantes, eran europeas netas. Mujeres enjoyadas, hombres en traje de etiqueta y muchachas radiantes en tocados, que no solamente eran estrafalarios por sus precios.

En el momento en que él llegaba a la puerta, un grupo de gente joven que descendía de un inmenso coche de puntiagudo morro, a todas luces europeo, penetraba bulliciosamente en la cancela, bajo las miradas complacientes de varios criados chinos.

Nunca supo cómo ocurrió. Sólo sabía que por sus venas corría espesa y caliente la sangre y que, sin haber bebido apenas, estaba como borracho. Billy se unió a ellos y cruzó la cancela.

Su gabardina «macferland» podía pasar, a media luz, por un gabán de etiqueta y las perneras azules de sus pantalones, por bajos de «*smoking*». Y, de todas maneras, no se preocupaba mucho. Quería, simplemente, pasar. Y pasó.

Lo peor fue en el «*hall*», pero él no parecía darse cuenta. Una fiesta de cumpleaños no es una fiesta social, por lo cual raramente se exige la tarjeta de invitación. El criado chino se inclinó ante el grupo y lo aprobó en bloque. Una muchacha de rasgos orientales se

cogió del brazo de Billy, llamándole su perrito guapo, pero él la rechazó.

No podía entrar en el salón, y él lo sabía, porque había que pasar por el guardarropa y dejar allí la gabardina azul, y entonces todo el mundo vería su falta de traje de noche. No; pero a un lado del «hall» se abrían varias puertas. En el momento en que la alcohólica china lo soltó, él dio dos pasos, abrió una de las puertas y la cerró detrás de sí.

Estaba en una habitación de uso indefinido. Tanto podía ser un sitio para hacer esperar a visitas pobres o no deseadas, como un refugio para cuando hubiese mucha gente en los salones, una especie de «burladero» [3] para huir de alguien que quisiera bailar a toda costa con uno.

Había varios sillones y un sofá pegado a la ventana. De dos zancadas. Billy corrió hacia ésta y la abrió. Por allí tendría la escapatoria que pudiera necesitar en un momento dado. La dejó abierta a medias, pero tapada con la cortina para evitar que cualquier criado pudiera verla así y cerrarla de nuevo. Entonces vio la segunda puerta.

Estaba enfrente de la que utilizara él. Cuando la abrió, vio que daba a otra salita, mucho más pequeña, y amueblada con una sola silla. Nada más. Ninguna otra puerta. Por allí no podía seguir a ninguna parte.

Volvió a la anterior y se detuvo irresoluto en el medio de la habitación. Sólo fue un segundo, pero al sentir la quemadura de una mirada en la espalda, se volvió como un gato, dispuesto al salto y al ataque.

Se miraron ambos un instante. Sólo uno.

—Ven por aquí, Billy —dijo Kay.

La muchacha china había entrado por la segunda puerta. O sea que había estado escondida en la habitación pequeñita; pero eso era imposible, porque él mismo había visto que sólo tenía una silla.

—¿Por dónde...? —preguntó.

Ella se llevó imperiosamente un dedo a los labios, exigiendo silencio. Como un niño, él la siguió.

Efectivamente, la salita pequeña no tenía más mueble que la silla; pero la joven, sin vacilar, lo llevó hasta el panel lateral derecha, empapelado, como el resto de la habitación, con figuras

chinescas. Dragones, guerreros, mandarines de larguísimas coletas que les arrastraban por el suelo, y bellas tañedoras de laúd chino. Lo que se puede ver en cualquier papel de empapelar.

Ella metió su fino dedo «por detrás» de uno de los trastes del laúd de la tañedora y tiró hacia fuera. Evidentemente, allí el papel dejaba de serlo para volverse materia elástica, colocada con toda seguridad sobre la sustancia antigua. Al tirar, salía una empuñadura que se podía accionar, de no conocer el mecanismo, debía ser muy difícil dar con ello, ya que no se trataba de apretar, sino de «sacar».

El trozo de papel que se abrió, girando sobre invisibles y bien aceitados goznes, bastaba para dar paso a una persona, si esa persona se agachaba. Kay Laos, con el dedo, le indicó que entrase, y él, como en sueños, obedeció.

Un corredor oscuro, pero corto. Luego una habitación rectangular, pequeña, a la que daba entrada otro corredor cuyo destino se perdía en las sombras. En la habitación, un sofá y unas esterillas. El suelo estaba cubierto de polvo.

—Como en las películas —dijo ella, sonriendo, con tristeza—. Sólo que esto no tiene esos fines odiosos de las mismas. ¡Oh Billy! ¿Por qué has venido?

Fue un grito arrancado de su propia entraña. Billy volvió la cabeza hacia otro lado, sin mirarla, pero la joven le cogió la cara con ambas manos y lo contempló largamente, sin dejarlo.

—No podía creer que no quisieras verme —dijo, por fin, el muchacho—. Yo... Me enteré de que estabas en Nueva York.

—No, no quería verte —dijo ella. Y había odio en su voz, auténtico odio, de ése que sólo podemos sentir por las personas que amamos cuando éstas no se colocan a la altura que de ellas esperábamos en alguna situación—. No quería verte porque eres un cobarde.

—Sí; lo soy —repitió él—. Pero yo sí quería verte. Escucha, Kay: he de hablar contigo.

—No puedo hoy. He de atender a todos ellos. Son muchos y todos quieren felicitarme. Pero si esperas aquí, podrás verme luego.

Se miraron de nuevo. Las manos de Billy, grandes, morenas y fuertes, se cerraron en torno a los hombros finos y esbeltos de Kay.

—Escucha, querida: pase lo que pase...

Ella se desasíó con cierta violencia.

—¿Qué puede pasar, Billy? ¿Qué puede pasar? ¿Hay necesidad de hablar más? Todo lo que sabes hacer es encerrarte en un mutismo absoluto. ¡Y yo tenía derecho a esperar otra cosa de ti, Billy! ¡Tú me besaste! Y si luego no hubieras vuelto a aparecer en mi camino, hubiera pensado que había sido para ti coma otras habrán sido. La muchacha a la que se da un beso en los labios y luego se va uno silbando. Pero volviste. ¡Volviste! Y permitías que tus ojos me dijeran cosas que tus labios negaban a cada momento. ¡Oh, he odiado tus labios mientras adoraba a los ojos, y he adorado a los labios mientras detestaba a los ojos, porque uno de los dos mentía! Bien. Jamás me has dicho que me quieres. Te limitaste a besarme. Nada más. No te importó si levantabas un incendio, ni pensaste en las maneras de apagarlo. Prendiste la cerilla y la dejaste en la hierba. ¿Qué quieres que hablemos más? ¿De qué? ¿De lo bueno que eres al no intentar conquistar a una muchacha rica como yo? Ya se ha escrito mucho sobre eso. La muchacha rica es una muchacha al fin y al cabo, y a veces preferiría... —se calló, pues su rostro había ido enrojeciendo a medida que hablaba. Se han dicho muchas tonterías acerca de la impasibilidad de los chinos. Hay que haberlos visto celebrando, por ejemplo, su carnaval. El que después diga que son imperturbables, falsea la verdad. Sus rostros pueden demostrar tantas emociones como los de los blancos, pero lo que ocurre es que saben disimularlas mejor. Es como un vivaracho latino del mediodía de Europa comparado con un calmoso noruego.

Por fin, el rubor pareció vencer a aquella apasionada perorata. Calló, con los rojos labios apretados. Por fin, una sola palabra se escapó de ellos.

—¡Espétame aquí!

Y se marchó, corriendo, arrastrando por el suelo polvoriento el vaporoso borde de su vestido de noche.

Billy se sentó en el diván y encendió un pitillo con mano temblorosa. Nada más horrible para un hombre fuerte que el que lo llamen cobarde, cuando uno siente que no lo es. Pero estaba seguro de morir si se unía con Kay. ¿Cómo dejarla viuda? Y...

Había dado tres chupadas al cigarrillo, cuando se percató de que no estaba solo. Levantó la vista que había tenido fija constantemente en las señales de polvo en el suelo, y miró. Sonriéndole, con una larga boquilla en la que amarilleaba un

cigarrillo sin encender, míster Laos lo miraba.

—Encantador encuentro, míster Koo —dijo, mientras Billy se ponía en pie—. Encantador. Pero no me parece muy correcto por parte de Kay tenerlo a usted en esta ratera. Su puesto está arriba, con la gente joven, bailando y divirtiéndose.

—Gracias.

—Veo que aún me conserva rencor. Mal hecho, míster Koo, mal hecho. Debe reconocer que mi postura era muy natural, así como yo reconozco que la suya lo era.

—Le suplico que permita que me case con Kay —dijo Billy, humildemente—. La haré feliz, señor; esté seguro de ello. Pero ninguno de los dos podemos vivir...

—¿Sin el otro? Errores de concepto, míster Koo. Lo peor de las mujeres es que no podemos vivir ni con ellas ni sin ellas, pero, acostumbrándonos... Además, dudo mucho que el renunciar a usted vaya a ocasionar a mi Kay una afección mortal, joven. Nadie muere de amor, y menos hoy en día, principalmente, porque no está de moda. Reconozca que mi postura es justa. Quiero para mi hija —aquí sus ojos negros brillaron sin que él pudiera controlarlo— algo que no está en sus manos ni en las de ningún hombre al que ella conozca. Algo que valga la pena realmente poseer. ¿Cree usted que el dinero sería un obstáculo para sus pretensiones amorosas con respecto a mi hija? —De nuevo brillaron sus sombrías pupilas con un fulgor fanático, mientras miraba fijamente al joven—. ¡Bah, pobre infeliz! Dinero... Tengo todo el que necesito y el que no necesito. No; un vulgar casamiento por dinero... Antes... antes encerraría a mi hija en una torre. No; lo que yo quiero es un hombre.

Billy dio un paso hacia él, sin saber si echarle las manos a la garganta o dejarle terminar. Míster Laos no pareció darse cuenta de elfo. Entonces, Billy se dio cuenta, por la contracción de las pupilas, que aquel hombre había tomado una droga, opio probablemente. No mucho, y no parecía, además, el tipo del opiómano habitual. Pero por alguna razón especial había fumado unas pipas.

Entonces decidió dejarle terminar.

—Un hombre, míster Koo, si es que sabe usted lo que es eso. «El hombre». El que puede llevar a otros, a otros muchos millares, millones de hombres al combate y al sacrificio. El, con levantar un

dedo, se ve obedecido por los pueblos en masa, que, a una señal suya, se despedazan. El hombre. Sólo ha habido unos cuantos en la Historia. ¿Necesitaré nombrarlos? Sólo ése merecerá a una flor como mi Kay. ¡Y qué unión! ¡Qué hijos podrían nacer de semejante unión! El «hombre» y la «mujer». ¡Qué hijos!

Se pasó una mano por la frente, como dándose cuenta de que estaba hablando demasiado. Luego sonrió con un poco de esfuerzo.

—Me olvido a veces de mí mismo, míster Koo. Debe usted perdonarme. He estado últimamente releendo la vida de Ghenghis Khan y...

Así que era aquello. Billy no necesitaba que le nombrasen los hombres en que el otro pensaba, porque los había oído en la escuela. Napoleón. Alejandro, el Ghenghis Khan, y había combatido contra uno: Adolfo Hitler. Pero el solo hecho de pensar en unir a una mujer a un hombre de éstos nada más que por que sí, iba contra naturaleza y contra cualquier ley divina. Se sintió sublevado al comprender.

—No hay ningún hombre así en el mundo actualmente —dijo, procurando mantener su serenidad—. Al menos en condiciones de casarse.

—¿Usted cree...? —preguntó, vagamente, Laos—. Sí, así será. Bien; creo que deberíamos subir. Kay nos esperará.

—Ella me dijo que la esperase aquí.

Laos lo miró. Los efectos del opio debían estar pasando, porque sus pupilas aparecían más grandes.

—Como usted quiera, míster Koo. Solamente que...

—¿Qué?

—Que le recomiendo prudencia. Supongo que sería inútil si le dijese que habría una importante cantidad de dinero en un Banco a su nombre, si se decidía a dejar a Kay. No quiero insultarlo.

—Sería inútil, señor. Tan inútil como los avisos diarios. ¡Oh, no me acordaba de que usted no sabe nada de esto! Todos los días recibo un aviso de que me queda una cantidad de jornadas. Siempre una menos que el día anterior. Jamás, que yo sepa, he hecho algo que merezca la atención de los pistoleros de... del «Ojo Siniestro».

—Me figuro que me está hablando de lo que sueña.

—No, míster Laos. No lo sueño. Es más, tengo testigos. Pero el día que quieran mi piel, a alguien le costará la suya. No moriré

como un carnero.

—No sé para qué me cuenta usted a mí eso. Otro motivo para evitar que mi Kay se siga «divirtiendo» con usted. No me gusta el trato con pistoleros ni he tenido jamás el menor aprecio por los «tongs». Bien; aquí queda usted.

—Un momento, míster Laos. Estamos a cinco de diciembre. El día nueve es el último que me han dado. Antes de ese día procuraré descubrir por qué si yo dejase a Kay y no volviese a verla, mi vida se prolongaría. Eso es todo.

Una mirada indefinible fue la respuesta. Luego, míster Laos desapareció. Aun en medio de su confusión, el joven se dio cuenta de que había venido por el corredor que acababa en la pieza, pero se marchaba por donde lo hiciera Kay. Se levantó y avanzó por el corredor, muy poco iluminado.

La luz se quebraba en los prismas de las lámparas, centelleaba en las joyas de las mujeres e irisaba las perlas de las botonaduras de los hombres. El suelo, perfectamente encerado por una máquina especial, después de cada pieza de baile, brillaba como un espejo. Por cada pareja de bailarines, sobre el suelo se veía otra, ligeramente grotesca «bajo él». Visto desde la escalera aquello era como un caleidoscopio que cambiaba a cada momento, según que los sombríos trajes masculinos tapasen los modelos de las mujeres o no.

Míster Laos, fumando silenciosamente, contemplaba la escena. Pero sus ojos apenas se apartaban de la esbelta figura de su hija, que bailaba con el agente federal. Era como un imán para ellos. Cuando el baile terminó, se aproximó indolentemente hacia la pareja.

—Kay querida: ¿te has olvidado de que hay un ratón en la ratonera? Lo he visto al pasar y he charlado un rato con él. No debes tratarlo como a un criado, querida. Yo jamás te he pedido eso. Estamos, recuérdalo, en el país en el que el obrero es el amo, no el millonario. Y él es un obrero.

—Y tú no pierdes la ocasión de recordármelo —respondió ella sin sonreír, haciendo un esfuerzo—. Das tal entonación a la palabra obrero que...

—Que lo rebaja. Ya lo he visto —intervino Dogherty, sonriendo—. Me imagino que el ratón se llama Billy.

—Así es, míster Dogherty. Les ruego me dispensen. He de atender a otros invitados.

—He visto qué clase de invitados. Mi querida *miss* Laos, me parece que su cumpleaños sirve también como tapadera para los negocios de su padre. Apuesto a que no conoce a muchos de esos que han entrado. Me refiero a los de edad madura.

—No —dijo ella, distraída—. Un ratón... No, una rata quizá.

Miss Hanson se aproximaba. Dogherty cogió a la joven oriental por un brazo.

—¿Qué dice?

—Dije rata. Un ratón es una cosa bonita que no enseña los dientes. Sólo huye cuando se le amenaza. La rata muerde y luego se retira. Dije que Billy Koo es más parecido a una rata que a un ratón.

La mirada de Dogherty era fría como el hielo. Selma Hanson, que ya estaba junto a ellos, se dio cuenta de que algo raro ocurría.

—¿Qué les pasa a ustedes...?

—¿Por qué es una rata, *miss* Laos?

—Porque sí —dijo ella, alzando orgullosamente la cabeza—. Porque es un cobarde. ¡Oh, ya sé que está esperando! Esperará tanto como yo quiera.

—No mucho —dijo, fríamente, Dogherty—. Ignoro por qué lo llama cobarde, pues me consta que no lo es. Pero, sea como sea, cualquier hombre en sus condiciones no se portaría con más valor que el que él demuestra.

—¿Sus condiciones?

—No pienso callarme. Bastante ha sufrido en silencio él —Dogherty sabía que estaba traicionando un secreto, pero su espíritu era demasiado generoso para dejar insultar a un amigo—. Si no deja de verla a usted, dentro de cuatro días... —Se detuvo. Pero la frase iba tan lanzada que Selma Hanson, inconscientemente, la terminó por él.

—... Morirá —dijo la joven sueca.

¡GRAN ACONTECIMIENTO!

Ante el arrollador éxito del

EXTRAORDINARIO NUM. 100 DEL F. B. I.

(a punto de agotarse su 2.^a edición)

EDITORIAL ROLLAN publica el

EXTRAORDINARIO NUM. 125 DEL F. B. I.

Fidelidad, Bravura, Integridad

*se titula la grandiosa novela de 210 páginas,
escrita magistralmente por el famoso*

F R A N K M C F A I R

VI



Indudablemente se había marchado. A no estaba. Kay Laos volvió los ojos enloquecidos hacia el agente federal. Éste se encogió de hombros con manifiesta frialdad.

—Se cansó de esperar, eso es todo. No veo por qué tengamos que preocuparnos. Y, *miss* Laos, no tome demasiado en serio lo que le dijimos. Puede que sólo sea una falsa alarma. Pero no ha debido tratar al muchacho de esa manera, si es que verdaderamente lo quiere. Hay un peligro en hacerlo, ¿sabe?

Kay Laos no le hacía caso. Estaba mirando fijamente hacia el oscuro corredor que se abría enfrente de ellos. El agente federal siguió la dirección de su mirada.

—¿Adónde conduce? —preguntó.

—A las cocinas. Los criados lo emplean cuando hay mucha gente

en los salones, para no andar por entre medias de los invitados. Quizá haya ido hacia allá. En ese caso han tenido que verlo.

Pero los cocineros, sudorosos, vestidos de inmaculado blanco, no habían visto a ningún extraño. Y preguntado el portero de la entrada dijo que tampoco había visto salir a ninguna persona de aquellas señas.

—Bueno, no se preocupe —dijo el agente—. Seguramente ha pasado inadvertido, eso es todo. ¿Qué va a hacer usted?

Kay no contestó. Miraba delante de sí, fijamente, sin prestar atención a nada que no fuese su interior conflicto. Selma Hanson cogió del brazo al agente.

—Venga conmigo, capitán. Más vale que la dejemos sola.

Míster Laos no había perdido nada de la escena, excepto la parte en la que estuvieran en el sótano. Se acercó a su hija, hasta estar muy cerca, pero sin tocarla.

—¿Qué te ocurre, pequeña? ¿Buscas a tu amigo? Se marchó. Hace ya mucho rato que se marchó. Me encargó que lo despidiera de ti. ¿Quieres bailar conmigo?

Ella tampoco le contestó. Lo que hizo fue ascender lentamente la escalinata, mientras algunas de sus conocidas se acercaban a besarla. Su padre la miró largamente, y por fin pareció perder interés en ello. Un momento después, él mismo había desaparecido. Pero maldita la falta que hacían ninguno de los dos en la fiesta. El cumpleaños no era más que un motivo para que la alta sociedad china de la ciudad de Nueva York se emborrachase, bailase y gritase a placer. Aceitosos tangos, maléficos «*blues*» y enloquecidas «congas» y «sambas» se sucedieron uno a otro con mareante rapidez. Cada uno se preocupaba solamente de buscar su próxima pareja y de rellenarse el estómago de alcohólicas mezclas.

El agente federal arrastró a su compañera a un lado.

—Esto es repugnante. ¿No hay manera de que nos vayamos a otro sitio? Esos jovencitos son unos degenerados. Fíjese qué clase de borracheras han «pescado» ya. Se van a caer al suelo.

—Pero no puedo dejar a Kay. Déjeme que vaya a ver si quiere algo y vuelvo. Luego podremos irnos a cualquier sitio, como usted quiere.

—Y los viejos no son mejores —dijo el agente, asqueado, al ver las caras, enrojecidas de algunos blancos y sus movimientos

imprecisos, mientras la joven echaba a correr, esquivando las invitaciones a bailar.

Volvió al cabo de un momento. Parecía muy aturdida.

—No sé si está o no en su habitación, pero ésta está cerrada. Bien; creo que jamás lograré entender a estos orientales. Lo mejor es que nos vayamos a otro sitio. Me gustaría beber algún «martini» más.

—Ni pensarlo. No quiero que se parezca usted a esas alcohólicas. Tengo ganas de tomar un poco el aire. Además, he de hacer aún algo.

—Bien, mi capitán; como quiera. Pero no volveremos tarde. Me preocupa Kay.

Y se marcharon. Kay, desde la ventana de su cuarto, los vió subir en el anticuado automóvil del agente, y luego, con un largo suspiro, bajó los «stores». Tiritaba, a pesar de que la calefacción estaba regulada al máximo, y se estremecía cada vez que le llegaban los agudos sonos trompeteantes de la orquesta negra. Había sobre todo un clarinetista, disputado por todos los «*dancings*», que soltaba unos atroces y metálicos rebuznos con su estruendoso instrumento. Cruzó Los brazos sobre el pecho y miró vagamente ante sí. Luego pareció decidirse. Tocó un timbre y acudió su doncella particular, una javanesa de tez bronceada y andares suaves, casi felinos.

—Avisa que ruego a todos me perdonen, pero que tengo una jaqueca muy grande y que no puedo bajar. Procura que se vayan cuanto antes.

Al cabo de media hora escasa, todos aquellos jovenzuelos y sus embriagados mentores habíanse amontonado en los «autos» y se marcharon en busca de más bebedores, en dirección a Bayard. La casa quedaba silenciosa, mientras un batallón de criados arreglaba en lo posible los estropicios hunos.

Kay se quitó el traje de noche y se puso unos pantalones y un jersey ceñido para que no le impidiese los movimientos. Luego, por encima, se echó un chaquetón de paño guateado y se dirigió hacia el sótano de la casa.

Efectivamente, allí no estaba Billy, si es que aún le había quedado alguna esperanza de ello. Entonces, abandonó los bajos y se dirigió hacia la habitación de su padre. Tampoco éste estaba en ella. Pero aún recordaba las palabras de Dogherty acerca de

aquellos hombres que parecían haber ido allí por negocios, y sabía, quizá, dónde lo encontraría.

Míster Laos tenía un despacho al otro lado de la casa, un despacho en el que sólo entraba su camarero particular, una especie de «factótum» que le era fiel como un perro. Cuando Kay llegó, oyó voces al otro lado de la puerta, aplicó un oído a la cerradura. Pero sólo le llegaba el sonido, no las palabras. Lo que sí sabía cierto es que había por lo menos tres personas en la habitación.

La joven dudó un momento. Lo que iba a hacer era muy arriesgado, y su padre se enojaría si se enteraba, pero no tenía más remedio que «saber», fuese como fuese, aun arriesgándose a una bronca con él.

La puerta estaba cerrada con llave, lo notó apenas tocó el picaporte. Pero quedaba un camino. No es que fuera un camino peligroso, pero sí insólito. Aquella habitación daba a un patio. Es decir, sus ventanas daban a un patizuelo interior, que altas vallas de ladrillos separaban de la calle. Era un espacio que nunca utilizaba para nada y en el que crecían hierbajos. Incluso hacía diez años, un arbolito desmedrado, algún álamo, nacido de Dios sabe qué semilla llevada por el viento, había ido creciendo, hasta que sus ramas se extendieron por casi todo el espacio. Al lado del árbol estaba la entrada particular a la atarjea de la casa. La muchacha, cuando pequeña, había jugado con sus amigos en el patiejo y varias veces habían levantado la tapa de entrada y habían descendido hasta encontrar el pasillo que desembocaba en el colector general.

Al patio se entraba por una puertecilla, casi siempre cerrada ahora, que abría sobre un cuartito trastero que jamás se utilizaba. Esa puerta, por lo común, estaba cerrada con cerrojo para evitar que algún vagabundo, en una noche de invierno, pudiera saltar la tapia y sentirse tentado por el tibio calor del interior de la casa.

La joven corrió al cuartito, abrió con un poco de trabajo la puerta, ya que el cerrojo estaba enmohecido y salió al exterior. Un viento helado la golpeó de frente, ya que el patio formaba el centro de un pequeño remolino que arrebatava las hojas caídas del árbol y las levantaba en espirales.

La muchacha, ágilmente, se apoyó en el tronco y saltó hacia la primera rama. De allí, a la segunda, que avanzaba hacia la ventana de su padre. Ésta tenía, naturalmente, las cortinas cerradas, pero

Kay Laos sabía lo que se hacía.

Sabía, porque una vez, siendo pequeña, se enteró de ello, que acercando mucho la oreja al vidrio, por alguna especial propiedad acústica de la casa, que no era nada nueva, se oía casi perfectamente lo que se decía en el interior. Así se enteró, a los siete años, de que la iban a llevar al colegio al día siguiente. Hacía de esto quince años, pero confiaba en que nada hubiese cambiado.

Y nada había cambiado. Cuando la rama se curvaba, puso un pie en el reducido alféizar y con el otro siguió sujeta al árbol. Era una posición un tanto precaria, pero no peligrosa, debido a la poca distancia que había entre su cuerpo y el suelo.

Y, con el corazón palpitante, apoyó el oído al cristal. Nada había cambiado. La propiedad aquélla no debía ser efecto del cristal, renovado varias veces, sino del encaje del marco en la pared, o alguna cosa así. Las primeras palabras que llegaron a ella fueron:

—... No podrán impedirlo jamás. Las leyes me darán a mí la razón —y las pronunciaba una voz que no le era del todo desconocida. La del abogado que había comido varias veces en su casa, en calidad de invitado: míster Sol Chang.

—¿Está seguro? —preguntaba el padre de Kay, con su melodiosa y penetrante voz.

—Completamente. El único peligro es el de un perito chino. Pero nosotros, caballeros, podríamos presentar diez por cada uno de los suyos. ¿No es cierto?

Y sonaron roncadas carcajadas. Con el corazón oprimido, Kay notó que una de las más fuertemente lanzada era la de su padre.

—Sí; tuve una buena idea. Jamás hubiésemos logrado engañarlos con un testamento en inglés. Pero en chino, sí. Los americanos tienen aún mucho que aprender de nosotros.

—Mañana mismo pediré la aplicación de la Ley de Testamentarias —dijo Sol—. Y, probablemente, antes de un mes dispondremos de una cantidad bastante grande en metálico. Como es natural, pienso vender el «restaurant». Estoy seguro de que habrá un gran número de compatriotas nuestros que lo cogerán de buena gana.

Hubo nuevas carcajadas. Luego, míster Laos dijo:

—Es necesario activar ese punto de los banqueros. No podemos permitir que se nos escapen de las manos como han hecho esos dos

últimos. ¿Por qué, Sol? ¿Por qué ha sido?

—Se les apretó demasiado —dijo Sol, al cabo de un silencio de casi un minuto—. Siempre he dicho que se debía intentar las presiones paulatinas y no sangrar demasiado. Algo así como ocurre con los árboles del «chicle». Si se les saca demasiado «látex», se agotan.

—Necesitamos el dinero. Lo necesitan allí —respondió Laos.

—Sí; cierto. Yo no discuto las órdenes. Me limito a señalar las causas. En el momento en que empiezan a pensar que la vida no tiene razón de ser, mal asunto. Debemos dosificar nuestras peticiones. Ése es mi parecer.

—Aún quedan muchos chinos ricos en Norteamérica —replicó Laos, riéndose—. No todos van a tener tan poco aprecio a su vida. Buscarán el dinero, no les quede a ustedes ninguna duda. Además, el caso de Wang, convenientemente explotado, inducirá a muchos a contemplar con mejores ojos nuestra obra.

Hubo un silencio y luego ruido de personas que se ponían de pie. Luego, de nuevo, la voz de Laos.

—Señores, por nuestra obra en China. Porque los millones afluyan a nuestro antiguo país y éste pueda levantar la cabeza para ocupar el puesto que le corresponde en el mundo. Los actuales dueños de China utilizarán el dinero, pero a la hora de recoger los frutos, allí estaremos nosotros. Nosotros.

Y todas las voces juntas:

—Por «El Ojo Siniestro de Gautama».

La joven, tiritando de frío, abandonó su precario asidero y se escurrió tronco abajo, al comprender que iban a salir de la habitación. Con pasos desatentados corrió hacia el cuarto trastero, para retornar a la casa.

Necesitaba pensar sobre todo lo que había oído. Una vez, siendo pequeña, su madre le habló del «Ojo», aquella joya perdida que uniría a China cuando fuese encontrada. Había oído cuchicheos entre los criados. En el mundo chino de la ciudad las noticias corren velozmente y se transmiten por medios ignorados.

Pero no era lo del «Ojo» lo que más había llamado su atención, sino el tema del dinero. Ella había estudiado, y en un periódico francés leyó, mientras estaba en Suecia, algo relacionado con las extorsiones a que eran sometidos los chinos norteamericanos para

que dieran dinero con destino a la China enemiga de Chang-kai-Chek. La extorsión era bajo la amenaza de aventar las cenizas de sus honorables antepasados. A ella, nacida en los Estados Unidos, aquello no le preocupaba, pero, por lo visto, muchos inmigrantes orientales eran capaces de quedarse hasta sin camisa con tal de impedir tal desafuero.

Se dirigió a su cuarto, pero antes de llegar a él, fue a ver al portero. Éste volvió a asegurarle lo mismo. No había salido nadie de las señas de aquel caballero. Al menos por allí. Entre ambas cosas, Kay comenzó a sentir que una intensa opresión le atenazaba el pecho sin dejarla respirar.

Si no había salido... era que estaba en la casa todavía. Pero... ¿dónde? Las palabras del agente federal la martilleaban en los oídos: «Si no deja de verla a usted... morirá». Solamente una persona podía no querer que Billy Koo continuase viéndola: su padre. Pero hasta ese momento jamás hubiera supuesto a su padre capaz de recurrir a semejantes métodos para impedir el que ella fuera objeto de la adoración de alguien. Hasta aquel momento lo había supuesto un hombre autoritario, pero que solía hacer todo lo que ella quería.

Ahora lo estaba viendo bajo otra luz completamente distinta. No podía apartar de su mente las palabras que acababa de oírle. El formaba parte de aquella cuadrilla de hombres que proporcionaban dinero a Mao-Tse-Tung, el caudillo comunista chino.

Entonces tuvo una idea. Evidentemente, no podía denunciar a su padre, pero podía llamar la atención de alguien sobre aquello. Lo único que... ¿cómo? Por medio de aquel amigo de Billy... No; por Billy mismo. Tenía que encontrar a Billy.

Sin molestarse en cambiarse de traje, se echó un grueso abrigo sobre los hombros y pidió su coche al garaje. Un momento después, traspasaba la puerta de la calle y penetraba en su automóvil.

Billy Koo caminó por el pasillo subterráneo hasta llegar a un recodo. Más allá había una puerta débilmente alumbrada. Dicha puerta se abrió en un momento dado y vio varios hombres vestidos de blanco, cocineros, indudablemente. Nada había allí de misterioso. Era evidente que el subterráneo se empleaba frecuentemente y sin tapujos de ninguna clase, hasta por los criados.

Volvió lentamente sobre sus pasos, dispuesto a marcharse. Nada podía ya hacer allí. La muchacha había dicho su última palabra. El perdería la vida cualquier noche, pasados cuatro días y allí acabarla todo. Un anuncio en los periódicos: «Joven chino, baleado en los muelles». Ninguna tragedia. Lucha de «tongs» chinos y un pistolero o un inocente que había resultado muerto.

Iba calzado con zapatos cuya suela era de «crepé». Y ya se sabe que esta materia es sumamente escurridiza cuando el suelo está ligeramente mojado. No muy mojado, sino ligeramente mojado. Dio un traspies y tuvo que agarrarse a la pared para no caer. Al mirar abajo vió un delgado chorrito de agua, muy fino, que brotaba de entre dos de las piedras. Un reguerito que culebreaba hasta el suelo.

Casi inconscientemente, debido a que su pensamiento estaba en otra parte, se agachó y examinó el sitio por donde salía el agua. Luego tocó las piedras en su intersticio, mojándose el dedo. A pesar de que tenía los dedos bien templados, se estremeció al oír la voz detrás de él.

—Levántate.

Se volvió, sin obedecer, y vio a dos hombres. Los dos eran chinos y cualquiera de ellos podía haber sido uno de los que le daban los recados por la noche. Sólo que ahora no iban inermes, sino que cada uno llevaba una pistola en la mano. Y las dos pistolas le apuntaban a él.

Se puso lentamente en pie. No tenía más que distender una pierna y uno de ellos rodaría por el suelo. Un puñetazo al otro... Pero ambos, ágiles como gatos, se habían apartado hasta conservar una distancia de casi tres yardas entre su presa y ellos. Lo matarían al menor movimiento.

—¿Qué quieren? —preguntó—. ¿No saben dónde están?

Al hablar, se había vuelto hacia uno de ellos. El movimiento fue perfectamente aprovechado por el otro. Levantó la pistola, dio dos rápidos pasos hacia delante y le golpeó en la cabeza fuertemente. Billy se tambaleó, cerró los ojos y procuró coger al otro entre sus brazos, pero ya era tarde. Una nueva culata descendió sobre su nuca y se sumió en la inconsciencia.

Cuando despertó, lo primero que sentía era un fortísimo dolor de cabeza, localizado en la nuca. Intentó tocarse la parte dolorida, pero observó que estaba atado, perfectamente atado. Entonces abrió

los ojos.

Se encontraba en una habitación bastante oscura, tapizada de negro y alumbrada por una lamparilla desde la pared. La habitación era redonda, lo cual producía un efecto extraño, sobre todo con aquellas colgaduras funéreas. Nada más que la lamparita rompía la monotonía. Billy volvió a cerrar los ojos, pero hubo de volver a abrirlos, medio hipnotizado. La luz de la lamparilla «se movía». Y, además, debía pasar por un filtro, o reflejar primero en algún prisma, porque cambiaba de tonalidad frecuentemente.

La instrucción de Billy no era muy extensa; pero, sin embargo, había oído hablar de ese aparato que los médicos de enfermedades mentales utilizan para sumir a sus pacientes en un letargo hipnótico. Algo así debía ser esto, o bien no comprendía su finalidad. Se sonrió, cerró los ojos y se puso a pensar en otra cosa. Ahora, que ya sabía lo que era aquello, podía resistirlo perfectamente. Sus nervios estaban bien templados.

Pasó así media hora más. Los pensamientos de Billy, mientras tanto, habían ido derivando de un tema a otro, pero todos ellos con el mismo «leit motiv»: Kay Laos. Él había sido apresado, y se le quería hipnotizar, en la propia casa de Laos. Era muy curioso que nadie le hubiese molestado durante todo el tiempo que estuvo en el pasadizo, hasta que se agachó para ver de dónde podía venir el agua. Fue entonces cuando los dos pistoleros chinos se le echaron encima. Luego había una estrecha relación entre una cosa y otra.

Abrió los ojos cuando advirtió que no estaba solo. Un chino de alta estatura, probablemente tan alto como él, acababa de entrar por alguna puerta disimulada entre las cortinas. Por encima de la cabeza llevaba un gran pañuelo negro, ribeteado de verde, con dos agujeros para los ojos. Su voz sonaba asordada.

—¿Duermes?

Billy sonrió ante tanta truculencia. Aquello se parecía a las novelas antiguas, donde un chino encapuchado comete atroces crímenes con insectos venenosos y con escorpiones. No obstante, se acordaba de las pistolas de los que lo habían apresado, y sabía que aquéllas tenían poco de truculencia.

—No; no duermo. Supongo que he caído en manos del «Ojo» —dijo—. ¿Cómo es que han adelantado la fecha de mi ejecución?

El otro no contestó. Lo miraba fijamente, sin moverse. Billy

empezó a sentirse molesto.

—¿Qué le pasa? ¿Está tratando de hipnotizarme sin emplear la lamparilla?

No; no era aquello. El otro lo estaba observando como si se tratase de un nuevo género de planta o de bicharraco. Billy Koo se dijo que maldita la falta que hacía el pañuelo, porque estaba casi seguro de que aquel hombre era Laos. Por lo menos, tenía su estatura y aproximada talla tísica. El traje era uno negro, corriente.

Por último, el hombre se le acercó y dio una vuelta completa al cuerpo de Billy. Éste trató de defenderse, pensando que querían degollarlo como un gallo; pero, en realidad, lo que hizo el otro fue cortarle las ligaduras de las manos. Hasta entonces no había pronunciado más que la primera palabra, la que utilizó cuando entró. Al hablar ahora, Billy se dijo que se había equivocado. No era Laos, sino otra persona.

—Tendrás que estar aquí durante algún tiempo. No te muevas. No hagas nada. Luego serás libertado.

—¿Quién es usted y por qué me han traído aquí? —preguntó Billy.

No hubo contestación. El hombre desapareció silenciosamente, por entre un pliegue de las cortinas, y Billy volvió a quedar solo otra vez. Entonces miró las ligaduras y vio que lo habían atado con nudos marinos. Entonces sonrió. Porque él conocía perfectamente los nudos marinos, ya que durante dos años lo había sido.

No le costó gran trabajo desatarse. Apenas hubo terminado, se frotó las piernas para restablecer la circulación, y luego se dirigió hacia el sitio por donde había desaparecido el chino. Sí; allí había una puerta, pero estaba cerrada y perfectamente encajada. Fue levantando una a una todas las cortinas, pero no vio ninguna puerta nueva. Sólo había aquella salida y por allí no se podía salir. Apretando los dientes, se dispuso a esperar.

No fue mucho. Menos de una hora. La puerta se abrió en silencio y el chino volvió. Al ver que el joven se había desatado, metió la mano bajo la larga hopalanda que llevaba puesta ahora y sacó una pistola. Billy sonrió, divertido.

—No tengo armas y no podría atacarle —dijo—. ¿Me puede alguien explicar qué significa todo esto?

—Ha habido un error —dijo el otro, con voz ahogada—. No

queríamos atacarlo a usted. Lo volveremos a dejar en la calle, en el sitio en que usted desee.

—En la puerta de la casa.

—No; ya supondrá usted que no. Lo dejaremos en cualquier otro sitio. Pero primero me permitirá que le tapemos los ojos.

Otras dos caras amarillas habían aparecido detrás del otro. Los dos pistoleros que lo dejaron desmayado a culatazos. Billy calculó rápidamente sus posibilidades. Podía el chino decir la verdad y podía no decirla. Pero él no pensaba confiarse. Total, todo podía ser que...

Una yarda le separaba del otro. Extendió el brazo rápidamente y lo enganchó por el cuello, dándole bruscamente la vuelta. Al mismo tiempo, su mano derecha, la mano de un hombre acostumbrado a manejar herramientas, se cerró sobre la muñeca de su enemigo, cogiendo hasta la mano y la pistola. Los dos pistoleros lanzaron guturales gritos de aviso, pero ya el cuerpo del enmascarado se interponía entre su presa y ellos. Si disparaban, matarían a su jefe.

—Tirad las pistolas —dijo Billy—. Vamos, tiradlas ahí.

—Disparad —ordenó su prisionero, con voz ahogada—. ¡Matadlo!

Billy estaba asombrado de la fragilidad del hombre que se debatía entre sus brazos. Si hubiese apretado un poco más, le hubiera quebrado la muñeca como una caña. La consistencia especial de los tejidos le dio la solución de que un hombre tan alto fuese tan débil: era un anciano.

De un rápido tirón, le arrancó la máscara, mientras apuntaba a los pistoleros, que no se atrevían ni a disparar ni a dejar caer sus armas. Efectivamente, tenía cogido a un viejo, muy viejo, a juzgar por su cara de manzana arrugada. Un viejo de rala barbita y de boca desdentada.

Billy no aguardó más. Le iba en ello la vida. Rápidamente apretó el gatillo, apuntando a las piernas de uno de los asesinos. Éste lanzó un grito agudo y se desplomó. Ni el disparo ni el grito repercutieron casi. Las espesas cortinas ahogaban el ruido. El otro, inmediatamente, dejó caer su arma, mientras el viejo lo denostaba, furioso como una serpiente, por entre sus consumidas encías.

—Y, ahora —dijo Billy—, me van a explicar algunas cosas.

VII



A muchacha se apeó del «auto» en la callejuela, vulgar entre las vulgares. Nunca había estado en la casa de Billy, pero, un día, él se la enseñó desde la calle. «Mi tugurio —le dijo—. Observa la diferencia entre tu casa y ésta». Subió las tres gradas y llamó. Volvió a llamar y obtuvo el mismo silencio. Desesperada, bajó de nuevo a la calle, cuando empezaba a llover, una lluvia fría y desagradable. Sin saber qué hacer, casi desamparada, se quedó en pie, al lado del «auto», mirando a su alrededor. Una sombra se le acercó.

—¿Sola, bonita?

Ella dio un respingo y abrió la portezuela. En aquel momento, dos figuras aparecían. La voz de Dogherty llegó hasta ella y dio un suspiro de alivio.

—¡Selma! —llamó.

El importuno se escabulló y los otros dos llegaron enseguida hasta donde estaba ella.

—Billy no ha venido a su casa —dijo Kay—. Algo le ha ocurrido.

—Entre en el coche, pero no encienda la luz —le recomendó el agente federal. Una vez que estuvieron dentro, sentados los tres en el «baquet»—: ¿Qué ha venido usted a hacer aquí? ¿No se da cuenta de que éste no es un barrio modelo?

Ella apartó aquel asunto de un manotón.

—Estoy muy preocupada por Billy —dijo—. Escuche, míster Dogherty: —usted es un agente del Gobierno, ¿no es así?

—Sí; en efecto.

—Pues... Yo no sé. Han ocurrido cosas raras. No sé qué pensar. Lo que me dijeron ustedes de Billy... Estoy segura de que no ha salido aún de mi casa.

—No se deje dominar por los nervios, *miss* Laos. ¿Qué podría estar haciendo allí?

—No lo sé; pero me gustaría que viniesen usieres conmigo. Por favor, no me nieguen esto.

—Nada pensamos negarte —dijo Selma, pasándole un brazo por encima del hombro—. Vamos allá, mi capitán. Ella sabrá lo que hace.

Ni siquiera el mayordomo los vió entrar, ya que Kay tenía una llave personal y casi siempre dejaba al anciano sirviente acostarse. El vestíbulo estaba a oscuras, y la escalera solamente alumbrada por una lámpara de luz indirecta. Pronto llegaron al cuarto de Kay. Bueno; el decir cuarto es solamente una discreta manera de llamar a aquella «*suite*», compuesta de tres habitaciones y un cuarto de baño de mármol rojo. El agente se dirigió al teléfono y pidió comunicación con la División, en el Palacio de Justicia. Su inspector lo atendió al momento.

—Sí, Dogherty. El técnico ha dicho que esos caracteres no son de Wang; pero asegura que, si quieren, nos podrán echar encima veinte que digan que sí lo son. No creo que haya manera de impugnar ese testamento.

—Escuche, señor: ando detrás de otro asunto, pero no pienso descuidar ése. Además, ambos asuntos están bastante ligados, a lo que parece. ¿Recuerda el libro que desapareció de la librería de Wang?

—Sí; claro.

—Pues desapareció por los del «Ojo Siniestro»; estoy completamente seguro. El papel que encontramos debajo de la mesa lo confirma. Y es muy posible que el hombre que lo robó sea el mismo que haya falsificado el testamento u ordenado que lo falsificasen. Conocía ligeramente a Wang; pero no me parece hombre capaz de hacer un testamento ológrafo. Por regla general estos orientales son bastante desconfiados entre sí, señor; no se preocupe.

Cuando colgó el «micro» y se volvió a las dos mujeres, se llevó un sobresalto. Los ojos de Kay Laos estaban desmesuradamente abiertos y fijos en él.

—¿Qué le ocurre? —preguntó.

—¿Dijo usted Wang? —preguntó ella, con voz estrangulada.

—Sí. ¿Lo conocía? ¿Qué diablos es lo que le pasa, *miss* Laos? Ha cambiado usted mucho esta noche. ¿No puede decírnoslo?

Uno no dice, de pronto, que sabe que su padre está mezclado en algo sucio. No, no lo dice. Los músculos de la cara de Kay volvieron a su posición de reposo, dejando de estar contraídos. Su voz alcanzó el registro normal:

—Nada. Ha sido la emoción. Traeré algo de beber.

—A su amiga le pasa algo —le dijo Dogherty a la joven sueca—. Usted, que la conoce mejor, ¿no podría...?

—No, capitán. No se puede saber nunca en qué piensan los orientales. Lo único que se puede hacer es tratar de ayudarlos.

Kay volvía con un botellón de «*whisky*», un sifón y tres vasos. Con gran asombro de Selma, que abría enormemente sus ojos azules, la china se bebió dos vasos seguidos, como si quisiese darse valía para algo. No había terminado el segundo vaso cuando la llamaron levemente a la puerta.

—Es Laos —dijo, nerviosamente, dilatados los cosidos ojos—. Viene todas las noches a despedirse de mí. Entren en el baño.

Por qué se habían de meter en el baño era algo que Dogherty no entendía del todo, pero no le quedaba más que obedecer. Selma lo cogió por la manga y lo arrastró hasta aquella maravilla en mármol rojo y verde mar que era el baño. Un momento después se abrió la puerta, y a ellos llegaron perfectamente audibles las voces de ambos.

—¿Cómo estás vestida con esos trapajos? —preguntó Laos.

—Salí a tomar un poco el aire y a correr con el coche —respondió ella, con voz contenida.

—Debieras vestirme con nuestro traje nacional de cuando en cuando, querida. ¡Hace tan bellas, tan recatadas a las mujeres!...

—Mujeres bellas y recatadas... tres pasos detrás del marido [4].

—¿Crees tú, acaso, que los occidentales tratan mejor a las mujeres de lo que lo hacen en China, Flor de Loto? Siempre me reprocharé no haberte enviado allá para que vivieras unos años. Está aquello tan revuelto, que no me atreví.

—¿Le ocurriría algo... a la hija de Laos?

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres un hombre muy importante... Seguramente que tu hija recibiría toda clase de facilidades por ambos bandos.

Ahora había una nota de sospecha en la voz de Laos:

—No te entiendo. Las únicas amistades con las que cuento allá están militando en el bando del mariscal Chang-kai-Chek. Además, permíteme, Flor de Loto, que te diga que la política no es el fuerte de las mujeres. No soy de la misma opinión de aquel que decía que para lo único que sirven las mujeres es para hacerles contraer matrimonios ventajosos[5]; pero creo que el papel de la mujer está en su hogar, al cuidado de sus hijos.

—Eso, precisamente, es lo que yo quiero —replicó, valientemente, la jovencita—. Eso, precisamente: un hogar e hijos.

—Lo tendrás, Flor de Loto, lo tendrás. Tendrás el más grande hogar que pueda haber bajo las estrellas. Y los hijos más robustos y más bellos de la creación. Hijos que, andando el tiempo, conquisten el mundo para ti.

—Tus viejos sueños... —Había una nota desesperada en la voz de Kay—. Los emperadores manchúes, Ghenghis Khan, Atila... Los conquistadores del Occidente... Padre, padre: desciende a la Tierra. No pienses que China está despertando ahora de su sueño milenario. Y si despierta, no será bajo una bota cosaca, sino porque el sentimiento de su propio valor se imponga a ella. Y eso es Occidente quien nos lo dará. Padre, padre: baja a la Tierra. Ghenghis Khan murió y nadie heredó la gloria de los emperadores mogoles.

—¿Qué sabes tú de eso? China está renaciendo, ayudada por su

aliado. China renace, hija mía; pero para ello necesita ayuda, toda la ayuda que le podamos prestar entre todos. No podemos desentendernos de China pensando que está muerta y que sus restos envenenan el aire con miasmas. Nuestro máximo esfuerzo para uno de los países más grandes que han existido jamás.

—¿Cómo podríamos ayudarla si no es con dinero? ¿Prestaciones personales?

—El dinero irá, hija; no te preocupes. De eso se encargan... los que deben hacerlo. ¿Prestaciones personales? Sí; son necesarias. Esto no quiere decir que tendríamos que ir tú y yo; pero sí muchos chinos que aquí añoran la lejana y hermosa patria de las tierras amarillas.

Dogherty cogió la mano de Selma y la apretó hasta que la sueca casi gimió de dolor.

—Ahora comprendo —cuchicheó—. *Miss Han* —son: tiene usted una amiga muy inteligente.

—¿Por qué? —susurró ella.

—Por nada, por nada, si no lo entiende. Pero esa chica vale mucho.

—Padre: quiero descansar. ¡Ah, una cosa! Quisiera decirte que cuando salí fue para buscar a Billy Koo. Estaba preocupada por él. El portero no lo vió salir. Ni los cocineros tampoco.

—Se habrá escabullido, hijita. No pases preocupaciones. Hasta mañana.

Dogherty salió, arrastrando detrás de sí a la rubia escandinava. Se quedó mirando a Kay con admiración.

—Es usted una mujercita muy valiente —le dijo, con voz conmovida.

Ella bajó los ojos. Cuando los levantó de nuevo, los tenía llenos de lágrimas.

—¿Qué va a hacer usted?

—Buscar a Billy. Cuando de con él, sabremos bastante más del asunto. Ahora acuéstese y duerma. No tenga cuidado. Mañana por la mañana estableceremos un plan de acción. Es algo que le debo a usted.

Salió a la calle, acompañado de Selma. Al estrecharle la mano, la muchacha le preguntó a qué venían todos aquellos misterios sobre la valentía de Kay, pero él no le quiso contestar.

—Lo sabrá usted más tarde, *miss* Hanson. Adiós y que duerma bien.

—Soñaré con soldados apuestos.

Billy estaba en una situación muy comprometida y lo sabía perfectamente; pero ahora había visto un resquicio, y se había lanzado a la lucha con valor y coraje, como cuando, al mando de un grupo de «marines», se lanzó al asalto de las palmeras de Matanikau, en Guadalcanal, ensartando japoneses con la bayoneta, para vengar a los heridos americanos rematados por los soldados del emperador.

El viejo había dejado de resistirse, el pistolero herido se quejaba débilmente y el otro permanecía inmóvil. El mecánico dominaba la situación.

—¿Quién ha dado la orden de que yo muera dentro de cuatro días? —preguntó.

Silencio. El viejo se limitaba a mirarlo con odio.

—Voy a apretarte más el cuello si no lo dices —le advirtió Billy.

Ni un solo músculo de aquella cara apergaminada se movió. Billy apretó un poco, pero era incapaz de hacer daño a un anciano, aun cuando este anciano hubiera querido exterminarlo hacía un momento nada más.

—Probaré de otra manera —soltó al despojo aquél y lo dejó caer al suelo; luego, extendiendo uno de sus largos y musculosos brazos, enganchó al pistolero que quedaba sano—. Y tú: ¿no quieres hablar? —Le dio un bofetón, que lo tiró al suelo como un guiñapo; pero volvió a cogerlo al momento.

Fue inútil. Debían tener órdenes tan rígidas, que sólo el faltar a ellas los llenaba de pánico. Fue en vano que amenazara con partirle a tiros las rodillas y los codos, porque el individuo no habló. Además, a cada momento podía llegar un nuevo refuerzo. Tenía que procurar salir de allí. Ahora ya sabía que en casa de *míster* Laos lo habían atacado. Eso era una pista para su amigo Dogherty. No obstante le hubiera gustado saber algo más. Qué hacer con los prisioneros era también un problema.

No podía dejarlos allí solos, porque acabarían por salir de la habitación redonda. Además, aquel hombre necesitaba auxilio. Confiaba en llegar al pasadizo en el cual lo encontraron, de alguna

manera. Y solamente le quedaba un recurso. Le dio un golpe al viejo, un golpe no muy fuerte, y luego hizo otro tanto con el pistolero. Entonces fue hacia la puerta y la abrió.

Como se lo había imaginado, daba a un corredor, bastante poco iluminado, y completamente vacío a la sazón. Cogiendo con fuerza la pistola, avanzó, paso a paso, preparado para cualquier eventualidad.

El corredor se prolongaba indefinidamente. Sabía seguro —un antiguo combatiente no podía equivocarse en eso— que había andado, por lo menos, cien yardas cuando encontró una bifurcación. Jamás hubiese creído que en la ciudad de Nueva York pudiese haber tantos túneles excavados en la roca. Es decir, si es que estaban excavados en la roca, porque en muchos sitios se veía perfectamente el concreto y el cemento.

Uno de los pasillos estaba oscuro: el de la izquierda. El otro, el de la derecha, iluminado. Pero en el mismo momento en que se disponía a entrar en aquél, oyó voces. Y venían por ése, precisamente.

Sin perder un segundo, se lanzó a la oscuridad del de la izquierda y se pegó a la pared. Afortunadamente, su traje oscuro armonizaba bien con las tinieblas. De lo contrario hubiese sido visto.

Dos hombres venían hablando. Uno de ellos era míster Laos —Billy crispó las manos al comprobarlo— y el otro no sabía quién. Las palabras llegaron claramente a sus oídos:

—... Doscientos mil dólares. Mucho para llevarlo de una sola vez. Si ocurriese algo al portador...

—¡Bah! Nada puede ocurrir cuando todo se prepara bien. Y eso sólo es el principio. Nada más que el principio. ¿Se lo imagina, Chang? Combatirlos con sus mismas armas, con su mismo dinero. Los dólares para combatir a los Estados Unidos.

—Lo que no comprendo es por qué todavía ese engañatontos del «Ojo». Es algo que no puede sino causarnos algún disgusto que otro y...

—Valor psicológico, querido Chang, valor psicológico. Además, Wuh se mantuvo irreductible. Y necesitábamos a Wuh, a pesar de lo viejo que es, por...

—Sí; ya lo sé, por la influencia sobre todos los pobres chinos.

Ese viejo está completamente loco, pero es necesario. A propósito, y el joven ese...

—Cosa mía, Chang; cosa, pura y simplemente, mía.

—Bien; siempre que no haya líos. Quisiera que repasásemos esas cuentas, pero estos calabozos siempre me han producido un efecto desagradable. No comprendo por qué no podemos hablar de nuestros asuntos en una habitación caldeada, un buen y honrado despacho.

—Como, por ejemplo, el suyo, ¿no? Lo siento. Estamos mucho más seguros aquí, aun cuando no tan cómodos. Vamos; no perdamos tiempo. Quisiera consultarle algunas cosas.

Y ambos se perdieron por el corredor adelante. Hasta entonces, la única idea de Koo había sido salir de aquellos sótanos, al aire libre; pero ahora había cambiado de opinión. Ellos iban a alguna parte, ¿no era así? Bien; pues él también iría. Sólo que detrás de ellos.

Sus suelas de «crepé» no hicieron el menor ruido cuando se lanzó en persecución de ambos hombres. Aún logró verlos, en la semioscuridad, en dirección al mismo sitio de donde acababa él de salir. Todo podía ser que el viejo o el pistolero hubiesen recuperado ya el sentido y él se vería metido en un buen compromiso, que podría costarle la vida, pero no quería abandonar la empresa, ahora que estaba tan adelantada.

Pasaron por la puerta del cuarto redondo, sin detenerse, y Billy dio un suspiro de alivio. Todavía anduvieron unas veinte yardas más y, por último, llegaron ante otra puerta, que Laos abrió con una llave. El y su acompañante pasaron y Billy dio un salto adelante, para impedir que la puerta se cerrase. Efectivamente, la cerradura era de tipo de resbalón, corriente, y pudo frenar la puerta con el dedo antes de que saltase, en cuyo caso no podría entrar. Se había expuesto a que lo oyeran o viesen, pero nada de aquello había ocurrido. Con mucho cuidado, empezó a empujarla.

No sabía lo que podría haber al otro lado. Quizá una habitación brillantemente iluminada, y los dos hombres esperándolo con pistolas en las manos. Él también estaba armado. Todo sería cuestión de saber quién dispararía primero. Así como así, en cuanto el viejo y el pistolero despertasen, se le echaría encima un verdadero avispero.

No estaba la habitación iluminada, sino a oscuras. Es decir, casi a oscuras, porque al final se veía el rectángulo difuso de una puerta abierta, por la que pasaba luz amortiguada. Al volver la cabeza a la izquierda no pudo reprimir un sobresalto.

Una estatua de Buda, de tamaño natural, pintada con alguna sustancia fosforescente, brillaba de una manera fantasmal. Las cuencas de los estrábicos ojos, respetadas por la pintura, parecían dos agujeros.

Koo no era budista, por lo que la impresión fue solamente por lo inesperado. Con una sonrisa torcida, siguió hacia el sitio de donde venía la luz. Y al llegar comprendió que su tarea estaba a punto de terminar... para bien o para mal.

La puerta era la de un despacho amueblado con pocas pretensiones, y allí, sentados a una mesa, estaban los dos hombres: Laos y el otro, al que el último había llamado Chang y que Koo no conocía. Ambos estaban mirando unos papeles y comentaban algunas cosas, la mayor parte de ellas, cifras. Por fin, dijo Laos algo que él entendió perfectamente:

—Tendremos que mostrarlo. Sobre todo, a los emigrantes nuevos. No se les puede pedir el juramento sobre algo que no han visto. Una concesión a la atrasada mentalidad de nuestros compatriotas.

—Soy americano, míster Laos; no lo olvide.

—También yo. Pero me siento chino. Aquí podemos reunir cien, que luego serán testigos de que existe el «Ojo». El «Ojo» de Gautama Buda.

—Mira que si verdaderamente fuese el ojo de Buda... —dijo Chang.

Y ambos se echaron a reír a carcajadas. Era evidente que no tomaban aquello en serio. Luego, otra vez habló Laos:

—¿Se da usted cuenta, Chang, que hemos enviado ya a China quinientos mil dólares? Chu-En-Lai puede estarnos agradecido. El dólar es siempre una moneda de facilísima salida. Mejor que la libra esterlina en estos tiempos. ¿Qué negociante japonés se negará a servir pedidos pagados en buenos dólares americanos? Ninguno, evidentemente.

Koo apretó los puños. También él leía los periódicos y sabía algo de aquello. Todo estaba ya concatenado. Si consiguiese salir de

aquí... Tema que avisar al agente federal, costase lo que costase. Todos los días no pone la Providencia en nuestras manos los hilos de un complot o los detalles de un crimen. Y un crimen era aquello.

No tuvo tiempo más que de pegarse a la pared, casi detrás de la puerta. Sin que nada se lo hubiese hecho sospechar, ambos se habían levantado y entraban en la habitación en que estaba él, sin dejar de hablar. Pasaron por su lado y Koo hubiera podido tocarlos nada más que con extender el brazo. Pero, desde luego, no se le ocurrió extenderlo.

Y pasaron. Cuando Koo se dio cuenta de lo que iba a ocurrir, era ya tarde. El resbalón de la puerta había saltado. Como un gato se precipitó hacia el panel e intentó abrir. Inútil. Sencillamente, lo habían encerrado con llave. Estaba preso en aquellas dos habitaciones.

Por un momento, el desaliento lo invadió. No resulta nada agradable eso de saberse encerrado en un sitio al cual pueden llegar asesinos a cada momento. Pero, al menos, tenía una pistola y más de veinte cartuchos. Podría dar un poco de guerra.

La luz del despacho no procedía de una bombilla sino de un tubo fluorescente, colocado en la pared y disimulado por una moldura de escayola, de manera que la luz fuese indirecta. Los dos hombres no la habían apagado, cosa por la cual Billy dio gracias a Dios. Mala era la cosa, pero a oscuras... Bueno; hubiese sido mucho peor.

La mesa estaba limpia de papeles, pero Billy se dirigió a los cajones. Todos ellos, como es natural, tenían la llave echada. No obstante, sabía que no sería difícil descerrajarlos. Y después de todo, ¿por qué no? Si lo cogían allí, exactamente lo mismo le harían si lo pescaban con papeles comprometedores en la mano que si no. Igual. Por tanto...

Sacó su cortaplumas, una navaja de durísima hoja, «regalo» de un japonés, que quiso completar su obsequio introduciéndosela en el vientre, y hurgó por unos momentos en la cerradura del primer cajón. Al cabo de un momento se abrió y vio varias carpetas. Cualquiera de aquellos papeles podía ser de gran interés para el F. B. I.,

pero él no sabía cuántos. Lo mejor era reunirlos todos.

Y así lo hizo. Abrir todos los cajones no le costó más que diez

minutos. Sabía que algo de tiempo tenía, porque donde menos irían a buscarlo sería allí, en un sitio en el cual habían estado los otros dos. Amontonó todos los papeles y los puso encima de la mesa. Luego miró a su alrededor.

Detrás del sillón había una cortina. Desde luego, lo primero que hizo fue levantarla. Indudablemente, no se pone una cortina en una pared desnuda, cuando las otras tres paredes no la tienen, por nada. Acercándose mucho, pudo ver las ranuras en las piedras. Allí había una puerta. Dónde pudiera conducirlo, si lograba abrirla, era algo que no sabía, pero de lo que tenía qué enterarse.

Empezó a rascar con el cortaplumas, siguiendo la delgadísima línea divisoria, La hoja penetraba en la hendidura unas dos pulgadas. Cuando llegaba al centro, aproximadamente, de la línea vertical, la hoja se paró. Había tropezado con algo que sólo podía ser la cerradura.

Hizo presión hacia abajo, sin conseguir nada. La cerradura estaría por el otro lado, pero de alguna manera había de abrirse. Koo era un buen mecánico y, por tanto, un hombre que confía en sus manos. Dejando el cuchillo, miró la piedra alrededor del sitio en que el arma se había parado. A la izquierda de la ranura, la piedra palidecía. Eso se notaba acercándose mucho y a pesar de la indirecta luz fluorescente. Palidecía en un rectángulo casi perfecto.

Apretó sobre él con las manos, sin conseguir nada. Entonces sacó el cuchillo y lo apoyó en la piedra, raspando ligeramente. Y se llevó la gran sorpresa. El rectángulo más pálido no era piedra, sino algo que saltaba, escayola o alguna cosa así. Un poco de polvillo blanco cayó al suelo.

Entonces, con la punta del cuchillo, fue siguiendo el borde del rectangulito, que no tendría más de dos pulgadas en uno de los lados, por tres en el otro. El polvillo siguió desprendiéndose y también escamas quebradizas. Cuando acabó, tenía perfectamente marcado el rectángulo. Entonces lo apretó. Nada todavía.

Volvió a insistir con la punta del cuchillo, haciendo una fisura más profunda. Entonces se atrevió a hacer palanca con la hoja, y un buen trozo saltó. Otra vez la palanca. Y ahora ya podía ver el acero de la cerradura. Cómo podían abrirla los otros sin dejar de respetar la escayola, era algo que él no podía saber, pero ya tocaba metal, lo suyo.

Hizo fuerza con el cuchillo y descubrió unos tornillos, empotrados en trozos de madera, metidos en hendiduras de las paredes a martillazos. No le costó mucho trabajo destornillar dos y, por fin, pudo mover el resbalón. Lo apartó y empujó. Sobre goznes silenciosos, la puerta se abrió y se vió en el umbral del cuarto más extraño que viera en su vida. Y supo también, en el mismo momento, que había encontrado el «Ojo de Gautama».



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES. MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

VIII



UANDO el agente federal Henry Dogherty llamó a la Chromo-Steel Factory, que era donde trabajaba Billy Koo, se sorprendió al comunicarle el contraamaestre de la sala del chino que éste no había ido a trabajar aquella mañana, y como eso era anormal en él, pensaban que estaría enfermo y no había podido dar aviso.

Dogherty colgó el teléfono lentamente y pidió comunicación con la casa de míster Laos y luego con Kay. Cuando la voz de la joven china llegó a sus oídos, se dijo que seguramente ella tampoco habría dormido nada.

—No, no he tenido noticias de él —dijo la joven—. Ya le dije, míster Dogherty, que Billy no había salido de la casa.

—Eso es absurdo —dijo él, enfurecido, porque lo enfrentaban con una situación tan rara como aquélla—. ¿Dónde puede estar? ¿Escondido? ¿Secuestrado?

—No lo sé, míster Dogherty; pero tengo mucho miedo. ¿No podría usted hacer algo?

La noche anterior, la joven lo había ayudado, y mucho. Lo había puesto ante una evidencia que no podía refutar. Y aquí, al agente federal se le presentaba un dilema: ¿sabría la joven las actividades, va casi seguras, de su padre? ¿O se habría enterado de ellas hacía poco tiempo? Dogherty se inclinaba por este último extremo, ya que había tenido ocasión de comprobar el cambio que se había efectuado en la muchacha en las últimas horas.

Se puso en pie y se dirigió al despacho del jefe de la División. Éste justificaba su somnolencia con la lectura de un papel, pero su calva cabeza daba algunas cabezadas de cuando en cuando, al agradable calor de la calefacción y del tibio sol que entraba por la ventana.

—Vengo a decirle algunas cosas, señor —empezó Dogherty, sentándose—. Ante todo, que se puede decir que, con un poco de trabajo, ya tenemos en la jaula a unos cuantos de los que se dedican a coleccionar moneda del Tío Sam para dársela a los chinos de Mao. Pero tengo algunas dudas. Verá usted: ayer estuve en un baile...

—Hace bien; debe divertirse.

—... Estuve en un baile y... —Y procedió a contarle todo lo que había ocurrido, incluida la sutil manera que tuvo la joven china de hacerle escuchar una conversación con su padre, en la que éste casi se descubría.

—Y querría, señor, una autorización para registrar esa casa. La joven Laos dice que ese chico debe estar allí todavía y, francamente, señor, no me parece imposible.

—Lo que sí es imposible es una orden de registro, así como así. Ningún juez la dará. Tendrá que ser usted solito. Pero le dejaré agentes por allí. En cualquier momento, le pueden' echar

una mano. Es que verá, Dogherty, no nos conviene airear ese asunto. Hay, según me han comunicado desde Washington, una gran efervescencia entre los chinos americanos. Éstos dicen que las leyes no los protegen. Nosotros decimos que sí, que lo que no podemos proteger son las cenizas de sus abuelos, muertos, a lo mejor, hace cien años. Les aconsejamos que no paguen o que nos avisen cuando vayan a pagar; pero el caso de Wang se ha repetido. En Tacoma, el dueño de una cadena de tiendas de lavado y planchado se ha arruinado pagando. En Seattle han ocurrido casos

parecidos. Y en San Francisco y Los Ángeles, la cosa está siendo ya endémica.

—«El Ojo Siniestro» —dijo Dogherty—. ¿De dónde procede, exactamente, señor, la fortuna de Laos?

—Petróleos en Venezuela y cobre en Chile. Nos hemos enterado. Pero él no paga. Lleve cuidado, Dogherty, con ese hombre. Tiene muchas enredaderas en todas partes.

—Si descubro que él es el jefe de la organización y el que mandó matar a ese buen viejo de Chang, no le va a salvar nadie de la cárcel, señor. A propósito, ¿no hay nada nuevo del testamento?

—Sí. De eso quería hablarle. Usted vió el libro cuando estuvo en casa de Wang por la mañana, porque él se lo enseñó, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Tenía entonces el papel que luego apareció bajo la mesa?

—No, señor. Esos caracteres los debió trazar después, aquella misma noche, poco antes de que lo mataran.

—Pues bien: me han analizado la escritura de ambos, de ese papel y la del testamento. Están hechas con la misma tinta. Fíjese bien: no la misma clase de tinta, sino «la misma tinta». Es decir, que el examen de posos da exactamente el mismo número de éstos. Ahora bien: el pincel que se empleó para el testamento era más gordo que el otro. Ate cabos.

Los ojos de Dogherty relucían.

—Eso son noticias, señor.

—Nuestros técnicos, mientras usted estaba en el baile, han cogido todos los pinceles —no eran muchos, por otra parte, sino sólo tres— y los han comparado con un pelo encontrado en el interior del sobre que tenía el testamento. No son iguales.

Busque, querido Dogherty; busque, porque el testamento está falsificado.

—¿Se puede saber por qué no me dijo todo eso antes, señor? —preguntó Dogherty, un poco ofendido—. Bien, señor. Me voy a casa de Laos. Y puede usted estar seguro de que, antes de dos días, le tengo entre rejas a alguien importante.

—Espero que sí. No es este asunto de los que dan fama a un agente, pero nuestra labor, a veces, es necesario que sea oculta y callada.

Y se dispuso a continuar estudiando el importante papel que tenía entre las manos.

Dogherty marchó a casa de Laos y fue recibido por el viejo mayordomo, que lo condujo a las habitaciones de Kay. Las dos jóvenes, ya vestidas, lo esperaban.

—Bien —dijo el agente, después de gratificar una sonrisa de la joven sueca con una mirada incendiaria de admiración—. ¿Dónde está su padre, *miss* Laos?

—No lo sé; pero a estas horas siempre está en su despacho, en Wall Street.

—¿Tenemos, pues, el camino libre?

—Desde luego. ¿Qué es lo que va a hacer?...

—Registrar la casa de arriba abajo, hasta encontrar algo. *Miss* Laos: ¿podremos obrar sin necesidad de que los criados se den cuenta?

—Difícilmente —respondió ella. Estaba muy pálida y ojerosa. Selma Hanson no se apartaba de ella y, de cuando en cuando, la tomaba por el brazo—. Pero trataremos de que rió nos vean. Hay muchos criados, ¿sabe usted?

—Me lo figuro. Bien; vamos abajo.

Era como hallarse en medio de una pesadilla, pero inútil pellizcarse, porque él sabía que estaba despierto, perfectamente despierto. Era también como haber pasado de pronto del siglo dos al veinte, sin transición de ninguna clase. Y todo ello iluminado con una luz verdosa que parecía salir de todas partes, como si los objetos estuviesen impregnados de ella.

En primer lugar había una armadura de guerrero con una corva visera, en la que el acero era reemplazado a veces por el cuero apolillado. En la mano sostenía una lanza extravagante.

Luego, en medio del techo, descendía una cadena de la que colgaba un dragón chinoide, una bestia espantosa, de cuya boca salían petrificadas llamas simbólicas. Pero a la incierta luz fantasmal, parecía que los ojillos del monstruo miraban y guiñaban al visitante. La cadena daba vueltas lentamente, de manera que unas veces estaba de espaldas la horrenda caricatura, y otras veces de frente.

Luego, a la derecha, una serie de budas, «*in crescendo*». Es decir,

que el primero tenía apenas el tamaño de un dado de póker, el segundo un poco mayor, y así hasta alcanzar uno de cerca de dos metros de altura. Billy, inconscientemente, en medio de su asombro, se dijo que debían haberlo construido allí, porque jamás pasaría aquella mole metálica por la puerta.

El buda estaba en su postura normal, con los brazos cruzados sobre la redonda tripa (de dónde los artífices chinos sacaron la idea de que Gautama debía ser ventrudo, es algo que no comprendemos, teniendo en cuenta la ascética vida del príncipe), los ojos contemplando estrábicamente la punta de la chata nariz y las piernas recogidas delante del cuerpo. Pero lo más curioso es que en el inmenso vientre se abría una puertecilla. Hipnotizado, el joven chino se acercó y vió que, bien por gas o bien por fuego griego, ardía allí, dentro de la estatua, una llama que se movió ligeramente al acercarse él y crear una corriente de aire.

La llama estaba a uno de los lados de la hornacina que formaba la tripa de la estatua. En el medio, lanzando destellos a su pálida luz, brillaba... la piedra conocida por «el Ojo de Gautama».

Billy no había oído hablar de ella, pero quedó maravillado ante su belleza. Imagínense un mosaico de pequeños zafiros, encajados perfectamente unos en otros, de tal manera que apenas se veían los intersticios entre ellos, formando un conglomerado oval de unas diez pulgadas de largo por los focos, y en el centro del cual había un inmenso «rubí», finísimamente tallado y de un color como jamás había visto el muchacho. El rubí formaba la pupila y estaba rodeado de una fina línea de piedras negras, mates. El conjunto era de una extraordinaria belleza.

La mano de Billy se alargó para tocar el objeto, que reposaba sobre un almohadillado de color amarillo claro, pero al Instante la retiró, sin atreverse a hacerlo. No era supersticioso, pero la cosa estaba rodeada de tal misterio, que la «mis en scène» resultaba impresionante.

—¡Cielos! —murmuró—. ¿Qué diablos será esto?

Pero la contemplación de los budas, del «Ojo» o del dragón, no le iba a ayudar a salir de allí, por lo que se volvió de nuevo. Además, sus oídos, bastante aguzados, habían percibido un nuevo ruido. Alguien estaba intentando abrir la puerta que conducía al despacho. Billy Koo estaba cogido como un ratón en la ratonera.

Apretó el revólver y se colocó a uno de los lados del buda, con la vista fija en la puerta por la que había entrado. Pero antes, con la mano izquierda, cogió el ojo de zafiros y rubí. Instintivamente comprendía que aquello podría serle útil en algún momento.

Pero la puerta no se abrió. En su lugar, una voz le conminó a que se rindiera. La voz era del viejo que él dejase desmayado en el cuarto redondo.

Billy no contestó. Sonrió torcidamente y apuntó con el revólver. Si querían jaleo, lo iban a tener, y en grande. Todo dependía de que entrasen en tropel o uno a uno.

Pero nada de aquello ocurrió. La puerta no se abrió. En cambio, la luz verdosa empezó a vacilar y a extinguirse, no fueron más que unos segundos, pero al cabo de ellos, quedó completamente a oscuras.

Eso era mucho peor, y él lo sabía. Cuando se tiene una pistola en la mano y ganas de utilizarla en defensa de la propia vida, no le gusta a uno que lo dejen a oscuras con gente que conoce el terreno y que, además, puede llegarnos por la espalda.

De pronto se le ocurrió la idea.

—¡Tengo el ojo de Gautama! —gritó—. ¡Y una pistola! ¡Si no encienden otra vez la luz, lo deshago a tiros!

Hubo un breve silencio. Luego, la voz del anciano:

—Podrás marcharte en paz, loco, si dejas ese objeto donde estaba. Nosotros te dejaremos marchar.

Mentira, y grande. Él estaba seguro de que no le iban a dejar marcharse... vivo al menos. En cuanto tuviesen en su poder la joya, se desharían de él de cualquier manera.

—Voy a contar hasta tres —dijo, en voz alta—. Si cuando acabe, no han encendido la luz, empezaré a disparar. Uno...

—¡No seas loco! —gritó el anciano—. ¡Deja eso!

—Dos...

Al empezar a contar uno, había sentido un cierto sopor en los sentidos. Como cuando se tiene mucho sueño. Esa agradable sensación que nos hace dar cabezadas y perder momentáneamente el contacto con lo que nos rodea. Al decir «dos», aquella sensación se agudizó y sus sentidos le advirtieron que algo andaba mal. Cuando quiso darse cuenta, la pistola había bajado, siguiendo obedientemente la mano que la sujetaba. Y las rodillas le

temblaban. Le llegó, como desde muy lejos, la voz del viejo.

—¡No seas loco...! ¡No seas loco...!

La pistola cayó al suelo con sordo ruido y sus rodillas se pusieron también en contacto con la frialdad de la piedra. Todo ello sin dejar de oír aquella voz monótona que le decía las mismas palabras, repetidas una y otra vez. Por fin, perdió el conocimiento y quedó extendido en el suelo, con el «Ojo» en una mano y la pistola en la otra.

Pasaron varios minutos, y de pronto, una corriente de aire frío se insinuó en la habitación, haciendo temblar la llama de la ventanilla ventral del buda. La corriente se mantuvo durante unos minutos, y luego la luz verde empezó a brillar de nuevo. Tres figuras avanzaron silenciosamente hasta encontrarse con el cuerpo caído de Billy Koo. El anciano de la barbita blanca dio con el pie a aquella forma inmóvil.

—El gas se ha ido ya —dijo, olfateando—. Cogedlo y dejadlo delante de la estatua. Luego, tú —agregó, dirigiéndose a uno de los dos hombres que lo acompañaban— vete a buscar a Laos.

El chino hizo una ligera reverencia y partió a la carrera, mientras el anciano y el otro pistolero colocaban a Billy sobre las dos gradas que conducían a la abierta tripa de la estatua. Luego, el viejo cogió de su mano el «Ojo» y lo volvió a poner reverentemente en su sitio.

Laos no tardó en llegar, acompañado de Chang. En total eran cinco hombres los que se reunieron alrededor de aquella monstruosidad. Laos estaba pálido, pero sus ojos brillaban demoníacamente.

—Este miserable ha estado a punto de estropearlo todo —dijo, con los dientes apretados—. Vagabundo maldito...

—Tú tuviste la culpa —le respondió el viejo—. No debiste dar órdenes de que lo prendiesen cuando estaba en el pasadizo. Se hubiera marchado él solo, pero tú hiciste aquella tontería. Yo lo hubiera libertado y las cosas hubieran quedado así; pero me atacó, y no tuve más remedio que defenderme.

—Sea como sea, Wuh, es necesario que muera. Hay un hombre, un agente del Gobierno americano, que está muy interesado por él. Ese hombre ha entrado varias veces en mi casa. Si conseguimos librarnos de este despojo, nunca encontrará una prueba contra

nosotros. No tenemos más que tapiar de nuevo la entrada al pasadizo hasta que se pase todo, ¿comprendes?

—Has sido un loco, Laos —respondió el fanático viejo—. Un completo loco.

Laos irguió su alta estatura, dominando a su interlocutor.

—Recuerda que soy yo el jefe de la organización, Wuh.

—Y yo el jefe religioso.

—Habría mucho que hablar sobre la religión de la China actual —respondió Laos, con una sonrisa irónica—. Han pasado los tiempos, Wuh, debes comprenderlo.

—¡Blasfemo!

La mano sarmentosa del viejo le apuntaba con el gesto de un ejecutor de altas órdenes. Laos volvió a reír, pero Chang se interpuso entre ambos.

—Nadie duda de que tu cargo sea importante, Wuh —dijo, conciliador—. Pero debes tener en cuenta que lo primero es lo primero. Enviar el dinero a China.

—Me importa poco Mao-Tse-Tung ni nadie —respondió Wuh, en cuyas pupilas ardía una llama inextinguible—. Si los intereses de mi sociedad coinciden con los de él, bien. Si no, me separaré. ¡La sociedad ante todo!

—Te olvidas de que él es el jefe de la sociedad, como jefe del Gobierno —dijo Laos, cansado ya. Y que el «Ojo» jamás hubiera llegado aquí si no hubiese sido por él.

—Mentira. El libro que cogiste a ese cocinero chino dice que llegó antes.

—Pero podría haberlo reclamado y hubiera tenido que dárselo, Wuh. Dejemos esto, me hartas. Lo que hay que hacer es quitar de en medio a «eso» —y señaló a Billy con el pie.

—En eso estamos todos de acuerdo —admitió Chang.

Billy abrió los ojos en medio de aquella fantasmagórica luz verde, sintiendo un fuerte sopor todavía. Al principio creyó que estaría en su casa y que alguna pesadilla lo había desvelado, pero luego fue recordando parte de lo que había ocurrido. Entonces miró a su alrededor.

Había tres hombres delante de él. Uno era Laos, el otro el viejo y el último aquel a quien Laos había llamado Chang. Laos tenía una pistola en la mano y le apuntaba directamente.

—Parece que mi joven amigo recobra ya el sentido de su personalidad, ¿no es así? ¿Qué vino a buscar aquí?

—Ustedes me encerraron —dijo Billy, apretándose la cabeza con ambas manos—. Tendrán que ser ustedes los que contesten a esa pregunta. Yo sólo quería salir de la casa.

—Una vez hubo una joven llamada Kay que conoció un pasajero... digamos capricho por un individuo notablemente bajo en la escala de los valores sociales —dijo Laos, fríamente—. Los días de tal individuo estaban contados. Pero podría morir de una manera normal sin escándalos de ninguna clase, como hubiera ocurrido en China. Allí, un cordel, enviado a tiempo, serviría para que el hombre se diese cuenta de que sus atenciones no eran bien vistas. Y se ahorcaría con el cordel. Por desgracia, el constante contacto con las maneras y modos occidentales, ha atrofiado en dicho individuo el sentido de las proporciones. Y no solamente persistió en sus deseos, sino que metió sus poco elegantes narices donde nada tenía que hacer. En legítima defensa, el padre de la joven en cuestión ha decidido que no hace falta esperar tres o cuatro días más. El deceso de tan poco importante personaje tendrá lugar esta misma noche.

—Bonito discurso —dijo Billy, mirándole con los ojos entornados porque aún no se daba perfecta cuenta de las cosas—. Pero completamente oscuro para mí. ¿Quiere decir que va a matarme?

—No; voy, sencillamente, a suprimir un obstáculo. No merece usted el nombre de persona, amigo mío, sino solamente el de cosa.

—Hablas mucho —refunfuñó Wuh, haciendo crujir los resacos huesos de sus manos—. Vamos, vamos; haz lo que tengas que hacer y déjate de discursos, con los cuales lo único que pretendes es calmar tu afición por escucharte. Acaba ya de una vez. Además, no debes hacer sufrir al condenado.

Un poco de carmín se extendió por las mejillas de Laos al escuchar aquellas palabras. Era evidente que le ofendían. Lo que había observado Dogherty era exacto. Se trataba de un megalómano, un individuo que en todas las circunstancias «había de ser el primero». Y le gustaba escucharse, desde luego.

—Sé lo que he de hacer —respondió—. No permito que me lo indiquen.

El anciano chino movió los brazos, encolerizado.

—Pierde, pierde el tiempo, loco. Que nos cojan. Que cojan el «Ojo», si es eso lo que quieres. Ya sé que no te interesa gran cosa, que son tus sueños de gloria lo que más te preocupa. Tus viejos sueños de gloria, que jamás se verán cumplidos.

La cólera desataba la lengua. Billy empezó a ver que allí había un resquicio que quizá pudiese él aprovechar si se daba prisa.

—¡Cállate! —ordenó Laos.

—Acabad de una vez —intervino el abogado—. Me estáis crispando los nervios. ¿Es que no puede uno dar una orden sin que el otro tenga que discutirla? Si el jefe es Laos...

—No admito a nadie por encima de los sagrados intereses de la Sociedad —respondió Wuh, fanáticamente—. Antes me separaré de lo que queréis. Trae: dame la pistola.

Casi se la arrancó de las manos, y Billy tensó los músculos. Estaba llegando el último momento. El viejo dispararía sin ninguna vacilación. Laos se echó atrás como una serpiente, intentando zafarse de la sarmentosa mano.

—¡Quieto, loco! Tus manos tiemblan. Mira.

Billy rodó sobre sí mismo en el momento en que la bala penetraba en una de las gradas con un ruido seco, ya que la pistola estaba provista de silenciador.

Pero al momento siguiente estaba en pie. Como cuando uno se lanza a la almohadilla y ve que la otra base está libre. Una flexión y adelante.

Ninguno de aquellos hombres, si se exceptúa, quizá, a Laos, era un enemigo para él. Y aun así. Laos tenía casi el doble de su edad y le faltaba su preparación física.

Chocó contra el viejo, despidiéndolo a un lado de un solo golpe, y falló a Chang por una pulgada. Pero su verdadero objetivo era Laos. Todo su ser se sublevaba ante aquel hombre que había querido matarlo y que lo separaba de su Kay. Uno de sus largos brazos se extendió, tratando de cogerlo por la muñeca, pero el otro se le escapó. Sintió sobre su espalda un golpe no muy fuerte, y comprendió que Chang lo atacaba. Pero el menudo oriental no podría hacerle ningún daño, a menos que fuera armado, y no parecía estarlo.

Laos levantó de nuevo la pistola y disparó, pero la bala, alta, fue

a introducirse en el dragón. Con otro salto, Billy logró enganchar a Laos por la cintura y lo derribó al suelo.

La bala debía haber roto el enganche entre el dragón y su cadena, y con un sordo ruido de escayola rota, el monstruo se vino abajo, cogiendo a Chang y al viejo entre su armazón de alambres. Un gran trozo de yeso golpeó a Wuh en la cabeza y el viejo se quedó quieto en el suelo.

La mano izquierda de Billy buscó el cuello de su antagonista, mientras con la derecha intentaba quitarle la pistola. Durante unos instantes forcejearon los dos, pero la lucha era demasiado desigual. La pistola cayó al suelo, y Billy logró colocarse a horcajadas sobre el padre de Kay.

—No tema, no lo mataré; pero lo voy a entregar a la Policía —le dijo, con los labios apretados, mientras le apretaba con las rodillas en los flancos—. Va usted a responder de unas cuantas cosas.

Los oscuros y rasgados ojos lo contemplaron con desprecio.

—Adelante, vagabundo, carne de horca; pero mi Kay jamás será para ti. No podría casarse con el hombre que ha encerrado o ha matado a su padre.

—No estamos en China, sino en los Estados Unidos. Vamos; ponte en pie.

Un brusco dolor en la nuca le hizo dar media vuelta a la cabeza. Pero no pudo evitar el siguiente golpe. Chang, armado con un trozo de hierro, la lanza de la armadura, le acababa de dar en la cabeza. Soltando a Laos, cayó sin sentido, por tercera vez en la misma noche.



¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la Colección in-
igualable

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I .

IX



UANDO Dogherty, con el teléfono en la mano, se dio cuenta de que nadie sabía dónde estaba míster Laos, se volvió a las dos jóvenes, que tenían clavadas en él las asustadas pupilas.

—No sé dónde pueda estar su padre, *miss* Laos —dijo—. Porque en su oficina no está. No me gusta nada esto. ¿No puede usted decirnos nada más?

Kay cogió valerosamente la blanca mano de su compañera y clavó su mirada en el agente federal.

—Escuche, míster Dogherty. Si supiese usted algo sobre mi raza, sabría que es la que con más respeto trata a sus antepasados, cercanos y lejanos. Quizá es que yo no sea una china auténtica, pero...

—Desde que usted nos hizo escuchar la conversación con su padre, sabía que estaba usted enterada de algunas cosas, *miss* Laos. Es cierto que se debe obediencia a los padres, pero quizá la vida de Billy Koo está en peligro. Muy probablemente así es. No tiene usted

más que elegir. Billy o... Al fin y al cabo, quizá no sea su padre, sino que se haya visto enredado...

Pero la cara de la joven le dijo que no era así. Diplomáticamente, esperó.

—Sea —dijo, por fin, la joven china—. Sea por Billy. Anoche oí a mi padre hablando con varios hombres. Uno de ellos era un abogado llamado Chang.

El agente federal lanzó un leve silbido.

—Lo conozco. Menudo pez. Continúe.

—Te estás haciendo daño —objetó Selma, viendo la cara contraída de su amiga—. Por favor, no la obligue a seguir haciendo estas cosas.

—Es necesario, Selma. Jamás podría perdonarme si a Billy le ocurriese algo. Hablaban de dinero enviado a China y de un hombre llamado Wang. Creo que lo conozco. Regenta un restaurante típico en Pell.

—Siga; ya sé de quién está hablando.

—Ya casi no hay nada más. Eso del dinero. Pero yo he leído...

—Sí; va lo sé. Bien, *miss* Laos. Sólo me resta suplicarle que salga usted de esta casa. Y *miss* Hanson también.

—¿Por qué?

—No pregunte. Lamento mucho todo esto, pero ha demostrado usted un gran espíritu. La nación se lo agradecerá. Y escuche: deje eso de los antepasados. Respete a las personas cuando éstas sean dignas de respeto. Bien; no quiero hacer discursos.

Iba a dar media vuelta cuando apareció el viejo mayordomo en el salón.

—Permiso, señorita. Wuh no está. No sabemos dónde puede haber ido, porque sus ropas están todas en su cuarto.

—¿Quién es Wuh? —preguntó el agente federal.

—El ayuda de cámara de papá. Un viejo maniático.

—No ha salido de la casa —afirmó el mayordomo—, porque, señorita, su talismán para la suerte está en el cuarto.

—Es un talismán que lleva siempre que sale a la calle —explicó la joven; poniéndose pálida—. Cree que lo protege contra los vehículos que se mueven sin que se vea el caballo o el asno. Jamás se separaría de él.

El agente federal miró su reloj.

—Bien; quizá no tenga nada que ver con lo de su padre, *miss* Laos. Pero háganme el favor de abandonar la casa.

—¿Me promete que no le pasará nada a mi padre? —preguntó Kay.

El movió la cabeza, tristemente.

—Eso queda en manos de la Justicia, pequeña. Yo sólo tengo el deber de prenderlo.

Selma cogió a su amiga por el talle y la arrastró fuera de la casa. Pero antes de salir, se volvió y le hizo un rápido guiño por encima del hombro de la china. Un poco asombrado, el agente se volvió al teléfono e impartió una breve orden. Luego, se dirigió al mayordomo.

—Lléveme al corredor ese que da a la cocina. ¿Sabe usted de algún otro en la casa?

—No, señor. Llevo muchos años sirviendo a míster Laos y sólo conozco ése No hay otro.

—Estoy convencido de lo contrario, pero no vamos a discutir. Guíame. Y en cuanto vengan los señores, los harás pasar hasta donde esté yo. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Y lo llevó hasta la entrada del corredor. Accionó la manija y lo hizo pasar.

—Puede marcharse usted —le dijo al mayordomo—, y acuérdesese de enviarme a esos hombres en cuanto pueda.

—¿Cree usted que le habrá ocurrido algo a míster Laos? —preguntó, ansiosamente el otro.

—No lo sé, lo ignoro. Pero quiero enterarme.

El pasillo tenía, desde el «*hall*» hasta las cocinas, una dimensión de unas cincuenta yardas por lo menos. El agente las recorrió paso a paso, fijándose en las piedras y golpeando éstas de vez en cuando. Cuando llegó a la puerta de la cocina, se rascó la barbilla, pensativo.

—Bien; empecemos por...

Dos hombres aparecieron, precedidos por el mayordomo. Eran dos agentes subalternos de la División de Nueva York, ambos jóvenes y capaces.

—Escuchen, muchachos. Tengo vehementes sospechas de que de este corredor arranca otro o varios otros, y las no menos

vehementes sospechas de que hay hombres encerrados en esos otros pasadizos. ¿Me comprenden? Vamos a proceder a no dejar piedra sin mirar.

—Sí, señor.

El método de trabajo era sencillo. Uno golpeaba las piedras de la primera hilera, la más cercana al suelo, otro la segunda, y el otro la tercera, hasta contar diez piedras. Entonces volvían sobre sus pasos y empezaban por la cuarta, la quinta y la sexta. Las culatas de las pistolas resonaban sordamente, con ruido espeso sobre los grandes sillares.

Al cabo de media hora sólo habían recorrido la mitad del pasillo y estaban sudorosos y con las corbatas a un lado del cuello.

—Aquí no parece haber nada, compañero —dijo el más joven, examinando críticamente la perspectiva que les quedaba. Todo el otro panel.

—Podría tener la puerta tal espesor que por el sonido no se distinga del resto del muro —respondió el otro—. Habida cuenta que esto no está construido al mismo tiempo que la casa, sino que está excavado en la roca [6].

—Sea como sea —resumió Dogherty— el caso es que tenemos que encontrarlo. Vamos, golpeen con ánimo.

Y continuaron, esta vez en el panel de la derecha. Un cuarto de hora después se hallaban a la mitad del camino. Varias veces se habían asomado los cocineros a la puerta, pero una voz destemplada de Dogherty los hizo encerrarse inmediatamente con sus calderas. Por fin, uno de sus dos colaboradores dejó escapar un gruñido.

—O soy sordo, o aquí no suena igual —dijo.

Inmediatamente, los otros dos se pusieron a su altura, y Dogherty dio un golpe con la culata de su arma. En efecto, parecía sonar un poco más bronco, menos compacto.

—Vamos a hacerlo los tres a un tiempo, y procuren dar con toda su alma. Una, dos y ¡tres!

Kay y Selma Hanson habían subido a la habitación de la primera. La joven china se dejó caer en la cama y se cogió la cabeza con ambas manos. El movimiento convulsivo de sus hombros indicó a la sueca que estaba llorando. Se arrodilló junto a ella.

—Vamos, vamos, querida. Tú no tienes ninguna culpa. La ambición de tu padre...

Kay la miró con los ojos arrasados en lágrimas.

—No lo comprendes, Selma. Todo eso lo ha hecho él por mí. Ninguna necesidad tenía de haberse metido en ello si no hubiera sido por mí, únicamente por mí.

—No te entiendo —dijo Selma, sacudiendo los rubios rizos—. ¿Qué tienes tú que ver con que él haya entrado en contubernios con esos chinos comunistas?

—¿Has oído hablar de Pi Tau? —preguntó de pronto Kay, con voz ronca.

—No, nunca. ¿Quién es?

—Está escondido en las montañas de Kwan Lun. Es un cabecilla mogol, al que Mao-Tse-Tung querría o atraerse o librarse de él. Mi padre lo conoce porque ese hombre estuvo en América durante la guerra. No sabe qué es, pero sí que está reuniendo un gran ejército y dotándolo de armas modernas sacadas Dios sabe de dónde. Sus hombres lo adoran y morirían a la menor palabra suya. Mao-Tse-Tung le ha enviado embajador tras embajador, pero él no se ha comprometido a nada. Se rumorea que tiene muchos oficiales rusos huidos del ejército soviético y del alemán, que le instruyen a las tropas, y le he oído decir a mi padre que un día, cuando tenga bastante fuerza, caerá sobre los comunistas y los barrerá de China. Y entonces China renacerá y se apoderará de toda Asia. Que eso está escrito en libros antiguos.

—Pero todo eso, no veo que tenga que ver contigo...

—Más de lo que crees. Mi padre, enloquecido por Pi Tau (ése no es su verdadero nombre, por otra parte, sino que cogió esas letras griegas, con algún motivo relacionado con Alejandro Magno), cayó en la idea de casarme con él. Pi Tau no debe tener ahora más de treinta y cinco años, y él lo cree llamado a los más altos destinos. Quiere casarme con él a toda costa. Pensaba hacerlo el año que viene, yendo los dos a China y encaminándonos al Kwan Lun. Pero yo jamás me casaré con nadie que no sea Billy. He aquí por qué mi padre adormece a Mao-Tse-Tung con regalos en dólares, diciéndose amigo de Pi Tau y haciendo saber al jefe comunista que, si intenta un golpe de fuerza contra Pi, le cortará los dólares. ¿Comprendes?

—Empiezo —dijo la sueca, asombrada—. ¡Dios mío, qué cosa

tan retorcida! Dar dinero a uno para que no moleste a otro, dando tiempo a éste a que se arme para destruir al primero. ¡Cielos, sólo vosotros sois capaces de semejantes líos!

—Si algo le ocurre a mi padre, yo habré tenido la culpa.

—Sácate inmediatamente esa idea de la cabeza. Tú no tienes la culpa de haber nacido bella y encantadora. Sólo la ambición de tu padre ha podido ver en esos atributos de Dios una oferta para sus planes de dominio. No, querida; tú no eres un botín, sino una muchacha, y al diablo con todos los que piensen lo contrario. Tu puesto está en tu casa, con hijos y un marido a quien chillar y querer. Billy, por ejemplo, a falta de otro mejor. Se necesita tener el fatalismo de tu raza para pensar semejantes majaderías. ¡Vaya con Pi Tau, Omega Rho! Eso parece un club universitario. Olvídate de él y déjalo todo en manos de míster Dogherty. El encontrará a tu Billy. Y ahora me acuerdo que ha dicho que nos vayamos, ¿no es así? Pues vámonos. No pienso desobedecerlo, por si luego me da un grito fuerte. Vamos, querida. Coge lo más necesario y vámonos de esta casa, que puede empezar a echar llamas de un momento a otro.

Kay levantó una mano en el aire. La luz del recuerdo brillaba en sus pupilas.

—Espera, Selma. ¿Te dije que de chiquilla yo era muy revoltosa?

—No me propongas ahora acertijos y vámonos.

—No. Hay un patio chiquitín al otro lado de la casa, y en ese patio... Bueno; desde él fue desde donde oí a mi padre decir aquellas cosas. Ven, Selma; creo que he dado con la solución.

Y las dos muchachas echaron a correr hacia los fondos de la casa. Cuando llegaron al cuarto trastero, Kay abrió la puerta. Unos copos blancos, primeros precursores de la nevada, se posaron blandamente sobre sus caras. El patio estaba mustio y triste, ya con algunas manchas alodonosas blancas.

—Ayúdame, Selma —pidió la joven china.

Se había agachado al lado del árbol y había engarriado su manita en una pesada arandela de piedra, tratando de moverla.

—Pero... ¿qué quieres hacer?

—Levantar esto. Ayúdame, por lo que más quieras.

Selma puso su mano, bastante más gruesa que la de su compañera, en la arandela. Como casi todas las muchachas de su país, estaba acostumbrada a los deportes y era fuerte. De un

violento tirón, consiguió separarla. Un negro agujero se ofreció a los ojos de ambas.

—¡Eh, espera un momento! —dijo, tratando de animar a su contristada amiga—. ¿No iremos al infierno por aquí?

—No; sólo a la alcantarilla. Verás; cuando yo era pequeña, jugaba con mis amigos aquí, y un día, por broma, levantamos la tapadera. ¿Ves? Hay escalones de hierro, empotrados en el muro. Pues bajamos, hasta que oímos el rumor del agua. Pero también oímos otra cosa. ¡Voces, Selma, voces! Creímos que eran los espíritus y nos marchamos corriendo, asustados.

—¡Pues sí que es tétrica la historia! Bueno; espero que no serían espíritus.

—Eso lo vamos a saber ahora —dijo, enigmáticamente, la joven china.

Y sin preocuparse de su lujoso traje, se aferró al borde, y se dejó caer, hasta que su pie tocó el primer escalón. Luego, ya fue fácil la cosa.

—Todo sea por ti —dijo Selma, y empezó el descenso también.

Los escalones eran veinticinco, como pudo contar, cada vez con más aprensión, la joven sueca. Aquello estaba tremendamente bajo y empezaba a asustarse. Sólo de pensar en ratas y bichos así, se ponía increíblemente nerviosa.

Pero llegaron sin novedad. Es decir, si se exceptúa el olor, el fétido olor del colector parcial. Las grasientas aguas de éste corrían en un canal en medio del túnel, y a ambos lados había dos aceras un tanto resbaladizas e inclinadas hacia dentro.

La joven china no dudó y marchó por la acera, hacia la izquierda. De cuando en cuando, una plancha servía de puente para pasar de una acera a otra; pero ella no abandonó la que llevaba hasta un recorrido de unas veinte yardas. Allí, el colector se metía por un túnel mucho más bajo, que seguramente no utilizarían los encargados del alcantarillado. Pero en uno de los lados del túnel había un corredor transversal, que se hundía en las tinieblas.

—¿Oyes? —dijo, febrilmente, Kay, cogiendo a su compañera por una mano—. ¡Voces!

Efectivamente. Como si procediesen de algún sitio muy remoto, se oían los sonidos de varias voces. Dos, por lo menos.

—Tengo miedo —confesó Selma, agarrándose fuertemente a ella

—. A la luz, nada me da miedo; pero aquí, y con este olor...

—¡Calla!

Las voces se acercaban y se alejaban paulatinamente. Kay prestó oído, y al cabo de un momento, se movió en la oscuridad.

—No te separes de mí.

Y se dirigió hacia el muro, un par de yardas más allá. Efectivamente, las voces salían de allí mismo, del intersticio entre las piedras.

—Vámonos —insistió Selma, perdida ya la moral—. Tengo mucho miedo.

—¡Calla! —dijo, apretándole la muñeca hasta hacerle daño.

Guardaron silencio un momento. Luego, Kay se puso a hurgar entre las piedras. Éstas no eran sillares, sino de pequeño tamaño, unidas con argamasa. Una cosa era evidente: los encargados de la limpieza de las alcantarillas, jamás pasaban por allí, porque aquel trozo era parcial y no necesitaba ser limpiado. Kay, febrilmente, sacó una piedra.

—¡Ayúdame, Selma; por lo que más quieras! ¡Estamos muy cerca!

A tientas, Selma cogió otra piedra y la dejó caer en el arroyo fecal. Una ligera luz verdosa se insinuó en el agujero, y la sueca se echó atrás como si hubiese tocado una serpiente.

—¡M-m-m-mira, Kay!

También la joven china lo había visto, pero ella estaba luchando por su amor y por los remordimientos. Nada le impediría seguir.

—No tengas miedo. Debe ser luz de fósforo.

—Sea lo que sea. ¡Ay!

La luz se había agrandado al quitar Kay otra piedra, y ya se veía la armadura, con la mano extendida, en la que faltaba la lanza, a un palmo suyo, y a lo lejos, la luz espectral del vientre de Buda. Selma se apoyó contra la pared, con la boca abierta, asustada hasta el colmo. Era demasiado para un solo día.

—Vamos a buscar a Dogherty —dijo, en un susurro tembloroso

—. El sabrá lo que hay que hacer.

—Nosotras también... Sigue quitando piedras.

Las rodillas se negaban a sostenerla, pero Selma hizo de tripas corazón y arrancó otra. Ahora tenía delante de ella casi toda la habitación, con sus pesadillas antiguas por todas partes, y aquella

colección de budas, que le hacían a uno la impresión de que estaba viendo a uno solo reflejado por muchos espejos.

Cuando el hueco fue lo suficientemente grande, Kay saltó dentro. Las voces se oían ahora claramente, y entre ellas, Kay reconoció la de su padre. Estaba discutiendo con alguien, y no tardó, en el colmo del asombro, en reconocer la de Wuh, el camarero de mister Laos. Sólo que llamaba a su amo por su nombre y parecía estar, en relación con él, en términos de una gran confianza.

Las voces venían del cuarto contiguo. Kay se arrastró, hasta quedar oculta por la armadura, y miró. Allí, en una especie de despacho, estaban su padre, Wuh y dos hombres, a los que no conocía. Chang estaba sentado a una mesa. De alguna parte, a lo lejos, llegaba ruido de golpes.

—No lo descubrirán nunca —decía Wuh—. Jamás lograrán descubrir esto. Imbéciles de vosotros. Imbéciles y herejes. Ahora os echáis atrás como cobardes, cuando no se trata sino de rematar a un hombre que está medio muerto; todo porque teméis a la Policía. ¡La cólera de Buda caerá sobre vosotros, y de ésa sí que no podréis escapar! ¡Dadme el arma y yo acabaré con lo que vosotros no os atrevéis!

—Has llegado demasiado lejos, Wuh —dijo la voz de Laos—. Ésa es la Policía. Si nos cogen con un hombre muerto, no lo contaremos. De la otra manera, podremos salvarnos de la silla eléctrica. Mi vida es necesaria para la causa. No debo, pues, arriesgarla por un fanatismo que tampoco siento. No te daré el arma. Y si es necesario, te ataré y diré que has sido tú quien ha herido a ese muchacho. Él no sabe quién lo hizo —agregó, mirando a Chang, que permanecía, muy pálido, en su silla.

—¿No hay manera de salir de aquí? —preguntó el abogado, ansiosamente—. Podríamos...

—No te hagas ilusiones, Chang. Sabrían, de todas maneras, que hemos sido nosotros. No; nuestra solución... A no ser que... Bien; tú podrías usar la alcantarilla. Pero si la casa está llena de policías...

—Sí... sí —aseguró el abogado, poniéndose en pie.

El viejo Wuh dejó oír una ronca y perversa carcajada.

—¡No conseguirás escapar, loco! —dijo luego.

Y Kay oyó el ruido de lucha. Pero Laos debió dominar

prontamente a su adversario, porque la rechoncha y baja figura del abogado apareció en el umbral que comunicaba el despacho con el cuarto de Buda.

Kay se había puesto a temblar al oír hablar del muchacho herido, y sus piernas se habían negado a sostenerla. Pero ahora reaccionó violentamente.

—No escapará usted —dijo, en voz alta.

Al mismo tiempo, todos los ruidos cesaron en la otra habitación. Un momento después, la elevada figura de Laos aparecía en la puerta.

—¡Kay! —gritó, espantado.

—Sí —dijo ella, avanzando—. Soy yo. Creo que he llegado a tiempo. No podréis escapar ninguno de vosotros, sino tú, papá.

Selma miró, asombrada, a su amiga. Había creído que las palabras del agente federal habrían hecho mella en la joven china, pero parecía no ser así. Había ido a liberar a su padre, a impedirle caer en manos de la Policía.

—¿Conque era eso? ¡Traidor, cochino! —salmodió Wuh, echando llamas por los ojos—. ¡Tenías guardada la retirada! ¡Pero no conseguirás salirte con la tuya, miserable!

Dándole un empujón, Wuh se había apoderado de la pistola de uno de los chinos que permanecían al fondo. La pistola, en su mano temblorosa, era un peligro, porque podía dispararse en cualquier momento. El viejo se movió, pegado a la pared, hasta tenerlos a todos encañonados. Sus ojos brillaban de una manera demente.

—Vais a morir todos y yo con vosotros, si es necesario. Pero nadie profanará este templo. Tú, mujer, por haber puesto los ojos en la representación de él, morirás también.

Estaba loco. Laos, que había dejado caer su arma para impedir que el viejo se asustase y empezase a disparar, se movió casi imperceptiblemente para cubrir con el suyo el cuerpo de su hija.

—¡Vais a morir! —Silabeó, malignamente.

Su parecido con una serpiente era extraordinario en aquel momento.

—¡Quieto, Wuh! —gritó Laos, procurando dominarlo con el timbre de su voz—. No se te ocurra disparar, porque entonces caerías tú también.

—¡Qué me importa! Pero los que han profanado el templo

morirán. Tú...

Disparó una sola vez y Chang se llevó las manos al hombro, con un gesto de dolor. Luego se dejó caer de rodillas, gimiendo.

La boca de la pistola apuntó hacia Kay, y Laos leyó en sus ojos que iba a disparar de nuevo. Sin pensarlo, con un grito, a la vez de agonía y de aviso, se lanzó en tromba sobre Wuh, derribándolo sobre la pared. Pero la bala destinada al pecho de Kay fue a hundirse en el suyo. Los dos, el asesino y el asesinado, rodaron juntos, abrazados, porque la cabeza del viejo se había roto al chocar contra la dura piedra.

Kay lanzó un grito desgarrador y se precipitó hacia su padre, mientras los dos pistoleros chinos salían corriendo en dirección al lugar por donde habían entrado la china y Selma. Los golpes que estuvieran oyendo hacía un buen rato, se habían recrudecido y, casi al mismo tiempo que el segundo disparo de Wuh, una sorda explosión se había dejado oír. Y ahora llegaban a sus oídos voces de hombres que llamaban y se interpelaban.

Cuando el agente Dogherty, de la División Federal de Nueva York, llegó hasta allí, después de haber hecho saltar con pólvora las juntas de dos piedras, exponiéndose a que un juez lo metiese en la cárcel por allanar una casa, se ofreció a sus ojos una escena de la que no se olvidaría jamás. En el despacho, Billy Koo se desangraba por una herida en la espalda. En el cuarto de las pesadillas, mister Laos murmuraba algo a su hija, y dos chinos aterrorizados intentaban pasar por el hueco practicado entre las piedras. Otro chino gemía en el suelo, sujetándose un hombro, por el que manaba sangre.

—Perd... dona... me —decía Laos, mientras su hija le sujetaba la cabeza. Un hilillo de sangre brotaba de su boca—. Merezco esto... Pero moriré a gusto si sé que me has perdonado...

—¡Padre! —exclamó ella, desgarradoramente.

Los ojos del hombre la contemplaron con ternura y luego la cara se contrajo. Mister Laos acababa de morir.

—¡Que Dios lo perdone también! —dijo Dogherty, santiguándose—. La ambición lo perdió. ¡Selma! Se va usted a desmayar.

Esto no era enteramente cierto, porque Selma se había desmayado ya, en sus brazos, mientras Kay reclinaba su cabeza en

el pecho del que fuera su padre en vida. De puntillas, los dos agentes condujeron a los pistoleros chinos fuera de la habitación, para enviar a buscar camilla y una ambulancia.

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

FINAL



a nieve, una nevada tardía de febrero, caía en ráfagas y se amontonaba en el alféizar de la ventana, pegada a los cristales. Hay mucha gente que prefiere, cuando nieva, los cuartos pequeños, porque, aun cuando la calefacción sea la misma, dan mayor idea de intimidad.

Dogherty, con las manos en los bolsillos, miraba por la ventana, sintiendo dentro de sí una grata sensación de colmo. Una buena nevada, la merienda, a base de bocadillos y de «*whisky*» escocés de la que se había bebido una botella casi entera. Bueno; alguien le había ayudado.

—Si he de deciros la verdad, me gusta más esta casa que aquel caserón de Greenwich —dijo, haciendo sonar las llaves en su bolsillo—. Estaréis aquí mucho más cómodos cuando os caséis.

—Que tiene que ser antes de que yo vuelva a Suecia —dijo

Selma, mirándolo con el rabillo del ojo. Dogherty perdió todo su aire de colmo.

—Sí...; claro —dijo.

Kay y Billy, cogidos de las manos, ocupaban uno de los lados del diván. El brazo izquierdo del chino, casi paralítico, estaba sometido a un proceso de radiaciones x para volver a recobrar el movimiento. Pero eso no parecía afectar a ninguno de ellos.

—Dentro de dos meses —dijo la china, mirando a su prometido—. Cuando deje el traje blanco [7].

—Menos mal que sólo llevas el luto en el corazón —dijo, prácticamente Selma—, porque, de lo contrario, te tomarían por loca. Encuentro esa costumbre absurda.

—Vuestra situación económica... —empezó Dogherty.

—Le he dicho a Kay que no quiero encargarme de ninguno de los negocios que la muerte de su padre ha dejado en sus manos. Solamente de...

—Tengo mi fortuna propia —declaró la jovencita—. Y no permitiré que nos veamos desposeídos de todo por un prejuicio tuyo, querido. Tenemos para vivir, y bien, además.

—Todo, tartas de boda —dijo Selma—. Te quiero, me quieres, viviremos con poco... Billy podrá acostumbrarse a eso, pero Kay... me parece que no. Vamos, vamos; bajad a la Tierra. Es difícil dejar los lujos a los que uno está acostumbrado. No lo digo por experiencia, pero conozco gente venida a menos y nunca está contenta.

—Hay dinero.

—¿Cuándo se va usted a Suecia, *miss* Hanson? —preguntó Billy. Una nueva mirada de reojo al irlandés.

—Dentro de dos meses o una cosa así. Dejo a gusto este país, en el que he pasado tanto miedo. ¡Uf! —Se estremeció—. Cada vez que me acuerdo...

—Pues no se acuerde —dijo Dogherty, cogiéndola del brazo, al ver que la cara de Kay se contraía—. Venga. He de marcharme.

—¿Ya? —preguntó Kay.

—Sí; el servicio... Unas cosas que tengo que hacer...

—Iré con usted, capitán —dijo Billy. Pero al ver la expresión de alarma del irlandés, rectificó precipitadamente—: Por más que... Bueno; aún me quedará un rato.

La sueca acompañó a Dogherty hasta la puerta. Ya en ella, el agente federal se detuvo un momento.

—Temo que no nos veamos... mucho —dijo—. Seguramente tendré que hacerme cargo de un nuevo trabajo. Pero no dudo de que usted estará muy distraída. No le faltará que hacer, con Kay preparando sus cosas.

—Creo que, en efecto, no me aburriré. Bueno; adiós, míster Dogherty.

—Sí; claro. Me marchó.

Pero no se movió. Estaba allí, esperando otra palabra, otra frase que no le llegaba.

—Bien, míster Dogherty. Creo que cogerá frío ahí, en la puerta. Si no se va a marchar, debiera pasar.

—No, no; si me marchó. Oiga, *miss* Hanson...

—Diga... míster Dogherty.

—¿De veras se va a marchar usted dentro de dos meses? Suecia está muy lejos.

—Claro.

—Y... ¿ya no volverá usted aquí?

—No... no lo creo.

—Entonces... Bueno, ¡rayos!, tendré que decirle algo a usted antes de que se marche.

—Pues dígalo ahora —Dogherty la contempló con asombro—. Sí, hombre; hágalo ahora. ¿Cree usted que quiero que me pase como a Kay, que estuvo tanto tiempo esperando que él se decidiera? Adiós, míster Dogherty. Lo espero mañana, para que me acompañe a comprar unas cosas... para mi viaje.

FIN

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haró.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO, por Francisco de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO, por Camilo José Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA, por Darío Fernández-Flórez.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO, por Fernando Castán Palomar.
9. EL TERCER LADRON, por Alberto Insúa.
10. NO TENGO MAS QUE MIRAR Y... VEO EL MUNDO, por María Alburquerque.
11. ELVIRA RECIBE UNA CARTA, por Luis Antonio de Vega.

CORTESE POR AQUI Y REMITASENOS EN UN SOBRE POR CORREOS

PEDIDO DE SUSCRIPCION

Sr. Director de
EDITORIAL ROLLAN
San Bernardo, 68
M A D R I D.

Muy Sr. mío:

*Le agradeceré me suscriba a las novedades de su colección NOVELISTAS DE
HOY, a partir del n.º y al precio total de 25 pesetas, por CINCO números
consecutivos, que abonaré CONTRA REEMBOLSO a la recepción del primer
(o primeros).*

..... de de 1952
(firma)

Suscriptor D.

Domicilio: núm.

Ciudad Prov.

HA APARECIDO

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL *de los* EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una noveia incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

♦ ♦

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

5 Pesetas.

NOTAS

[1] Gautama Buda. (N del E.). < <

[2] Bandas chinas de criminales. (N del E.). < <

[3] En castellano en el original. (N del T.). < <

[4] Hasta hace poco, la mujer, en China, iba siempre detrás del marido a todas partes. (N del E.). < <

[5] Napoleón. (N del E.). < <

[6] La isla de Manhattan es una inmensa roca. Gracias a ello se han podido construir los gigantescos rascacielos. (Nota del Editor.).

< <

[7] El blanco es el color del luto chino. (N del E.). < <